

LOS MENDIGOS. — CUADRO DE BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO
(EXISTENTE EN LA GALERÍA DULWICH.)

memoria sobre qué bóveda crecía el musgo más verde y aterciopelado; qué rincón preferían las criptógamas y las parietarias; en qué parajes colgaban ó hacían las aves sus más ingeniosos nidos, y hacía qué ángulos se reunían las abejas, ó tendían sus redes las arañas.

Como si tuviera la misión de cuidar de todas aquellas familias de plantas parásitas y de aves de paso, fruncia el ceño cuando algún importuno reptil asomaba su chata cabeza entre las grietas de los sillares, y golpeaba con su pié menudito las bóvedas, diciéndonos:

—¿Los veis?... ¡No sirven para nada esas pícaras lechuzas que tengo alojadas en los mechinales, á despecho de mis tórtolas y de mis palomas!

Yo seguía encantado á la melancólica niña, admirándome del profundo instinto de observación desarrollado en aquel cerebro por la soledad y la pertinacia de ideas. Ni un hongo, ni una ortiga, ni el más pequeño brote de muérdago, pasaba desapercibido para la bella monomaníaca: su mano fina, nerviosa y nacarada solía coger la mía con familiaridad encantadora, para mostrarme alguna de sus florecillas ó de sus insectos favoritos.

El campanero, instado por mí, y aprovechando los momentos en que la niña se apartaba de nosotros, comenzó á referirme la historia de sus amores y la trágica muerte de su amante, acaecida hacía pocos años.

Catana, —dijome el viejo, — que se dedicaba, como su madre, á bordar paños de altar y á hacer flores artificiales, iba con frecuencia á la Giralda á visitar á su tío, y conoció en ella á Lorenzo, que aspiraba al puesto de primer ayudante en la torre, y que no sólo se distinguía por su habilidad y arrojo en los días de repique general, sino que también pasaba por el mozo más guapo y decididor de su parroquia.

Como el fuego no está sin prender junto á la estopa, enamoráronse locamente, y una noche de fiesta y de luminarias se juraron amor eterno, al són de unas *sevillanas* que rasgueaba el sacristán, cantaba el pertiguero y bailaba la entonces afortunada pareja.

Pasaron los meses como relámpagos de color de rosa y hubo ya proyectos formales. Decididamente Lorenzo y Catana iban á ser el uno del otro.

La fatalidad, sin embargo, parece que no estaba muy conforme con que se realizáran tan halagüeñas esperanzas, y entróse un día en casa de Catana, en hábito de rico caballero, decidida á poner argollas de oro y brillantes á la adorada de Lorenzo.

Todos conocen el poder de esa áurea palanca, que lo mismo perfora montañas que abre istmos ó derriba murallas inexpugnables: Catana, trastornada por uno de los ejemplares de la diabólica cajita que Mefistófeles dió á Fausto, estaba á punto de caer en el abismo.

¿Cayó, ó no cayó?

Esto es lo que iba á decirme el campanero, cuando vino á interrumpirnos Catana, con tal insistencia, que no pudo remandarse el comenzado relato.

Habíamos llegado cerca de la vidriera de los Evangelistas y, parada ante la gran ojiva y señalándome la red de alambre que preserva al cristal de las contingencias exteriores, no cesaba de repetirme:

—¡Mirad, señor! ¡aquí, aquí anidaban, aquí vivían! Escuchad su historia, que es la misma de Catana y de Lorenzo: ¡Os lo juro por la Virgen de la Esperanza!

El campanero me hizo una expresiva seña, incitándome á que la escuchara, y ella, sin soltar mi mano y mirándome con pertinaz fijeza, dijo poco más ó menos lo siguiente:

—«Aquí vivían mis dos gorriones; entre el cristal y el alambreado tenían su nido y por estas mallas rotas salían y entraban al caer el sol y al nacer el alba.

«Él volaba tan alto, que solía posarse en el Giraldillo, á pesar de las aves de rapiña; ella era tan viva y coqueta, que se despepitaba por verla los pájaros de las azoteas vecinas.

«Hicieron el nido con las pajas más finas del término y las plumillas más suaves; iban juntos al cuerpo de campanas cuando no había repique, y se bañaban en los depósitos de agua de las bóvedas, secándose al par las alas sobre los remates de piedra.

«El gorrion era feliz: me lo dijo piando muchas veces. Su compañera lo hubiera sido también si no hubiese hallado estrecho el hueco de cristal y alambre de su ventana.

«Cierta día, un gorrion extraño pasó por las azoteas de la Catedral y halló sola á la hembra, que coqueteaba en las balaustradas. No sé qué jarabe de pico supo dar á la pájara mal avisada; pero lo cierto es que se fueron volando.

«Cuando el pájaro, que había ido á la era por un haz de pajas, se encontró sin su compañera, preguntó por ella á las golondrinas y á los vencejos; y luego que supo su perfidia y vió cerca del nido plumas extrañas, metió su cabecita entre dos alambres, y se ahorcó, sin más ceremonias.»

—Aquel mismo día, —dijome por lo bajo el campanero, procurando que su aparte no fuera sorprendido por la joven, — Catana partía para Francia con el Marqués de X... y Lorenzo se arrojaba, desesperado, desde la Giralda, dejando sobre los sillares una señal indeleble.

Tal es la historia que me fué referida en las azoteas de la Catedral, ó que, en mi abdicación, creí recoger de los labios del campanero y de su sobrina.

Acaso yo haya vestido el relato de inútiles hojarascas; acaso nada de cuanto en él se encuentra tenga más realidad que la que dan á los fantasmas de la imaginación esos maravillosos lugares que producen el sonambulismo y el vértigo; pero es lo cierto que yo juraría haber visto á Catana y á sus palomas; que sabría reducir á ritmo y á notas su antigua y monótona canción; que podría mostrar á mis lectores la horrible señal que dejó sobre el muro el cráneo del suicida Lorenzo.

Por lo demás, la existencia del protagonista de esta historia es indudable; se trata de un tipo tan vulgar, que tiene á cada momento imitadores. No así el de Catana, cuyas émulas, en los tiempos que corren, no suelen volver á los lugares consagrados por los recuerdos de los primeros años, entonando el triste romance de *la Santa que se paseaba por las barandas del cielo*, sino tarareando los valseos del *Fausto* ó los voluptuosos caprichos de *Offenbach*.

BENITO MÁZ Y PRAT.

Sevilla, Julio 1881.

LA PRODUCCION EN ESPAÑA.

CUESTION ardua y de excepcional importancia es sostener el equilibrio entre la poblacion y la produccion, y por lo tanto, la que debe ser objeto de estudio preferente por parte de los Gobiernos y personas pensadoras.

El bienestar y felicidad de los pueblos, todos reconocen por base la buena proporcion entre el número de consumidores y la cantidad de materias alimenticias que se producen. Y se comprende desde luego que sea así. Las estadísticas de los distintos pueblos del antiguo Continente nos demuestran con exactitud que la mayoría de sus habitantes la constituyen obreros y gentes que viven de la magnanimidad de los demás; es decir, que el pauperismo está muy desarrollado. Pues bien; ¿es posible el bienestar, ni mucho menos la felicidad, en esos países, si no se establece perfecto equilibrio entre el número de habitantes y los productos de que éstos mismos han de alimentarse? Las clases acomodadas, las personas favorecidas por la fortuna, no tienen por qué ocuparse ni preocuparse del precio que alcanzan los artículos de consumo; pero como hemos visto que éstas constituyen minoría, es obligación, repetimos, de los poderes públicos y de todos aquellos que se interesan por la prosperidad de los pueblos, estudiar primero, y determinar después, los medios para llegar al equilibrio de que se trata. Este es, pues, nuestro propósito con respecto á España.

Aquí está muy generalizada la creencia de que los frutos de la tierra deben producirse al acaso, sin cálculos ni estudios de ningún género; más claro: que lo mismo da cosechar patatas, que uvas, que trigo. Créese también que es indiferente dedicarse á la fabricacion de harinas que á otra cualquiera, como la de vinos ó aguardientes. Esta manera de raciocinar, tan absurda é incomprensible, hija sólo de la falta absoluta de reflexion, es causa de muchos y graves males. Veamos: Supongámonos que, sin prévio estudio sobre el estado de los mercados, vias de comunicacion, abonos, tipos de jornales, etc., etc., se procede á cultivar plantas cereales, y se establece la fabricacion de harinas, y demos por supuesto también que en los centros de contratacion más próximos el trigo se cotiza a precios bajos, y que efecto de condiciones desfavorables, la instalacion y sostenimiento de molinos harineros se hace muy costosa: es evidente que los resultados, en este caso, serán negativos. Pero ahora bien; con esta manera de proceder no sólo procuraremos nuestra ruina, sino que contribuiremos al malestar de la comarca, y por ende, al de toda la nacion, lo cual se comprende perfectamente; basta para ello calcular los rendimientos que se hubieran alcanzado planteando cultivos é industrias cuyos resultados fueran ventajosos.

Concretemos la cuestion y fijémosnos en nuestras provincias del Mediodía. ¿Qué cultivos vemos en ellas? ¿Qué industrias se practican? ¿Qué productos ofrecen? Allí no se

¿ cosecha más que frutos de huerta y algún que otro especial, cuyos rendimientos no bastan la mayor parte de las veces ni aún para cubrir los gastos de siembra y recoleccion. La consecuencia lógica y natural de todo esto es que los propietarios no obtengan el interes que debian esperar de sus capitales empleados en la Agricultura; que los colonos ó arrendadores se vean siempre escasos de los medios más indispensables á la vida, y por último, que el suelo laborable vaya empobreciéndose hasta llegar al estado de agotamiento absoluto. Pues bien; si en esta region se cultiváran todos aquellos vegetales que, gracias á las condiciones climatológicas, puédense cultivar, como, por ejemplo, la morera, el argan, el ramie, el sorgo azucarado, el trigo de Egipto, la palmera de Arabia, el algodón, el almizcle y otros; si se establecieran industrias como la sericícola; la del esparto, en mayor escala que hoy se ejerce; la de la fabricacion del vino de naranja; la del aceite extraído del argan, etc., etc., y por fin, si se organizase convenientemente el comercio de exportacion que se hace con los frutales, es seguro que la situacion de las provincias de Valencia, Murcia, Almería, Málaga, Cádiz, Granada y Sevilla seria muy floreciente, pues que los propietarios tendrian entonces mayores rentas, y los colonos vivirian en la abundancia. Pero aún hay más: este estado de cosas tan halagüeño traspasaría los límites de las provincias citadas y haría llegar su benéfica influencia al resto de España, cuyos habitantes podrian adquirir con facilidad las materias alimenticias de que hoy carecen.

Ocupémonos ahora de la parte central.

Lo mismo que hemos dicho respecto á la region de Levante hemos de repetir al hablar de las provincias que forman el centro de la Peninsula. En ellas sólo se cultivan las plantas cereales y algunas vides y olivos. Es verdaderamente extraño lo que aquí acontece, pues que ni el ejemplo ni los resultados obtenidos durante largos años de práctica son bastantes á hacer variar de sistema á los agricultores de ambas Castillas y del extenso desierto conocido por *La Mancha*. Hemos hablado de ejemplo, y debemos explicarnos. En efecto, todo el que haya viajado por la linea del Norte habrá podido admirar, próximo á la estacion de Las Navas, un extensísimo bosque de hermosos y corpulentos pinos. Éste pinar en explotacion, verdadero *oasis*, es propiedad de la Excmo. Sra. Duquesa viuda de Medinaceli, dama ilustre, á quien por tantos títulos hay que reconocer como protectora de nuestra Agricultura. Esta magnífica posesion era, hace algun tiempo, lo que hoy son sus vecinas, un conjunto de vegetacion; pero bien pronto los movimientos nada comunes de la poseedora, y su deseo de crear en España una nueva industria que diera á la misma fama y provecho, hizo convertirse aquellas dilatadas arboledas en explotacion modelo, en la que se recoge abundante cosecha de excelente resina. ¿Por qué no tiene imitadores la ilustre Duquesa de Medinaceli? ¿Por qué no se emplean algunos capitales en crear esos veneros de riqueza allí donde hay condiciones

para ello? Grande, inmensa es la responsabilidad que alcanza á quienes, pudiendo hacer algo, permanecen en la más completa indiferencia.

Por otra parte, la producción de granos, de seguros y positivos resultados en pasados tiempos, hoy hay que considerarla como ruinosa. Varias son las causas que motivan este cambio, y muy principalmente la competencia que, ya en calidad, ya en precios, nos hacen en todos los mercados las cereales de otros países ántes importadores de estos productos.

En vista, pues, de lo expuesto, y atendiendo á los resultados que han dado cuantos estudios sobre el particular hemos hecho, somos de opinión, y así lo aconsejamos, que se establezcan en esta region cultivos como el de la *Solanum tuberosum* (patata), la vid y el olivo en gran escala, la morera blanca (*Morus alba*), el castaño, el olmo, el plátano, roble, tilo y demas vegetales arbóreos de reconocidas ventajas. También débense plantear industrias tan lucrativas como la fabricacion de barinas, ora sea por vapor, ora empleando por motor el viento ó el agua. Las producciones de la seda y de la miel y cera son muy importantes, y de seguros y positivos resultados en la region que nos ocupa; plantéense, pues, buenas *magnanerias* y colmenares. La corta de maderas, sin deber constituir el trabajo preferente á que se dediquen los habitantes del centro de España, tampoco ha de estar en el abandono en que hoy se encuentra. El producto de la madera va siendo cada dia más importante á causa de las grandes construcciones de Madrid y otras capitales, y es claro que, en general, en el consumo de este cumo de todos los artículos, se da siempre preferencia á aquellos que, á las buenas condiciones reúnen las de baratura y poderse obtener prontamente. Queda, pues, demostrado que llevando á cabo lo que recomendamos, los rendimientos de la Agricultura serian mucho mayores que ahora, y que las industrias y toda clase de trabajos aumentarían, propiciando así ocupacion constante y segura á cuantos braceros útiles hay, los cuales venen hoy obligados á vivir de la caridad pública, ó á trasladarse á otras naciones que, á cambio de pan, les ofrecen una existencia llena de amarguras y de intranquilidad.

Pasemos á ocuparnos de la region del Norte y Noroeste. ¿Qué cultivos y qué industrias se conocen en las provincias Vascongadas, Navarra y en Asturias y Galicia? Causa verdadero asombro que, teniendo estas comarcas condiciones excepcionales para producir ganados, frutas y maderas superiores y quesos y mantecas exquisitos, nos veamos obligados á adquirir todo esto en otros países que en manera alguna pueden obtenerlos tan fácilmente como nosotros, y que, valiéndose de la ocasion, como suele decirse, nos lo proporcionan á precios fabulosos. Las castañas, las nueces, la sidra ó sagardía, la leche, los aguardientes, los quesos y mantecas, y toda clase de frutas, á excepcion de los agrios procedentes de esta region, debieran ser objeto de muy ventajosas transacciones, no sólo en los mercados del interior, sino tambien en los del extranjero.

Es indudable que, una vez desarrollada la industria de la fabricacion de la sidra y del vino de naranja, de que ya hemos hablado, el comercio de vinos espumosos que hoy se sostiene con Francia disminuiría notablemente. Pensemos, pues, en nuestro porvenir; salgamos de la inaccion en que vivimos, y veremos variar en poco tiempo, y por completo,

la situacion affictiva y desconsoladora en que hoy se presentan la mayoría de los moradores de estas comarcas.

De la industria sericícola no diremos nada, porque ya está bien demostrado que puede ser de considerables y muy satisfactorios resultados. Para convencerse de ello, basta examinar la explotacion que en Usurbil, lugar próximo á San Sebastian (Guipúzcoa), tiene establecida el distinguido y activo profesor Sr. Perez de Nuevos. Por último, haremos observar el descuido tan grande en que se halla el cultivo en la provincia de Santander. En esta parte hemos recorrido leguas y leguas por valles y montañas, sin encontrar más vegetacion que la espontánea. Allí no hemos visto la *consuelda*, planta forrajera de superiores condiciones, ni otras de suma importancia; sólo hay algunas hectáreas de esparceta y remolacha, aunque tampoco de la mejor para alimento del ganado. Los establos dejan también mucho que desear.

Fijémosnos ahora en el Este de la Península.

Algo más agradable nos es ocuparnos de las provincias que componen esta parte de España, pues los adelantos en ellas efectuados, sobre todo en lo relativo á las industrias, demuestran clara y terminantemente el afan constante y decidido de progreso, y por lo tanto, de mejorar de condicion. ¡Ah, qué pocos catalanes y aragoneses abandonan su pueblo natal para dedicarse á la vida errante, á la vida del merodeo y de la aventura! Esto no obstante, aún falta mucho que hacer en Aragón y Cataluña, aún no se ha alcanzado, como algunos creen, el estado de bienestar á que todo pueblo debe aspirar; para esto es necesario que la Agricultura adelante, y ésta, si bien mejora, todavía encuéntrase en un estado de atraso relativo. Mientras no veamos grandes plantaciones de vegetales textiles, como, por ejemplo, el cáñamo y lino; mientras no se establezcan importantes fábricas de aguardientes y espíritus, mientras no se produzcan vinos que puedan competir en calidad y precios con los más estimados de fuera de España, no podemos decir que la region del Este ha hecho cuanto tiene que hacer.

Entremos, por último, á ocuparnos de la parte Oeste, constituida por Extremadura y áun alguna provincia andaluza como la de Córdoba. Region es ésta que, por su clima y su suelo, debiera producir frutos apreciabilísimos, que compitiesen con los de igual clase de otros países. Sin embargo, nada de esto sucede. En las comarcas de Cáceres y Badajoz no se encuentran más que extensas dehesas donde se mantienen millares de cabezas de ganado, y áun esas generalmente no reúnen las buenas condiciones que son de desear. Verdad es que la industria del corcho se halla bastante adelantada; verdad también que se consiguen lanas muy apreciables. Empero, ¿es esto todo lo que puede y debe esperarse de localidades espesas de producir cuanto se produce en todas las partes del mundo, sea cualquiera la latitud? Pues que, si se pusieran en buen cultivo los extensos baldíos, que hay por doquiera se ven, ¿no obtendríamos resultados verdaderamente asombrosos? Pues qué, si se desarrollara la industria agrícola, ¿no llegaríamos á establecer un activo é importante comercio de exportacion? Por otra parte, ¿qué razas de animales se dan en estas comarcas? ¿cuántas ubanías modelos hay? ¿existe alguna escuela para la enseñanza de la ganadería? Reflexionemos con un poco de espacio acerca de tan triste situacion; calculemos las ventajas que

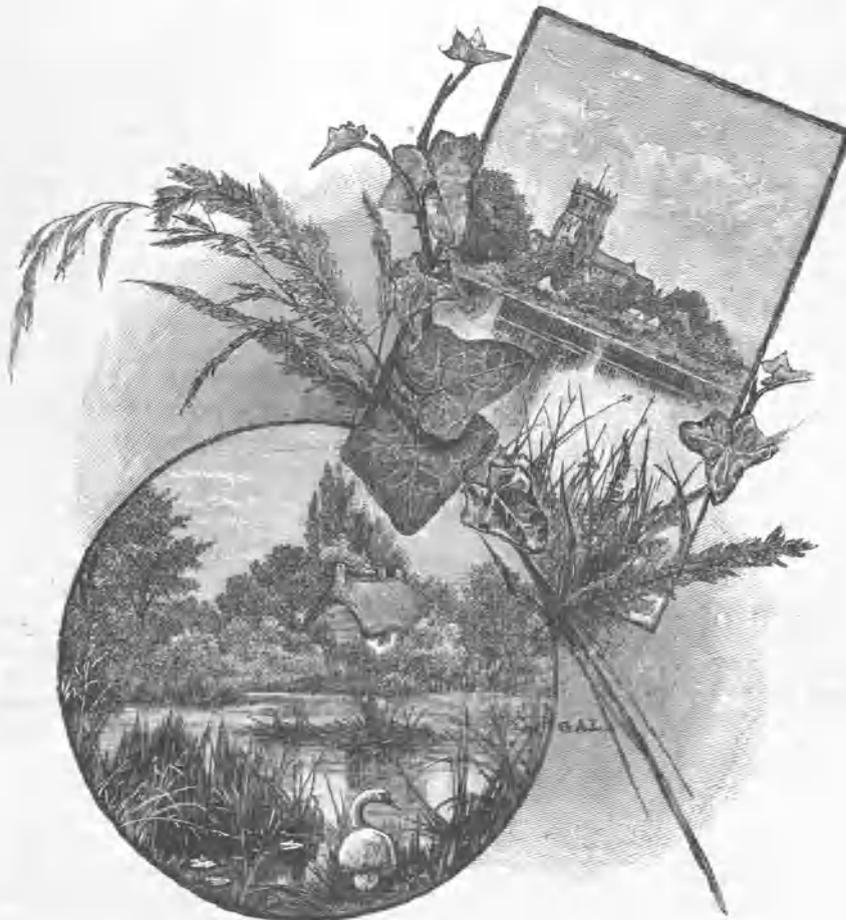
ha de reportar el planteamiento de las mejoras indicadas, y seguramente nos arrepentiremos del tiempo perdido, aprestándonos con fe y decisión para campaña tan útil y provechosa.

Ahora bien; á estas observaciones, á todo esto que nosotros aquí exponemos, se nos puede objetar diciendo que, sin agua, sin seguridad en los campos, que faltando las vías de comunicacion y los abonos, y en fin, que pesando sobre el propietario agricultor las cargas que hoy pesan, es absolutamente imposible pensar siquiera en adelanto alguno, en la más insignificante mejora. Ciertamente que es así; pero no lo es ménos que todas esas contrariedades, que todas esas cosas de que en la actualidad se carece podían y debían remediarse y procurarlas en primer término los mismos que de ello se lamentan. Hé ahí por qué les exigimos la responsabilidad; hé ahí por qué los presentamos como principales culpables. Pero aún hay más: en la provincia de Córdoba cuéntanse hasta 8.428 hectáreas de tierra sin cultivar, tierras bañadas por los ríos Genil, Salado, La Hoz, Guadalquivir y otros de ménos importancia, y rodeadas de monte alto y bajo. Pues lo mismo que sucede en Andalucía acontece en el resto de España. Y entiéndase que hablamos con perfecto conocimiento, puesto que en nuestros viajes por las márgenes del Tajo, del Segura, del Ebro, del Besaya, del Duero y otros cauda-

losos ríos, hemos encontrado inmensos eriales, cuya flora tiene bien poco que estudiar; en cambio, la fauna merece detenido exámen.

Ahora bien; parécenos que, despues de lo expuesto, no habrá nadie que dude de que, faltando el equilibrio entre la poblacion y la produccion, se hace imposible la vida; y asimismo, que ese equilibrio no podrá existir mientras sigamos el camino por el cual há tiempo marchamos. Abandonémosle, pues; emprendamos el derrotero que hemos trazado, y se conseguirá lo que hace largos años perseguimos: el logro del más completo bienestar y felicidad. De lo contrario, poco á poco irémos empeorando tan triste situacion, hasta que llegue un momento en que nos veamos precisados á emigrar á causa de la falta ó escasez de los medios indispensables para la subsistencia. ¡Dichoso el pueblo cuya alimentacion tiene por base la carne, la patata y la leche, é infeliz aquel que sólo se mantiene de plantas de huerta! El primero, ademas de presentarse siempre rico y potente, producirá generaciones fuertes, capaces para toda clase de faenas, mientras que el segundo se compondrá de seres raquiticos é imposibilitados de emprender el trabajo que exija ménos aptitudes, ya intelectuales, ya físicas ó corporales.

LUIS ÁLVAREZ ALVISTUR.





MR. JAMES A. GARFIELD.

Presidente que fué de la República Norte-Americana. Nació en Orange (Ohio) en 1831; falleció de muerte alevosa, en Long-Branch, el 19 de Setiembre de 1881.

LA LEYENDA DEL THÉ.

(TRADICION INDO-CHINA.)



É es grande y poderoso.

Manú el legislador lo ha dicho.

Y Manú es el Sabio.

Para él las cosas más ocultas son trasparentes como las cristalinas aguas del lago donde se bañan las almas que habitan el *Devataloka* ó quinto paraíso, y que devuelven á los ancianos la juventud y la energía.

Él ha leído en la sagrada flor del loto los misterios más recónditos de la Naturaleza.

Y en esas noches en que la luna llena se duerme, guiado por la luz esplendorosa de las estrellas, ha descifrado las santas escrituras que el dedo del Gran Sér había trazado sobre el vestíbulo áureo del Edificio invencible, donde tiene su trono de diamantes la Saliduría, que purifica el corazón y es el centro de todos los seres.

Para Fó sea la alabanza que, descendiendo al seno de una doncella, ha enseñado á los hombres el camino de la justicia.

El caudaloso Ganges no es más que un mísero arroyuelo á las alas de su caballo volador.

Un solo golpe de su espada ha derribado por tierra al gigante atormentador de los hombres.

Y el sol brilla como diadema celestial sobre su frente.

Luz de su mirada es la antorcha que resplandece inextinguible sobre las cumbres de la Montaña de oro.

Y su impalpable sombra ahuyenta al dragón enemigo de la luna.

Él ha enseñado á los hombres que el verdadero mérito consiste en conocerse á sí mismo.

Él ha dicho que el que domina á los demás hombres es poderoso, pero que sólo es verdaderamente fuerte el que se domina á sí mismo; que las violencias pasan como pasa el sol sobre las cumbres, y que sólo las buenas obras, la virtud y la humildad dejan recuerdo imperecedero en la memoria de los hombres.

No basta conocer la virtud, han dicho sus enviados; es necesario practicarla para gustar sus dulzuras y sus alegrías, porque para morir con tranquilidad es preciso haber vivido honestamente. El hombre que ama la verdad y la busca no se separará jamás del camino de la justicia.

Por la naturaleza todos los hombres son iguales; sólo la educación, la ciencia y la virtud elevan á los unos sobre los otros.

Las riquezas y los honores que se adquieren por las sendas de la iniquidad son como la nube que flota un momento sobre las cabezas de los hombres y pasa.

El que no piensa en el porvenir está próximo á experimentar algún mal en el presente.

El príncipe que no dirige á sus pueblos con el cetro de la razón y de la justicia verá pronto el día de la desobediencia y de la venganza. Para conquistar el amor del pueblo es indispensable honrar á los hombres cuya rectitud no se dobla á los halagos del encubramiento ni á las asechanzas de los inenos.

Todas estas cosas las ignoraban los hombres, porque la iniquidad se había extendido sobre la tierra como peste maligna, y los vientos del olvido habían soplado por la boca de Mára, rey de las tinieblas.

Compadecido Fó del estado de los hombres, y deseoso de tender la mano de su poder á los que se revolían en la laguna impura de la ceguera y de la ignorancia, determinó descender de nuevo á la tierra, verificando su tercera transformación y su encarnación para redimir á los hombres y aproximarlos al Gran Espíritu, en quien residen la inteligencia, la unión y la sabiduría.

Para realizar esta gran obra, que sea bendita, y confundirse con los hombres é identificarse con ellos, Fó escogió el seno de Máya, la prometida del rey Soudhodana, la hermosísima doncella cuya belleza daba celos al sol y cuyos radiantes ojos eran negros como la noche sin luna.

Una noche Máya dormía dulcemente, y tuvo un ensueño indescifrable.

Oyó una dulcísima música y un coro de argentinas voces, y vió que un elefante blanco, circuido de esplendores, atravesaba majestuosamente los aires, llenando de luz el mundo entero: una lluvia de flores, de fragancia nunca sentida, caía por doquier á su paso.

Así fué aquella visión mágica acercándose, acercándose, hasta que vino á colocarse sobre la cabeza de la dormida virgen.

Entonces el coro celeste entonó sus cánticos más melodiosos, y poco despues elefante y coros y resplandores desaparecieron como por encanto.

Máya, presa de horribles congojas, despertó súbitamente, temblando como la hoja que va á desprenderse del árbol cuando el Invierno llama á las puertas de la Naturaleza.

El Rey, á quien conmovió profundamente la relación que de este sueño le hizo al día siguiente su prometida, se apresuró á consultar á los adivinos para que le explicasen el sentido misterioso de aquella visión inesperada.

Y los adivinos disiparon sus temores, anunciándole que aquel sueño era mensaje de buenas nuevas, y significaba que un espíritu celeste había descendido al seno de su prometida, y que de aquel ósculo inefable nacería un hijo, que libertaría á las diez partes del mundo de la oscuridad en que yacían, y sembraría entre los hombres la semilla de la verdad.

Un día, cuando el sol había entrado en el solsticio de invierno, Mâya, inspirada por los genios que rodean al Gran Sér, abandonó el palacio del Rey, su esposo, y dejando á su espalda la ciudad, se internó en la foresta y se sentó á la sombra de un árbol gigantesco. Una luminosa estrella apareció en el cielo, y de la tierra brotaron flores; Mâya inclinó su frente, y Fó salió del seno de su madre, sin producirle dolor alguno, como un suspiro que se escapa del pecho.

Los dioses y los genios rodearon al hijo y á la feliz madre que le había llevado en sus entrañas; el rey Soudhodana le prestó homenaje, y los hombres, en incontable muchedumbre, le adoraron y le aclamaron, saludándole dios de los dioses, luz de lucas y regenerador de los hombres.

Maravillosos prodigios acompañaron su nacimiento y preronaron su grandeza á los mundos.

Tembló la tierra de alegría, y las montañas giraron sobre su asiento:

Cubriéronse de follaje los árboles secos, y alzaron su tallo las marchitas flores:

Las flores del loto, hijo de las aguas, brotaron espontáneamente en las áridas llanuras:

Frescos arroyuelos de corrientes cristalinas y bullidor murmuró se precipitaron sobre la superficie de la tierra:

Suspendieron los vientos su carrera eterna, y las nubes que velaban el cielo corrieron á ocultarse en los abismos:

Los astros detuvieron su curso, y la perla divina de la luna llena descendió sobre el misterioso infante para iluminarle con sus resplandores:

Llenaron los dioses el perfumado carro del rocío con las siete cosas preciosas, y quinientos elefantes blancos, y otros tantos leones habitantes de las selvas, vinieron á postrarse ante las puertas del palacio de Soudhodana, donde dormía Fó su primer sueño, que velaban diez mil vírgenes, agitando sus mosquiteros de plumas de pavo real.

Dulcísimas armonías resonaron por todas partes: los pájaros entonaron sus trinos, sacudiendo las pintadas alas, y cesaron por completo los terribles suplicios que atormentaban á los condenados en las tenebrosas regiones de los treinta y dos infiernos donde reina Yau-lo el inexorable.

Desde su más tierna edad, Fó, el niño enviado de los mundos inmutables, asombró á los hombres por su sabiduría incomparable y la austeridad de sus costumbres, que por todas partes dejaban la huella de la virtud y el perfume de la verdad.

Así pasaron los años de su infancia y los albores de su juventud, consagrados al bien y á la meditación.

Un día Fó reunió á los suyos y les dijo: «*Todo lo que existe no es más que una ilusión, un sueño y un eco: ha llegado el día de alejarme de vosotros, porque yo he venido para hacer penitencia por las culpas de los hombres y predicar la verdad á los ciegos, cuyo corazón está cerrado á la luz.*»

Llamó á su escudero; mandóle ensillar su caballo Kantakanam, blanco como una paloma; montó sobre él, y atravesando de un salto el río Ganges, se internó en el desierto.

Allí se despojó de sus ricas vestiduras, que sólo son la cubierta del cuerpo, y de sus afecciones, que son las vestiduras del alma; y perdiéndose entre las montañas, empezó

su vida de penitencia, de soledad y de maceraciones, para enseñar á los hombres con el ejemplo ántes de comenzar á predicar la palabra de vida.

Seis años duró su penitencia de preparación, llegando sus austeridades y su amor para con los hombres á hacerle el oráculo del pueblo, por donde quiera que pasaba, y á atraerle un número infinito de discípulos, ansiosos de aprender sus doctrinas y de recoger la perla de la verdad de los labios de aquel cuya palabra, suave y conmovedora como el murmurar del arroyo que corre entre los juncos de la pradera; dominaba á la absorta multitud y la arrastraba tras de sí, como arrastra la golondrina á sus pequeñuelos para enseñarles á volar.

Su sabiduría era como un rocío perfumado para los ignorantes, y los más sabios y poderosos se sentían pequeños ante la grandeza de aquel sér misterioso, que sabía andar sobre las aguas contra la corriente y hacerse invisible á la muchedumbre, transformándose súbitamente en impalpable sombra.

Su poderío era tan grande, que la fama de sus prodigios recorría la tierra y las islas más apartadas, y de todas partes acudían á él en busca de luz y de alegría.

Los ciegos se acercaban á Fó, y Fó les daba sus propios ojos para que volvieran á ver.

Su intuición leía las cosas ocultas en los pliegues más escondidos del corazón, y el rayo de su mirada le arrancaba la máscara de oro á la mentira.

Un día que disputaba con los incrédulos en medio de una turba de reyes, de mandarines y de hijos del pueblo, una mujer hermosa como una creación de Mâra, el padre de los genios maléficos, inspirada por los enemigos del Profeta sagrado, colocó su túnica de manera que parecía una mujer en cinta; y presentándose ante las turbas, acusó, llena de furor, á Fó de haber labrado su desventura, violentando su casta belleza.

Pero los dioses son justos.

Y los dioses enviaron sobre ella un raton blanco, cuyos menudos dientes cortaron las ligaduras que había colocado sobre su vientre aquella hija de los dragones; y cayendo instantáneamente sus vestiduras y los lienzos con que había fingido su preñez, se descubrió la mentira.

Y Fó fué ensalzado y aclamado por la muchedumbre, mientras que la tierra, abriendo sus fauces, se tragaba viva á la impostora, que no ha vuelto á ver la luna en lleno, que es la alegría y la antorcha de los creyentes.

Pero nada bastó para que el tentador de los hombres dejara de perseguir á aquel que era sopló de la inteligencia suprema y Maestro de la Ley.

Y reuniendo en el palacio de las sombras terribles á toda la turba de los genios que le ayudan á conmover la tierra, se concertó con ellos para poner á prueba la austeridad del gran Fó y derribar su poder.

Y entonces, tres hijas de Mâra, de infernal sonrisa, de voz fascinadora como la flauta de un encantador de serpientes, y de atractivos más irresistibles que un ejército de soldados montados sobre elefantes, se lanzaron al mundo de los hombres y se presentaron á Fó, radiantes de juventud y de belleza, jurando servirle como esclavas que son la delicia de su señor.

El alma de Fó permaneció, sin embargo, dura é inque-

brantable como un diamante de Golconda, y pura como una perla de Ceylan.

Alzó los ojos al mundo de los soles, extendió la mano hacía las hijas de Mára, y aquellas jóvenes, poco ántes tan erguidas y tan lozanas como un naranjo cuando está en flor, aparecieron transformadas en repugnantes viejas encorvadas bajo el peso de los días.

Cuando Mára las vió regresar así, brillaron de ira sus ojos como rayo que hiende las torres de porcelana en noche de tempestad; y bramando como el mar en el equinoccio, púsose á la cabeza de dos millones de demonios y se precipitó por la tierra, tomando todas las formas de los animales más horribles y feroces para amedrentar á Fó y abatir aquel corazón indomable.

Pero ni las visiones más repugnantes, ni los fantasmas más imponentes, ni las brutales acometidas de aquella plaga de los abismos, lograron poner miedo en el corazón del predestinado, que, con su humildad y su paciencia incomparable y su palabra llena de dulzura, salió vencedor de todos los combates y de todas las asechanzas.

Desde aquel día Fó pudo continuar su misión derramando la luz por doquier, conquistando el corazón de los hombres, como héroe triunfador, y cambiando la faz de la tierra con el rocío de la verdad que brotaba de sus labios sagrados; hasta que, cumplidos los días, y dada la bendición á sus fieles discípulos, se durmió en el mismo para volver al seno de la inmensidad, centro de los seres y trono de su grandeza.

Había terminado su misión sobre la tierra.

Sus recuerdos y su doctrina purifican aún la conciencia de los hombres, como el árbol del sándalo purifica la atmósfera de los valles.

Pero ¡ay! que el olvido es opio que adormece las almas, y el corazón de los hombres se dobla como se dobla la caña del bambú á impulsos del viento.

Y hubo tiranos que no quisieron leer en el espejo de la verdad, y que, cerrando los ojos á la luz, opusieron los mayores obstáculos á la propagación de la buena nueva y á la introducción de la sagrada semilla en sus imperios.

Las tierras que el Indus y el Ganges bañan vieron más de una vez correr la sangre de los apóstoles y discípulos de Fó, y la misma Kapila, la ciudad sagrada donde sus ojos vieron por vez primera la luz de la luna, fué destruida y sus cimientos arrasados.

Los emperadores Kao-teou y Wen-toung mandaron más de una vez dispersar á los sacerdotes budistas, confiscar sus riquezas y destruir sus suntuosas pagodas; y el venerable Hoai-y, el fundador del Ta-ming-tang, ó templo de la gran luz, hallaba la muerte á manos de los sicarios que la hermosa emperatriz Wou-heou había concitado contra él para perderle.

Pero el reinado de los dragones durará poco, y los leprados serán confundidos.

Porque mientras las venerandas huellas que el pié de Fó imprimiera en las rocas permanezcan sobre las cumbres de la montaña Ba-keng, su nombre será venerado, y las misteriosas leyes del Budha santo se extenderán, como lluvia de primavera, por las comarcas que el sol saliente dona.

El agua, vivificando las semillas, produce plantas y hace crecer árboles gigantes.

La sangre de los que mueren por la ley crea nuevos profetas.

Todo pasa, y todo vuelve al vacío, y todo renace: Mandó lo ha dicho.

Fó vió perseguir á los suyos, y lloró sobre la ceguera eterna de los hombres.

Y envió á la tierra nuevos apóstoles que llevarán su doctrina á todos los vientos.

Entonces nació Darma el prodigioso.

Una voz desconocida anunció el instante de su concepción, y Fó hizo que gozase del don de la palabra, aun ántes de nacer, en el vientre de su madre.

Ya hombre, consagróse por completo á la predicación de las misteriosas máximas y de las leyes santas de su Maestro; y los pueblos le siguieron en tropel y adoraron á Fó, que le había enviado.

Hierbas y raíces formaban su único alimento; y el sol durante el día, y la luna por la noche, en cada una de sus revoluciones, le sorprendían siempre absorto en profunda meditación y en el estudio de los libros santos.

Para no interrumpir nunca esta ocupación, tan agradable á Fó y tan digna del que ha nacido para enseñar á sus hermanos, á quienes el destello de la suprema inteligencia no ha tocado en la frente, Darma había jurado ante la presencia del Gran Espíritu que jamás se entregaría al sueño, que no ve al tiempo correr y es noche de muerte para el alma.

Pero Mára, enemigo eterno de los hombres, y serpiente venenosa, cuyos anillos se retuercen al solo nombre de Fó, que sea bendito, tendió sus lazos al venerable Darma, como cazador astuto de elefantes; y vertiendo en el aire una lluvia de opio, azotó con él los párpados de Darma, que cediendo á una fascinación irresistible, los entornó violentamente y se durmió.

Pasó el encanto y Darma abrió los ojos á la luz.

Entonces, lleno de aflicción por haber olvidado sus votos, alzó una mirada de dolor á los cielos, y llevándose la mano á aquellos párpados prevaricadores, los arrancó sin piedad y los arrojó lejos de sí.

Y Fó sonrió al ver la energía de aquella alma grande.

Pero ¡oh sorpresa! Tan pronto como aquellos músculos ensangrentados habían tocado la tierra húmeda, brotaron de ellos, como de semilla que entreabre sus entrañas, dos verdes plantas cargadas de hojas, que exhalaban suave aroma.

Darma, queriendo agradecer aquel don á los dioses, llevó algunas hojas á su boca, y encontrándolas gratas al paladar, las comió, y despues otras y otras.

Apénas las hubo comido, sintió que una dulce emoción embargaba todos sus sentidos; que una alegría nunca sentida inundaba su sér, y que su cerebro se despejaba del peso de las ideas y adquiría una lucidez que le hacía penetrar el secreto de las cosas ocultas, ver delante de sí un cielo sin nubes, y leer en el corazón de los hombres como en un libro abierto por la mano de ángeles de color de oro.

Entonces, cayendo de rodillas y vertiendo lágrimas de gratitud, bendijo á Fó grande y poderoso, que había concedido aquel tesoro inestimable á su humilde siervo, y que con acentos misteriosos le anunciaba que aquella planta sería bálsamo regenerador para los hombres, dulzura de sus tristezas, y rayo de luz que abriría sus ciegas inteligencias á

los resplandores de la verdad, y su endurecido corazón á las alegrías de la virtud.

Todos los discípulos de Darma oyeron al otro día, de sus labios, el relato del prodigio que la Divinidad había obrado; y llenos de asombro y de respeto, dieron gloria á Fó, señor de los genios y de los hombres, de cuyo caballo volador á las alas el caudaloso Ganges no es más que un misero arroyuelo, y que con la luz de sus ojos ha encendido la antorcha que arde inextinguible sobre las cumbres de la Montaña de oro.

Aquella planta maravillosa y bendita era el *thé*, cuyas semillas extendieron bien pronto por todas las partes de la tierra Darma sus discípulos, que desde el día de aquel prodigio vieron crecer sus adeptos, como crecen las flores en el valle después que las lluvias primaverales han fecundado las entrañas de la madre tierra.

Desde aquel día el *thé* es la ambrosia de los hijos del Tsin y de los que habitan al otro lado del Ganges.

Añados genios de gigantesca estatura y color de oro le sirven en copas de blanca porcelana á los felices espíritus de los justos que han merecido habitar los cinco paraísos.

Y su aroma es la delicia de los buenos peregrinos que desde las más remotas ciudades van á visitar la Montaña sagrada y besar las huellas que Fó dejó señaladas en la roca de sus altas cumbres.

Hermosísimas bayaderas, voluptuosas como un suspiro de amor, ligeras como pluma de golondrina, y de mirada radiante como rayo de sol que se quiebra en el cristal del mar Índico, sirven el *thé* en deslumbrantes tazas de diamantes y oro á los poderosos de la tierra.

El *thé* da alegría y rejuvenece á las mujeres chinas de pequeño pié y entornados ojos.

Y hasta las blancas mujeres del Occidente, las de pupilas negras como la traición y dientes nacarados, que son las reinas de los hombres del otro lado de los mares, hacen correr el *thé*, en dorados ríos de corrientes perfumadas, en los fastuosos banquetes con que obsequian á los bien amados de su corazón.

Fó le ha enviado á los hombres como presente de los cielos.

Fó es grande y poderoso.

¡Que él sea bendito!

Que la caña del bambú, volupiándose en brazos del viento, le rinda homenaje, y las negras golondrinas repitan sus alabanzas.

Esta es la leyenda del *thé*, que los hijos de Oriente cantan cuando está la luna en lleno.

JUAN CERVEA BACHILLER.

Madrid, Julio de 1881.



FLORENCIA. — IGLESIA DE « SANTA CROCE ».

LAS FIESTAS DE ANTAÑO.

UNA COMEDIA EN POMPEI.



I.

— ¡Quisiera era de ver el aire de regocijo que tenía la casa de Cecilio Juuendo, el banquero más rico de Pompei, en una de las tardes del mes de Mayo, cuando el emperador Tito empezaba á hacer en Roma las delicias del género humano. Tumbado, más que recostado,

el dueño en un triclinio que hacía más mullido un tapiz del Asia, de esplendente color y fastuoso dibujo, respiraba con dificultad, por consecuencia de una digestion laboriosa, tras de interminable comida remojada con repetidas libaciones del encendido Falerno. Faltábale aire al opulento *argentarius*, su rubicunda tez iba poco á poco compitiendo con el rojo subido de los muros del comedor ó *triclinium*, y todo se le iba en volver la cabeza hácia el portalon de columnas pareadas que separaba á la estancia del jardín vecino, aspirando con sus descomunales narices el aire semitibio y perfumado que en días serenos de primavera sopla en las comarcas meridionales de Italia y de España.

— Vano trabajo es el vuestro, — dijole entrando Metelo Scauro, grande amigo suyo, antiguo decurion y hombre que se sabia al dedillo el *Ars Amandi* de Publio Ovidio, — vano trabajo, porque si no aligerais la panza, no hallarán consuelo los pulmones. Fiad á los piés el remedio de la congoja y venid conmigo á pasearos breves instantes por el peristilo.

— Sea en buen hora, contestó Cecilio, áun cuando me desplace el remedio, porque bien sabeis cuán grato me es el reposo y cuanto odio toda suerte de movimiento. El día, sin embargo, es delicioso y voy á entregarme al deleite de aspirar á mis anchas la brisa que viene del golfo.

Y esto diciendo, ambos personajes pasaron del triclinio al peristilo, en donde estuvieron dando vueltas por espacio de algunos minutos alrededor del pórtico. Precioso espectáculo ofrecia entónces esta parte de la casa. Como en todas las habitaciones pompeyanas, formaba el peristilo una área cuadrilonga al aire libre, circunscrita por columnas en sus cuatro costados, techados todos; de modo que el conjunto semejaba, en punto á arquitectura, un patio ó claustro de siglos posteriores. Las esbeltas columnas del pórtico en la casa del banquero de Pompei tenían el basamento recubierto de estuco y otro tanto el fuste, con sendas manos de color al encáustico en ambas partes, rojo fuerte, que del sitio se ha llamado despues *pompeyano*, en la base, y amarillo un si es no es rojizo en lo alto, con estrias graciosamente trazadas. Un cuadrilongo más pequeño venia señalado en el pavimento central del peristilo, con tierra vegetal en todo su perimetro para que en él nacieran, vivieran y se desarrollaran hermosamente las flores predilectas del opulento propietario. Escogíalas éste hábilmente, porque sus gustos sibaríticos abarcaban desde los placeres de la mesa y otros más pecaminosos todavia, á los goces que el espíritu logra por medio de la contemplacion de toda clase de objetos bellos. Así, en medio de plantas traídas de Egipto y del Asia

menor, de hojas crasas mas, de hojas flexibles y holgadas otras, todas de un verde luminosísimo, asomaban las coronas, dibujando caprichosas figuras de variados matices flores tambien no ménos variadas, y entre ellas una especie de grandes margaritas, moradas con punta de rojo ó de un tinte de amarillo real ó amarillo de fuego, como sin desatino podría llamársele. Tan simpático debió ser este tinte á los artistas de Pompei, que de semejantes flores tomaron sin duda alguna el tono amarillo con que pintaron los fustes de las columnas, como aconteció en el peristilo de Cecilio Jucundo, y las paredes tambien de los triclinios, *cubicula*, *exedra*, *tablino* y de otras dependencias ménos principales de la habitacion en aquella ciudad romana.

Esta riqueza de colores, armoniosamente combinados, se enlazaba á maravilla en el lugar por donde paseaban Cecilio Jucundo y Metelo Scuro, con las artísticas líneas de las estatuas de mármol montadas en tallados pedestales y colocadas con cierto cuidadoso desorden en diversos puntos del patio; con los *bisellia* ó largos taburetes de bronce con piés que figuraban grifos y animales quiméricos; con el *velarium* de púrpura echado en parte al nivel del tejado para preservar de los rayos solares á los moradores de la casa, y, por fin, con el mismo firmamento azul, de ese azul inverosímil, de ese azul que no han podido copiar nunca por mucho que á él se hayan acercado, los pintores más diéstrós del universo mundo. Merced al paseo, al aire más puro que en el peristilo se respiraba, y sobre todo á que las funciones digestivas iban tocando á su término en el estómago de Cecilio, suavizábase tambien lentamente su encendida faz, tras de la cual semejaba ocultarse poco ántes un ataque apoplético. Daba pié á temer accidente de tal naturaleza la complexion del *argentarius* de Pompei. Su testa parecia vaciada sobre la de alguno de aquellos emperadores romanos, glotones y sensuales, aprobio y mengua del linaje humano. De rostro cuadrado, frente deprimida, barba carnosa que se confundía con el cuello de puro grande; ojos pequeños y algo saltones ya, que pugnaban por salir fuera de los carrillos, que les oprunian; nariz chata, y rubicunda más que el resto de la cara; el pelo como trigo en campo guijoso, y por detras un cogotazo de cuya piel tirante podía creerse próxima á brotar la sangre por inúmeros hilillos; tal era el banquero más famoso de la periclitada ciudad romana en los tiempos del Imperio que hemos señalado, y á los cuales aludiendo á quien dirigia los destinos de Roma, aplicaban sin duda los afortunados de entonces el *Deus nobis hæc omnia fecit* que medio siglo ántes Publio Virgilio Maron habia escrito.

De estampa opuesta Metelo Scuro no era la górdura sin flaco, que de flaco y casi apergaminado pecaba su cuerpo. Hombre decididor y chancero, con ribetes de satírico, era solicitada su compañía de las gentes de rumbo y sestercios, á quienes prestaba muy buenos servicios con su elocuencia, poco escrupulosa en achaque de negocios. Erase, pues, el abogado y el consejero de Cecilio Jucundo, además de amigo y acompañante, especie de Mentor, á vicereine á veces, que con una noticia ó una advertencia le ponía en el caso de poder echar su cuarto á espadas en materia de letras ó de artes, á reserva de que con un disparate de á fóllo comprometiera la fama del maestro. Por fortuna, en la época de Tito, como en siglos anteriores y posteriores, el oro daba á

sus poseedores talento natural, áun cuando lo fueran unos zotes, ó instruccion vastísima, áun cuando á duras penas conociesen las letras del alfabeto. Con tales premas y con iguales aficiones que las del banquero, en lo que toca á comer bien y cultivar el trato de Vénus, no parecerá raro que abogado y cliente congeniaran de lo liado, y que en los muchos ratos libres que les dejaban los negocios compitieran sobre quién aventajaba á quién en lo de pasar ménos mal las horas en esta pícaro vida.

El sibaritismo de ambos personajes, como ya queda dicho, se extendía á los placeres que proporcionan las letras y las artes. Gozaba en ellos Metelo por su ingenio y por sus estudios, y hallaba tambien en ellos Cecilio muy grato pasatiempo, porque, merced á su natural instinto, sentía sus bellezas, áun cuando no se explicára la razon del deleite que experimentaba. Amaban ambos, por lo mismo, el teatro, adonde solian ir con frecuencia y en donde se proponían pasar la tarde el día en que ocurrieron los hechos que estamos narrando, á juzgar por el giro que tomó la conversacion comenzada en el peristilo y terminada en una *exedra* colocada á su izquierda mano, á la cual se dirigieron los dos interlocutores cuando juzgaron que el cuerpo les pedía nuevamente reposo.

—Quedaos con vuestro Terencio, decía Cecilio con tono algo despreciativo, que yo me quedaré con Plauto, cuyas comedias me entretienen más y me divierten.

—No os negaré su gracia cómica ni su intencion satírica; pero no hay medio de comparar la delicadeza y casticismo de Terencio y su dición latina con la poca cultura de estilo y de concepto, y acaso con la grosería de vuestro autor predilecto.

—Ríeme yo de estos méritos, amigo Metelo, buenos para que los aprecien y los pongan sobre su cabeza los retóricos y los eruditos como vos. Al pueblo, y para el caso yo soy pueblo, nos gusta lo que se apodera de nuestra atencion y nos obliga á estarnos callados y á escuchar atentamente y nos hace reír ó llorar, áun cuando le falten los arrequives del estilo, que tanto celebráis vosotros las gentes de paladar muy delicado.

—Así me ampare la diosa Isis, como para vuestros gustos viene pintiparada la *Aulularia* que echan hoy en el *theatrum tragicum* los histriones de Marco Laberio. No es cosa de que desaprovechemos la ocasion, y por lo tanto, dad orden á vuestros esclavos que dispongan la *lectica*, ya que á pié no iriais al teatro áun cuando debieseis ver puesto en escena el juicio de Paris, y á Ariana abandonada por Teseo en la isla de Nasos, como se hallan pintados á maravilla en los muros de esta estancia.

Y como si la indicacion hubiese sido voz de Mercurio, incontinenti Cecilio Jucundo mandó á su liberto Lucio que se dispusiera lo necesario al objeto de que su amo y señor pudiese trasladarse cómodamente al teatro, á fin de solazarse con la representacion de la regocijada farsa de Marco Accio Plauto *Aulularia*.

II.

Poco se hizo esperar la *lectica*, apénas se hubieron corrido las órdenes. En el *atrium*, en el espacio que dejaban el *impluvium* ó estanque en dondè se recogían las aguas plu-

viales que por una abertura de igual dimension caian del techo, habian colocado la litera ó lectica los esclavos del opulento *argentarius*. Tenia este mueble ó trasto disposicion parecida á la de los palanquines de Oriente, si bien en las dimensiones de la cubierta se advertia mayor desahogo. Cuatro montantes en lujosas maderas artísticamente talladas sostenian una cubierta de lo mismo, de la cual pendian por los cuatro lados sendas colgaduras que á voluntad de quien ocupaba la *lectica* podian bajarse ó recogerse, segun le fuera ó no agradable la impresion del aire, del sol y de los demas accidentes atmosféricos. Así en las colgaduras como en el mullido colchon y en los almohadones habia desplegado Cecilio una magnificencia en armonía con el tren de su casa y de su familia. Hermosas pieles de leon y de tigre formaban el lecho de la litera, y telas de Egipto tejidas con primor y hábilmente pintadas servian de cubierta á los almohadones y hacian oficios de cortinaje. Las entonaciones calientes de las pieles animales se aliaban bellamente con los tintes blanco, azul y rojo de las estofas egipcias, presentando un contraste seductor, que halagaba la vista y daba idea de la riqueza y esplendor de la persona que ocupaba la litera. Tendido en ella Cecilio Juvenio, envuelto en su blanca toga pretexto arida de franja de oro al gusto griego, ofrecia la imagen de Tiberio Neron ó Caracalla, cuando desde su mansion imperial del Palatino se trasladaban á los espectáculos sangrientos del circo.

Seis esclavos, cubierta la cabeza de bonetes, cogieron en hombros la *lectica*, apenas hubo entrado en ella su señor, y por el vestíbulo, cuyo pavimento en mosaico adornaba la imagen del vigilante perro con la inscripcion *Cave Canem*, emprendieron el camino del *theatrum tragicum*. Metelo Scauro, á quien no molestaban las carnes y á quien por su fortuna no le era permitido sostener litera con los esclavos á ella adherentes, marchaba á pié y cabe la de su amigo, tomando la acera de las angostas calles de Pompei. Estaba el arroyo mucho más rebajado que las aceras de que se hallaban adornadas todas las vias, lo cual era causa de que las viandantes por las primeras se encontrasen en nivel mucho más alto que el de las gentes que marchaban por el centro. El inculto abogado debia inclinar, pues, su cuerpo para hablar con su amigo en el trecho que mediaba desde la habitacion de Cecilio al teatro en donde se representaba la *Atulularia*, lo cual no fué obstáculo á que la conversacion siguiera más que medianamente animada. De este modo recorrieron algunas calles, dispuestas todas por idéntica manera, con aceras muy resaltadas, pavimentadas con enormes baldosas, con sillares de muy regulares dimensiones de vez en cuando á fin de que sirvieran de reparo y paso á las gentes de á pié siempre que por las lluvias venia el arroyo convertido en torrentera, con fuentes en las esquinas, de traza sencillísima, consuelo de los pobres en dias de Julio y Agosto, y con habitaciones y *tavernas* ó tiendas por ambos lados, vaciadas todas en un mismo molde arquitectónico, y parecidas todas á las de Cecilio, como un huevo de ávestruz se parece á otro de paloma, iguales ambos en la forma, distintos en el tamaño y opulencia. Paso tras paso atravesaron asimismo el *Forum civile*, de gran magnificencia y en curso de reparacion para arreglar los desperfectos ocasionados por el terremoto que algunos años antes habia alligado á Pompei, y tomando por el pórtico de Oriente, abrió á las

literas y cerrado á carros y caballos por un cancel de hierro, no sin haber antes echado una pulla á las estatuas votivas de Marco Lucrecio, Decidiano Rufo y de los Cayo Cuspido Pansa, padre é hijo, desembocaron en una calle no ménos angosta que las demas de la ciudad, que en linea casi recta les llevó al teatro favorito de los pompeyanos, construido á estilo griego, y en el cual se estaban realizando tambien obras de restauracion importantes á la fecha en que ocurrieron los sucesos fidedignos que estamos relatando.

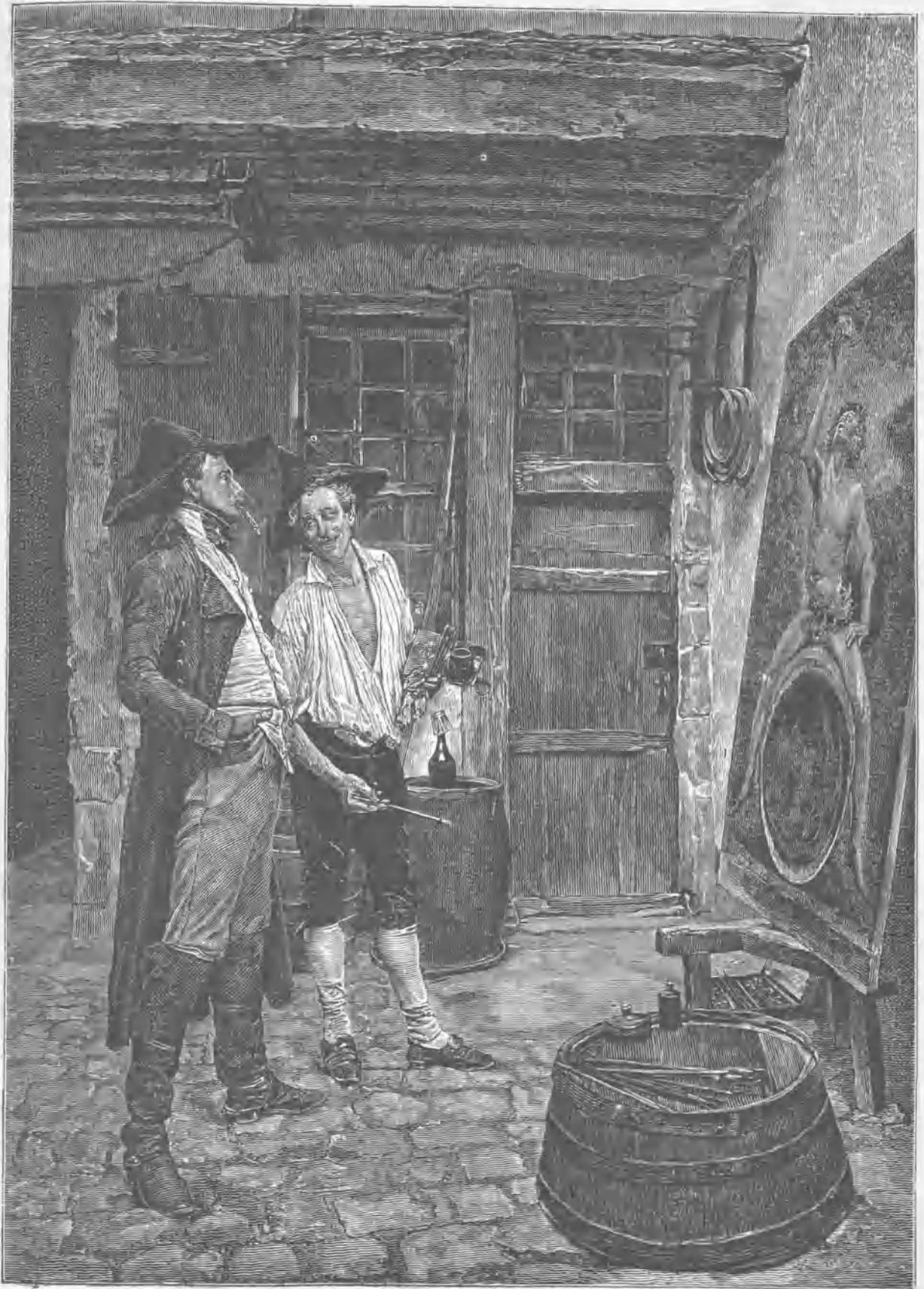
III.

Señales de fiesta se veian en las calles próximas al teatro. No daba el espectáculo, costeándolo con su peculio, ningun senador, flamin ó rico personaje de Pompei para atraerse á los ciudadanos, sino que la funcion anunciada para aquel dia era de las llamadas de pago, de las que hacian indispensable la adquisicion de la *tessera* en taquilla, mediante una, por lo ménos, como lo pretendia Plauto, añadiendo que los que no lo tuvieran, bien podian ahorrarse la pena de ir al teatro. De bronce eran las *tesseras* que se entregaban al público para asistir aquel dia á la representacion de la *Atulularia* del citado poeta, y consistian en una plancha circular del sobredicho metal, que llevaba grabado en relieve el título de la obra que debian desempeñar los histriones, y la indicacion del puesto numerado que tenia derecho á ocupar cada uno de los poseedores.

Momentos antes de la llegada de Cecilio y Metelo, el pueblo pompeyano hacia cola en un largo corredor por el cual se iba á la *arva* alta, en donde le correspondia tomar asiento. Distraja el populacho la forzosa quietud de la espera, diciendo los hombres chicleos á las mujeres, que esto ha sido privilegio de todos los tiempos y de todos los idiomas, charlando otros con sus vecinos más comunicativos sobre el mérito de la compañía y de las comedias de Plauto, aburriéndose de lo lindo no pocos, y alguno que otro próximo á la pared dibujando en ella monigotes ó poniendo toscas inscripciones, en las cuales la sátira jugaba papel principal y en las que la moral salia frecuentemente con la cabeza rota, achaque de pompeyanos y romanos, como lo ha sido posteriormente de otras gentes y de otras naciones. Un rumor sostenido con sus flujos y reflujos de crecimiento y disminucion, como las olas del mar, aunque sin ritmo marcado, llenaba aquel recinto é iba acentuándose á medida que se acercaba la hora fijada en los carteles para dar principio al espectáculo.—«No empuje el ciudadano», «Échese allá el buen viejo, que á su edad no cuadra buscarles esquillas á las mozas», «Por los dioses inmortales, esténse quietos, que no ganaremos nada con los apretones», «Silencio los charlatanes», y otras voces parecidas sobresalian por en medio del general murmullo, hasta que, de pronto un rumor más firme, un ruido como de agua que corre por cauce en pendiente pronta á despeñarse, fué claro indicio de que se abrían á la multitud las puertas interiores del coliseo.

Asomémosnos con el pueblo para ver el teatro desde las graderías altas y examinar cómodamente su disposicion arquitectónica.

Acusa el edificio la forma semicircular, algo prolongada,



UN CRÍTICO COMPETENTE.

y á semejanza de los teatros griegos, se halla construido sobre un montículo de manera que sólo las cuatro filas de la *cavea* superior ó galería alta se apoyan en un corredor abovedado. Todos los asientos están dispuestos en pendiente, á modo de anfiteatro, segun se ha llamado despues este sis-



BACO.—(PINTURA POMPEYANA.)

tema de ordenacion. Dividen este espacio semicirculares concéntricos que dan lugar á las llamadas *cavea*, tres en número, á saber: la baja ó *infima*, la media y la alta, y á su vez la segunda ó media queda subdividida por seis líneas radiales con las que cada division adquiere una figura cuneiforme, de donde la denominacion de *cunei*. La *cavea infima* es la parte noble del teatro, y en ella tenian asiento, por honorífico derecho, los decuriones y decenviros, los sacerdotes de

Augusto llamados Augustales, las vestales y todos aquellos personajes á quienes por méritos más ó ménos sonados y más ó ménos fantásticos, se habia concedido el *bisellium* ó silla de honor que el pueblo otorgaba cuando le venia en gusto. El lujo de esta seccion correspondia á la elevada jerarquía de los personajes que la ocupaban: de marmol blanco, esculpido en algunos puntos, tenia los asientos cuya comodidad se aumentaba por medio de pieles bien curtidas con blandos almohadones recubiertos de telas costosisimas lujosamente recamadas de oro y plata, ó con los *bisellia* de bronce de que hemos hablado anteriormente, que sus dueños llevaban al teatro, y en los cuales, á pesar de tener capacidad para dos personas, se sentaba una sola á fin de que estuviere más á sus anchas y con mayor decoro.

Destinábase la *cavea* media para toda aquella clase de gentes comprendidas en esta calificacion. Allí se sentaban el abogado bisono, el mercader, el propietario de escasos caudales, el artifice que podia darse el gustazo de ir al teatro pagando su *tessera*, y otros ciudadanos de igual significacion y categoria. En el centro de esta *cavea* y en su última graderia se alzaba sobre un pedestal de mármol, labrado por sus tres caras con quimeras y figuras alegóricas, la estatua de igual materia de Marco Holconio Rufo, con la siguiente inscripcion:

M. HOLCONIO. V. F. RVFO
II. V. I D. QVINQVIENS
ITER. QUINQ. TRIB. MIL. A. P.
FLAMINI. AVG. PATR. COLO. D. D.

Que interpretada del lenguaje epigráfico y puesta en romance, dice sustancialmente:

«A Marco Holconio, hijo de Rufo, duumviro encargado por quinta vez de administrar justicia, quinqueviro por segunda vez, tribuno de los soldados designado por el pueblo, flamin de Augusto, patrono de la colonia, por decreto de los duumviros.»

Majestuosa impresion causaba la estatua de Marco Holconio en el lugar del teatro en donde se hallaba emplazada. Obra habilisima de uno de aquellos escultores que en la época imperial de Roma supieron aliar en sus obras los accidentes que caracterizaban á los ilustres personajes romanos con la grandiosidad del estilo peculiar de la estatuaria griega, la imágen del duumviro de Pompei era, á la vez que fiel retrato suyo, noble representacion del magistrado á quien por variados conceptos debia gratitud la ciudad sentada al pié de la falda del Vesubio. El rostro anguloso de Marco Holconio acusaba los rasgos distintivos de una raza que, en medio de degradacion espantosa de costumbres, guardaba todavia algo y aún mucho de la energia de voluntad y del alma serena de sus progenitores. Ni ceñudo ni sonriente, trasparentebase en el rostro aire de proteccion bondadosa: bien plantado el cuerpo, realizaban sus partes la *lorica*, en la que se señalaban las líneas del tórax enriquecidas con relieves que representaban caballos alados delicadamente cincelados en bronce. La *clámide* pendia de ambos brazos y con sus pliegues, sobradamente apretados, contribuia á dar valor al busto, sobre proeminente de la estatua y sobre la cual debian fijarse con predileccion las miradas de los ciudadanos. En el *baculum*, por fin, apoyaba

en alto la diestra mano, en señal de la autoridad del personaje.

Tomaban asiento en la *cavea* alta los plebeyos y las mujeres, que en punto á galanteria con las damas no habia mucho que aprender del pueblo romano. Y la division por sí sola no les bastaba todavía á los ciudadanos, caballeros y patricios de Roma, sino que, para impedir á la «vil muchedumbre» que se confundiera con ellos, separaron la *cavea* media de la *cavea* alta por medio de una verja de hierro, con lo cual los espectadores de aquellas galerías disfrutaban del espectáculo sin tener roce alguno con el privilegiado resto del auditorio. A pié llano podia entrarse en esta galería del gran teatro de Pompei, por causa del desnivel del suelo, y desde las cuatro gradas últimas la vista dominaba de un lado el foro triangular y algunos monumentos públicos, y de otro, por encima de la escena, la campiña y el embelesador panorama de las orillas del golfo de Nápoles, del mar iluminado por los encendidos rayos de un sol que presagiaba los calores del verano, y de las poblaciones costaneras muellemente tendidas á lo largo de aquel embelesador semicírculo, adrede creado por la Providencia para mover la acalorada fantasia de los poetas.

Con tales antecedentes, ya puede imaginarse el lector discreto qué espectáculo ofrecería el gran teatro de Pompei al entrar en la *cavea infima* nuestros personajes Cecilio Jucundo y Metelo Scauro. Gozaban ambos del derecho de sentarse en aquellos privilegiados escaños; por lo que toca á Cecilio, en razon de que antaño, como hogaño «poderoso caballero es don Dinero»; y por lo que se refiere á Metelo, por la causa no ménos poderosa de que una lengua elocvente y atrevida tiene fuerza para arrastrar á sabios y á ignorantes hacía donde se le antoja al afortunado poseedor de esta natural prerogativa. Sobre cinco mil espectadores cabrian en el grandioso coliseo, y por lo mismo se comprenderá muy fácilmente cuán animada perspectiva debia presentar aquella multitud de cabezas y de bustos de diversos sexos y edades, con variados trajes, con opuestas fisonomías, con innúmeras expresiones, agitándose todos y desperfilando la semi-uniformidad de las líneas circulares las figuras de los más turbulentos ó entusiastas, puestos de pié en actitudes diversas, segun el estado peculiar de su ánimo en aquellos instantes. El blanco, el rojo y el azul, colores que los romanos empleaban con profusion en sus trajes, ayudaban al efecto, algo abigarrado, pero artistico á pesar de todo, que notaba en el teatro pompeyano, quien penetraba en él momentos antes de comenzarse el espectáculo, como les sucedió á nuestros dos ilustres ciudadanos. Complemento de esta artistica escena era la *cavea* baja, en la cual los asientos de una parte se hallaban ocupados por los procónsules y duumvros, y los de la parte opuesta por las vestales, doncellas á quienes, como es sabido, se concedian los mayores honores y distinciones en los espectáculos y fiestas públicas. Con su blanca *stola*, que cayendo por detras acrecentaba la esbeltez del talle, las sacerdotisas de Vesta formaban un grupo, al que dirigía sus miradas, saludos y galantes atenciones, la turbamulta de espectadores ganosa de conquistarse sus simpatías.

Al numerosísimo público que llenaba el teatro resguardaba de los rayos del sol, que empezaba á picar ya por ser el día uno de los calurosos del mes de Mayo, el *velarium* ó tol-

do de lienzo blanco con anchas franjas de vivos colores. Potentes mástil-s fijos en anillas de piedra empotradas á lo exterior del muro de cerramiento sostaban este reparo, cuya colocacion anunciaba de antemano el *album* ó carteles diseminados por las esquinas de Pompei y redactado en los siguientes términos:

PLAVTI, AVIULARIA. SPARSIONES
VELA. ERVNT.



DIANA. — (VINTINA POMPEYANA.)

Es decir, se echará la *Aulularia* de Plauto, y habrá lluvia de aguas olorosas y un toldo tendido por encima de los espectadores.

Y ya que viene á cuento, digamos en qué consistia una parte de los placeres que se prometian al público, ó sea la lluvia de agua olorosa. En uno de los ángulos del teatro se alzaba una torre ó depósito de agua, cuyo especial destino era templar el calor del local, aparte de otros usos ménos importantes en que tambien se la empleaba. Merced á tubos distribuidos por todos los puntos del edificio, conseguíase, apenas se soltaban las llaves ó espitas, que una lluvia fini-

sima, á modo de rocío, cayese sobre los espectadores de los tres rangos, suavizando así de este modo el ardor que la animación misma de la fiesta y la elevación de la temperatura habian producido en los cuerpos. Mas como los romanos, y sobre todo los ciudadanos de Pompei, no eran gentes para contentarse con que les remojaran con agua clara monda y lironda, hubo de inventarse algo con que aromatizar el líquido y con que hacer más voluptuoso el goce de recibirlo. Diferentes aromas se emplearon al intento, siendo el azafran uno de los predilectos, desde los tiempos en que á Cneo Pompeyo se le ocurrió esta clase de sibarítica remojadura para disminuir la intensidad de los calores estivos, segun lo reza el historiador latino Valerio Máximo.

En tal sitio, ante los espectadores que hemos descrito, y en medio de los alicientes que asimismo hemos apuntado, iba á verificarse la representación de la *Aulularia* ó la *Marmita*, de Marco Accio Plauto. Bajóse el *sparium* ó telon de boca, como sucedia en los teatros de Roma, en donde la cortina que oculta la escena descendia arrollándose debajo del tablado, y comenzó la comedia. Pinta en ella Plauto, con mano maestra y con suma vis cómica, el tipo del avaro en el personaje Euclion, que tuvo en la tarde de que hablamos un intérprete habilísimo. La *persona* ó máscara que llevaba y que le cubria por entero el rostro, podia disputarse por obra acabada de caracterización y de expresión. Cuantos rasgos encontraría un escultor de agudo ingenio en la cara de un usurero para bien pintarle, otros tantos puso en la *persona* en cuestión el artista ó artifice encargado de labrarla. El cómico que hizo el papel de Euclion, con un decir algo campanudo, debido en parte á que la voz salia hueca y cavernosa al traves de la pasta de carton ó madera, y en parte á exigencias del local, pues sus vastas dimensiones reclamaban voz estentórea en los actores; el cómico, decimos, encargado del papel de protagonista, recitó á maravilla los versos todos de la farsa; acentuó con algo de saborete los pasajes más intencionados, y bordó con mil primorosos detalles toda la figura, dejando regocijados y contentísimos á los oyentes de todas clases y categorías que se habian reunido allí para solazarse con él y con sus compañeros de oficio. No se quedaron éstos rezagados, ántes por lo contrario, ahuecando tambien la voz y haciendo buen gusto de pulmones, fueron declamando, con más que mediano énfasis, todas las escenas de la *Aulularia*. Eran de oír los murmullos de aprobación y las risotadas con qué vulgo y patricios hicieron coro á las exclamaciones de Megadoro, otro de los personajes de la obra, quien regaña y chilla contra las doncellas de entónces, que se casaban con buenos dotes, y cuyos autojos no eran bastantes á satisfacer ni su dinero ni el de sus infelices maridos. « Cuando llegais á casa — dice Megadoro — veis plantados, esperándoos, al bordador, al joyero, al mercader de estofas de lana, á los peluqueros, al pasamanero, á los que confacionaron peinadores, á los tintoreros en rojo, violado y amarillo, á los sastres, á los perfumistas de pantuflas, revendedores y tratantes en lencería. Los zapateros de zapatos de toda suerte, zapatos para la casa, para el paseo, para la mesa, están allí de planton tambien, y con ellos, asimismo, los zapateros de zapatos de color de malva. Imaginais haber acabado con la plaga despachándolos, y no es así, porque llegan luego trescientos más con sus cuentas. Invade el *atrium* un nuevo regimiento de

proveedores varios, tejedores, fabricantes de cintas y frulerías. Entran todos y á todos pagais, con lo que os haceis la ilusión de haber quedado en paz. ¡Error grandísimo! Sigueles el ejército de tintoreros en azafran, y otros muchos, que malditos sean, y armados todos con su cuenta. »

A medida que se iba desarrollando la acción de la comedia, los actores encargados de representarla aparecian sucesivamente á la vista del público ó desaparecian en el *post-scenium*, ó llámese los bastidores. En los teatros romanos, como en los griegos, la unidad de lugar simplificaba las condiciones de la escena. Representaba el fondo de ésta, de una manera corpórea, el palacio de un príncipe, constituyendo una decoración construida é inmóvil, que se llamaba *scena stabilis*, y que en el gran teatro de Pompei era de piedra calcárea y de mármol. Figuraba esta seccion en el coliseo pompeyano un soberbio muro con tres puertas abiertas en el mismo, á saber: la puerta Real en el centro, por donde pasaban los reyes y los príncipes; la puerta de la derecha, que servia de entrada para las gentes de la casa y las mujeres, y la puerta de la izquierda — del espectador, se entiende — destinada al paso de los huéspedes y de los forasteros. Ocupaban los entrepaños hornacinas de medio punto ó en platabanda, en las cuales se ponian estatuas de mejor ó peor mano, segun fuera la riqueza de la ciudad, el buen gusto de sus moradores y el mérito de los artistas con quienes contaba. Las del gran teatro de Pompei debieron ser muy lindas, pues no es de suponer que en sitio dedicado al esparcimiento y solaz del espíritu se contentáran con monigotes torpemente esculpturados, quienes en sus *impluvia* y *peristilia* tenían estatuas en bronce de formas tan bellas y tan magistralmente modeladas, como el Narciso, los dos Faunos y otras muchas que en las casas conspicuas de la ciudad existian á la fecha del cuadro que estamos pintando. Trastos laterales, pintados y móviles á modo de bastidores, de escasísima importancia, constituian, por fin, la llamada *scena versilis*, y servian para señalar los cambios de lugar en los raros casos en que habia necesidad de acudir á este recurso para auxiliar la imaginación del auditorio.

Cuando los rayos del sol poniente coloreaban con un tinte rojizo el ancho *velarium*, y la luz iba escaseando en todos los puntos del teatro, la *Aulularia* tocó á su fin, y tras de la acostumbrada frase *Plaudite civis: asplaudid ciudadanos*, resonaron las palmadas de todos los espectadores, y voces que proclamaban el contentamiento con que habian asistido á la representación de la comedia.

IV.

Las calles de Pompei se hallaban sumidas ya en tinieblas y sólo atravesaban por sus encrucijadas mozos que iban de bureo, cuando en una de las más fastuosas mansiones notábase grande algazara y rumor sonoro de cantares, instrumentos músicos y del chocar de fuentes y pateras. En el *triclinium*, poblado de estatuas de mármol, de pebeteros y tripodes en bronce y en plata, tendido un suave tapiz de Egipto para impedir que el aire se colase allí directamente desde el *viridarium*, hallábanse reunidos media docena de convidados que se entregaban á los deleites de una *comissat-*

no ó cena opípara, con el aderezo de los más sensuales atractivos. Rosas ceñían las cabezas de los comensales; perfumes del Asia aromatizaban el ambiente, y doncellas de irreprochables formas, vestidas con túnica de finísima estofa de Coa, que velaba artísticamente su cuerpo sin ocultar ninguna de sus bellezas, incitaban con muelles posturas y eróticas danzas los muertos sentidos de aquellos ciudadanos de Pompei, entre quienes se contaban Cecilio Jucundo y Metelo Scauro. Y entre plato y plato menudeaban los dichos picantes y las libaciones de vino Rodio y Retio y del Falerno; porque, como dice el poeta:

*Nulla coronata peraguntur seris fronte,
Nec liquida vinctis flora bibuntur aquae (1).*

UN DRAMA LITÚRGICO Y UN «MILAGRO» EN EL SIGLO XV.

I.

El majestuoso cenobio benedictino de Sta. María era en los primeros años del siglo xv el amparo del pueblo en donde había sido levantado. En las tristezas de sus moradores y en sus alegrías tomaba parte siempre la religiosa comunidad, custode del edificio, ornamento de la comarca y gloria de la inolita Orden Benedictina. Había sido edificada la iglesia algunos años antes al de la época en que ocurrieron los hechos cuyo relato haremos sucintamente, y se sabía por los pergaminos del archivo conventual, que en 1080, siendo abad del monasterio, Gundemaro, monje de gran saber, de mayores virtudes y de voluntad de hierro, se habían echado los cimientos de la actual iglesia, sobre restos de otra anterior, cuya antigüedad se perdía en la noche de los siglos. Reyes, condes y barones asistieron á la solemne ceremonia que se hizo entonces y á las preces que se elevaron al Dios de cielo y tierra y al fundador de la Orden para que bendijesen la obra, á cuyas preces se unió el pueblo, que á la sazón iba acorde con sus prelados y con sus señores en punto á sentimientos cristianos. Posterior á la iglesia fué la construcción del claustro, casa abacial, convento, hospedería y demas dependencias de la santa casa, algunas de las cuales, á la fecha de esta narración, presentaban todavía, en su traza y en la mampostería, indicios de labor muy reciente, que ni siquiera había tenido tiempo para secarse.

Día de la Pascua de Resurrección, de 1400 y tantos, celebraba la Iglesia, y celebraba asimismo el pueblo á que nos referimos, y cuyo nombre importa poco para la autoridad y comprensión de esta verídica historia. Baste saber que se hallaba en una de las comarcas más florecientes de Europa. Por ser tal día y por holgar en el trabajo todos los habitantes, advertíase en calles y plazas animación desusada, que era mayor aún en la vasta plaza que precedía la portada ó fachada anterior del monasterio. A la aurora, los graves y armoniosos sonos de sus campanas habían anunciado á los fieles la función religiosa que en el templo debía verificarse. Cantó la comunidad los divinos oficios con la grandiosidad y la majestad peculiares á los conventos de benedictinos, oficiando de pontifical el Reverendísimo Pa-

dre Abad, que tenía uso de mitra y gozaba de otros privilegios episcopales.

No eran los oficios propios del día el atractivo que llamaba al templo del monasterio á los vecinos del pueblo y de las aldeas comarcanas, aun cuando unos y otros asistieran á ellos con el fervor de firmísimos creyentes. En celebración de la primera Pascua, había dispuesto el Padre Abad que se cantase en la iglesia el drama litúrgico de *Las Santas*

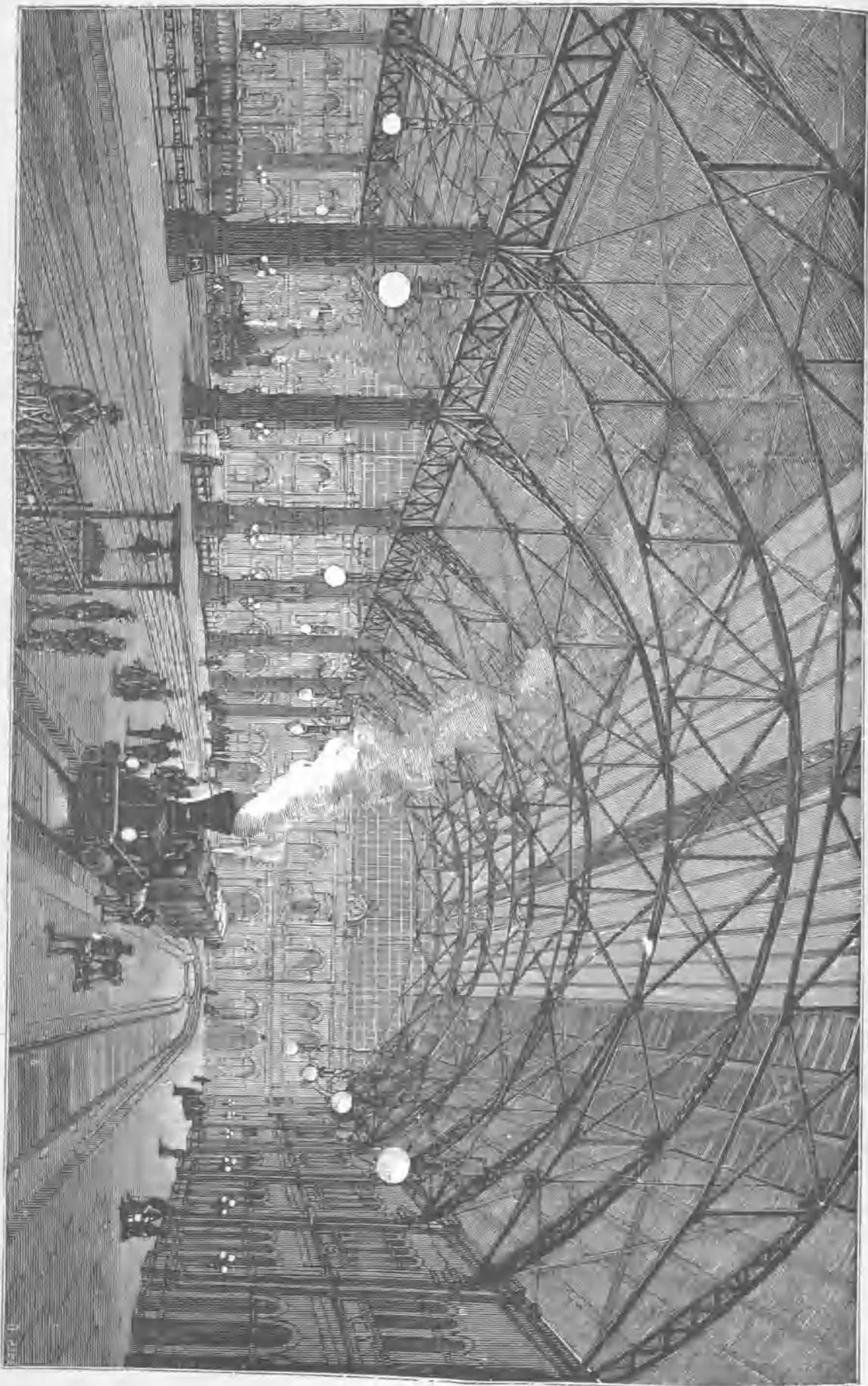


URANIA. — (PINTURA POMPEYANA.)

Mujeres en el sepulcro, con la pampa y con el ceremonial desplegado en otras ocasiones. El espectáculo que ofrecía el interior del templo en el instante de comenzarse el drama era por demas imponente. Las tres naves, de una elevación superior á la que suelen tener las construcciones románicas del siglo xi, estaban iluminadas por grandes coronas llenas de ciriales, cuyas luces permitían ver, aunque algo confusamente, los entrelazos, imaginaria y caprichosas combinaciones de las robustas columnas que sostenían la pesadumbre del techo, artesonado con armazon de roble, al aire,

(1) Con la frente coronada no se tratan manitos sacros, ni el agua es la bebida de los que se adornan con flores. (Orta. *Pom.*, lib. v.)

MUNICH (BAVIERA). — INTERIOR DE LA NUEVA ESTACION CENTRAL DE LOS CAMINOS DE Hierro.



ricamente esculpido y estofado. Pequeños ventanales de medio punto, con vidrieras de colores, daban paso á una luz templada, que se derramaba por los tres grandes ábsides del templo y por las naves. A trechos, en alguna de las capillas ó en los intercolumnios, se veían sepuleros de igual sólida apariencia, simples en su ornamentación y con estatuas yacentes de príncipes, próceres, abades y egregios padres de la misma casa. Aquellas imágenes tendidas en sus lechos de piedra, cruzados los brazos ó plegadas ambas manos en actitud que indicaba su conformidad cristiana en el trance de la muerte, completaban el carácter severo del templo románico, tan en armonía con el papel que la Orden Benedictina representaba en el mundo civilizado, y con la fisonomía del siglo, y más todavía de la undécima centuria de Nuestro Señor Jesucristo, en que se levantó aquella grandiosa fábrica.

Esta majestad subía de punto en el presbiterio y retablo mayor. Era éste de plata maciza, dividido en compartimientos, en los cuales estaban representadas en bajo relieve las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. El artífice que le labró, por los años de 1350, tuvo buen cuidado de cincelarlo hábilmente, poniendo en las testas á imágenes de Jesucristo, la Santísima Virgen y los Santos Apóstoles, la unción religiosa más profunda, y realizando los méritos del cincel por medio del esmalte discretamente empleado, y en ciertas partes con el engaste de esmeraldas, rubíes, topacios y otras piedras preciosas. Coronas que pendían de la bóveda y los candeleros de la credenza sostenían cirios y hachones en número bastante á dejar bien iluminado aquel santo sitio, y á permitir, en consecuencia, que los fieles pudiesen contemplar perfectamente las ceremonias litúrgicas que allí iban á verificarse.

El órgano anunció con un prefacio de algunos compases el principio del religioso drama, y á poco aparecieron en el presbiterio tres monjes vestidos con capas pluviales, la cabeza cubierta con sendos velos, en representación de las Tres Marías. Entonando una deliciosa melodía en canto llano gregoriano, empezó el primero de ellos con los siguientes versos:

*Heu! pius pastor occidit
Quem culpa nulla tífecit.
O resplendent!* (1).

A cuya estrofa contestó el segundo y luego el tercero, y así, alternativamente por un buen rato, con otras estrofas de igual combinación métrica, en las cuales se dolían de la muerte de Cristo y expresaban su voluntad de llevar aromas al sepulcro con que ungir su precioso y sacratísimo cuerpo. A cuyas palabras responde la aparición de otro monje mozo, que representa al Ángel, vestido con alba bordada de oro, con mitra en la cabeza y *deinfulatus*, ó sea con tiras de lana blanca que le colgaban por los costados. En la mano izquierda llevaba además una palma, y en la derecha, un candelabro con luces encendidas. Puesto al extremo del sepulcro que estaba figurado al pié del ara del retablo cantó con tono solemne y lento:

Quem queritis in sepulchro, o Christicole!

(1) «Ay, murió el pio pastor en quien no había culpa alguna! Oh, muerte digna de ser llorada!»

ó á lo que respondieron los monjes que representaban á las Santas Marías:

Jesus Nazarenus crucifixum, o Celsicola (2).

Díceles el ángel que Cristo ha resucitado conforme lo predijo á los discípulos, y al oír estas palabras María Magdalena, dejando á sus dos compañeras, se adelanta hácia el sepulcro, echa una mirada en el interior de él, y al notar que faltaba de allí el Divino Cuerpo, prorrumpe en exclamaciones, doliéndose de que alguien lo hubiese robado. San Pedro y San Juan, figurados por un fraile anciano el primero, y por otro jóven el segundo, atestiguan también el hecho: San Pedro cree que Jesús resucitó, y San Juan expone sus temores de que su cuerpo hubiese sido quitado furtivamente del sepulcro, hasta que aparece otro monje, que hace el papel de Virgen María, y, como los anteriores personajes, se cerciora por vista de ojos de la verdad de lo que le han afirmado, y que le confirman dos acólitos ó ángeles, sentados en los ángulos de la tumba, quienes cantan:

Noli flere, Maria; resurrexit Dominus, alleluia! (3).

En este momento entra en el presbiterio un nuevo personaje vestido á manera de hortelano, un azadon en la mano, y con las palabras que dirige á la Virgen María, y con su desaparición súbita, prueba ser Jesucristo mismo, que se le aparece en aquel traje. Voces de júbilo salen entónces de la boca de todos los interlocutores, y sus graves melodías, impregnadas de un sentimiento arrobador de consuelo, vienen esforzadas por los acordes del órgano, que resuenan en todos los ámbitos del templo, miéntras el pueblo, á media voz y como acompañando el cantar de los monjes, repite la confesion:

Resurrexit hodie Rex angelorum (4).

El venerable Padre que poco ántes había representado al Señor en figura de hortelano aparece ahora como si fuese el Señor mismo en imagen, con dalmática blanca, blancas tiras de lana en la cabeza, y en ella también rica corona de piedras preciosas, y en la derecha mano, la cruz con el lábaro de salvacion. Dirigiéndose á las Santas Mujeres, les dice suavemente que nada teman y que lo anuncien á sus hermanos para que vayan á Galilea, en dónde le verán conforme les profetizó. *Alleluia*, cantan todos los interlocutores; *alleluia*, canta la comunidad benedictina, y en *alleluia* prorrumpan los fieles, siguiéndose á estas palabras de regocijo el himno *Te Deum laudamus*, á coro por todos los asistentes, y acompañado por el órgano; sublime melodía que deja entrever al creyente las bienandanzas de la mansion celeste, que conforta al alma en medio de los dolores terrenales, y que dió al drama litúrgico que acababa de representarse, el coronamiento más apropiado á su cristiano fin, á la piedad de los monjes y al fervor de cuantos fieles habían asistido devotamente á la sagrada ceremonia.

(2) «¿A quién buscáis en el sepulcro, oh seguidores de Cristo? — A Jesús Nazarenus crucificado, ¡oh morador de los cielos!»

(3) «No llores, María: el Señor ha resucitado. ¡Alleluia!»

(4) «Ha resucitado hoy el Rey de los ángeles.»

II.

Vispera de Quincuagésima señalaba el calendario el día en que el pueblo en donde se encontraba el monasterio de Santa María era todo holgorio y bullicio, por darse el primer paso para la representación, en fiestas de Pascua, de un *milagro* recién compuesta por uno de los poetas más renombrados de la época. Los ordenadores ó mayordomos del espectáculo dispusieron que en aquel día se hiciese el pregon al intento de convocar á cuantos por sus aficiones se hallaban en el caso de tomar parte activa en el desempeño de la obra dramática. Poco ántes que los pacíficos moradores del pueblo se sentáran á la mesa para la comida, el cortejo del pregon se puso en marcha, y los sonos de las trompetas anunciaron su aparición estrepitosamente. Apénas su rumor se percibía en una calle, cuando las puertas y ventanas se llenaban de espectadores como por encanto, aguzando luego todos el oído para entender bien la alocución en verso, que en sitios de antemano indicados pronunciaba el ordenador, corifeo ó empresario del espectáculo. Advertía el tal en su perorata, que el día de la Pascua de Resurrección se ejecutaría en la plaza del Monasterio el *Famoso milagro de Oton, rey de España*, y avisaba á cuantos hubiesen salido anteriormente en *Juegos de escarneo y misterios*, ó conociesen que no les faltaba habilidad para aparecer en los tablados, á que acudiesen á la casa de los prohombres ó mayordomos de la fiesta, á fin de inscribir sus nombres y pasar despues por el exámen prívio, al objeto de acreditar que en punto á decir bien el papel, vestirlo con decoro y sacar el personaje á las tablas no habían de dejar desairado el buen nombre que en semejantes representaciones se había conquistado el pueblo desde luengos años. Un trompeteo más estrepitoso que el primero cerraba el discurso, y el cortejo volvía á ponerse en marcha sin alterar el órden del acompañamiento en lo más mínimo, y al rumor de los comentarios que animadamente hacían los vecinos de la calle ó plaza en donde el pregon acababa de hacerse. Y así desfilaron por la carrera un piquete de arqueros con sus ballestas al hombro, que abrían el paso; seis trompeteros á caballo, con sendos largos clarines y el escudo del municipio en banderolas y gualdrapas, la bandera de la cofradía de Nuestro Señor Jesucristo en su Resurrección Santísima, llevada por los cofrades más devotos, los mayordomos de la fiesta, y entre ellos dos reverendos padres benedictinos del Monasterio, pues así el Padre Abad, como la Comunidad toda, tenían gran placer en asociarse á los regocijos populares, si con ellos no se causaba ofensa á los Mandamientos de la Ley de Dios, ni á los de su Santa Iglesia; los directores ó empresarios del Misterio, con el orador, en sitio privilegiado, llevando escrito en un pergamino, en gruesos caracteres, el discurso en verso, por si en lo mejor del caso le jugaba la memoria una mala pasada, y por fin, un peloton no pequeño de ciudadanos, montados en su mayoría, que, á guisa de escolta, cerraba el animado acompañamiento.

En la cuadra mayor de la citada cofradía pasaron el exámen los aspirantes á figurar en el misterio, aportando cada uno además un escudo para subvenir en parte á los gastos. Sentados los examinadores en un sitial ó banco tallado con relieves ojivales y el imprescindible escudo de la cofradía; rezado devotamente el *Credo* ante el precioso tríptico de la

testera, en el cual se veían pintados sobre fondo de oro, en el compartimiento central la Resurrección del Señor, y en los laterales la Crucifixión y su gloriosa Ascension á los cielos, empezaba el exámen tomándole el papel á cada examinando, y haciendo que lo dijese allí y lo accionase como si estuviese en la plaza subido en el tablado. No era corto el *Milagro del rey Oton de España*; pero comparado con el *Misterio de la Pasión*, por ejemplo, bien podría llamársele corto y archi-corto. Ni el protagonista ni la hermosa reina Juana tenían que aprenderse de coro cuarenta mil versos próximamente, como en la *Pasión* tenía que hacerlo el actor á quien se le confiaba el papel de Jesucristo. Los ensayos salieron á pedir de boca: diligentísimos todos los figurantes, no hubo que imponer á ninguno la multa que en pena de faltas y descuidos fijaban los estatutos ordenados por la cofradía para casos tales, y por afición al arte dramático, por orgullo del pueblo y por cristiano deseo de celebrar fastuosamente la Pascua, se despilfarraron todos los interlocutores, procurándose, ó con dinero propio, ó merced á la buena voluntad de algun amigo que se lo prestaba, trajes, armas y admiñuculos varios con que caracterizar á maravilla y sacar bien vestidos desde el Rey de España, cuyo nombre ha quedado sepultado en la oscuridad de los siglos, por cuya razon no lo registra la Historia, hasta el escudero humilde, personaje que no habla, encargado de llevarle las armas á la Reina, cuando, en disfraz de hombre, tiene que pelear con sus calumniadores en defensa de su honor mancillado.

Llegó con esto el Sábado Santo, y el toque de gloria, despues del cual otra vez por calles y plazas reinó bullicio igual al que el pregon del *milagro* había promovido. Érase que se iba á hacer la *muestra*, y que de la casa de la cofradía se esperaba que apareciesen cuantos debían componerle. Del gran ventanal de columnas pareadas y calados góticos delicadamente labrados, que dominaba en el cuerpo superior de la casa-cofradía, colgaba lujoso paño de seda con bordados de plata y oro prunorosamente ejecutados, así en la orla como en el centro, en donde campeaba la imagen de Nuestro Señor Jesucristo en su triunfante Resurrección, bordada al recamo con sedas de colores por mano peritísima en el oficio. Siguo era la colgadura de que los cofrades estaban de fiesta, y, en efecto, apénas las campanas del pueblo habían terminado el repiqueteo de la *Alleluia*, cuando rechinaron los soberbios goznes de la puerta principal de la casa, y salieron por ella á la calle los personajes de la muestra, precedidos asimismo de ballesteros y trompeteros. Entónces fué de ver amigablemente emparejados al rey Oton con el traidor Raul; á la bella reina Juana, un mozo imberbe de bonita cara, con el emperador Lotario; al rey de Granada, con la Santísima Virgen, representada por otro niño de faz más hermosa aún que el primero; barones armados de todas armas, con pajes y escuderos, y en una palabra, la turbamulta de figuras que se necesitaban para desempeñar el drama, cual lo demandaba el interés de la historia religiosa en el mismo contenido y la fama que el canónigo su autor se había conquistado en la comarca y fuera de ella por su inventiva é ingenio poético. Y allí era de ver también al rey Oton con sombrero de largas plumas, capa azul, jubon de la misma color con acuchilladas y greguescos de color de rosa; al emperador Lotario

con ropa parecida, pero de más boato, gracias á una capa de magnífico brocado, que al andar le arrastraba por los suelos, y á una peluca desmesurada que encuadraba su rostro, haciéndole más reverendo; y por fin, á la Virgen María con rozagante vestido de rasó leonado vareteado de oro, brahones en las mangas y aljófares en la cabeza y corpiño, con más una antiquísima corona de similar y piedras imitadas, que proclamaba á la vista del pueblo su celestial alearnia. Parecióle al vecindario superlativamente bella la muestra, y con tal antecedente, se prometió horas muy entretenidas para la tarde del siguiente día.

III.

Hermosa vista presentaba en la tarde de la Pascua de Resurreccion la plaza del monasterio benedictino de Santa María. Servia de fondo al cuadro la portada del convento, página admirable de labor románica. Por ambos lados de la puerta de ingreso al templo, enriquecida por columnas y arcuaciones, que así podían tomarse por obra de artefice cristiano como por trabajo de artefice moro, desplegábanse series de bajos relieves, en que se veían desde la creación de nuestros primeros Padres, su pecado y expulsión del Paraíso, hasta el sacrificio de Nuestro Divino Redentor en el Gólgota y las escenas de más difícil representación contenidas en el libro del Apocalipsis. Formando como jalones en esta suerte de límnico en escultura ó de arco triunfal de la Sacrosanta Religión Cristiana, aparecían en determinados puntos los atributos de los Santos Evangelistas ó figuras que con mayor ó menor tosquedad, pero con profundo sentimiento religioso, venían á ser imágenes de los Profetas de la Ley antigua, que en diversos periodos vaticinaron la venida del Salvador y los sucesos más culminantes de su Pasión y Muerte. Flúgole al escultor que de tanto ingenio poético y de tanta maestría en la talla había hecho gala en la portada, callar su nombre cuidadosamente, en la creencia, sin duda, según acontecía también en otros de sus piadosos compañeros, de que ya era bastante pago para su obra que pudiese emplearse en honra y gloria de Dios y de su Santísima Madre, y de que en punto á gloria aspiraba sólo á la del cielo, por creerla más envidiable y duradera que la que pudiesen concederle los hombres en la tierra. Por encima de esta rica página arquitectónica abríase un ventanal, mucho mayor y más rasgado de lo que solían ser esta clase de huecos cuando se construyó el templo, debido á que esta parte se realizó mucho más tarde, ó sea promediando la mitad del siglo anterior décimocuarto. Una torre-campanario cuadrada, robusta en grado extraordinario, con cinco órdenes de galerías, sostenidas por elegantes columnitas y adornado cada cuerpo con arcuaciones y canecillos, completaba el conjunto de la fachada principal del cenobio, y le daba mayor majestad y grandeza, haciéndole visible á los pueblos comarcanos desde larguísima distancias.

Los tres restantes ángulos de la plaza estaban ocupados por casas de modesta apariencia, con sola una excepcion, que la formaba el palacio del señor del lugar, noble de muchos cuarteles, y por cuyas venas corría sangre Real á juzgar por lo que él afirmaba y por lo que, al decir de erudito monje, se leía en vestutos pergaminos de su archivo. Muchas eran las casas que en sus paredes tenían nicho ó pea-

na con la imagen de la Virgen ó de algun santo, y en las que no le había no faltaba algun signo, salutación ó indicio, por el que se sacaba claramente ser cristiano fervoroso quien ó quienes la habitaban. En dos compartimientos resultaba dividido el frente del palacio á que antes hemos hecho referencia, division formada por dos ventanas cuadrúpleas, en ojiva y rosetones calados, ocupando el espacio intermedio un relieve en mármol con la Santísima Virgen y los santos patronos de la inclita familia, surmontado por el escudo de armas de la casa, hecho según la misma labor y de idéntica materia.

En todas las ventanas y ventanales hallábanse asomados los moradores, ansiosos por ver el comienzo del espectáculo. Ocupaban el centro de la plaza, sentados unos, de pie otros, no pocos tendidos en el suelo, muchedumbres de curiosos del pueblo en donde el espectáculo se daba, y de otros varios distantes algunas leguas á la redonda, formando en conjunto el cuadro más movido y abigarrado que imaginarse pueda. No faltaba en sitio prominente, y desde el cual pudiera contemplarse muy á sabor el *milagro*, un catafalco, adornado con tapicerías, en el que se sentaron los personajes de los tres brazos que habían formado parte más principal en la preparación, ensayo y presentación definitiva de la esperada obra dramática. No lejos de este catafalco se alzaba el tablado para los cómicos, dispuesto en tres compartimientos, que figuraban respectivamente la corte del rey Oton de España, la del emperador Lotario y la del Rey de Granada, á reserva de cambiar la semblanza de uno á otro por medio de telas tejidas ó malamente pintadas, y á veces con solo un trasto, verbí gracia, una tosca palmera para indicar que la escena pasaba en Oriente. De igual sencillez participaban las tres cortes del Emperador y de los dos Reyes; pues su mayor y más regio ornata consistía en un sitial recamado de oro y plata, con las armas del señor del lugar, que éste benévolamente había tenido la dignación de prestar á los prohombres y mayordomos de la fiesta, á fin de contribuir á su lucimiento y al regocijo de sus vasallos.

Así dispuestas las cosas, tras prolongados toques de clarín acallaron los murmullos de los espectadores, y dieron la señal de que empezaba *El famoso Milagro de Oton rey de España*.

Corrióse la cortina que correspondía al departamento de este monarca, y, con el traje ántes descrito, apareció el actor que debía representarlo, y le participó á su mujer la Reina que iba á guerrear, y que en prenda y guarda le dejaba una reliquia, que debía conservar sin mostrarla nunca á nadie, «y ella será, dijo, la señal secreta que tendremos el uno para el otro.» Cambióse el lugar de la escena descorriéndose la cortina que correspondía á la corte del Emperador, y corriéndose la otra, y tras de algunos coloquios nada pertinentes á la accion del drama, vuelta otra vez que el rey Oton llega á sus estados triunfante, se encuentra de manos á boca con el conde Raul y le elogia la fidelidad y santo proceder de su esposa la bella reina Juana, con la que va á reunirse nuevamente.

—Rey Oton, le dice sonriendo el Conde, quien fie en la mujer es un ignorante. Me glorio de no haber conocido mujer alguna que resistiera más solicitudes á la tercera vez de hablarle.

—Mal pensais de las damas, conde Raul.

—Señor, replicó éste, apuesto vuestra Real corona contra mi feudo que lograré el consentimiento de vuestra esposa, si puedo hablarle á solas. Vamos, pues, apostad.

Oton acepta la apuesta y queda convenido que la ganará el Conde si tiene habilidad suficiente para descubrir una señal oculta de la Reina é indicar dónde la tiene; ha de traer por añadidura una prenda que el Rey dió en secreto á su mujer.

En un abrir y cerrar de ojos, con sólo tirar un cortinon en el fondo de la escena, cáete que el conde Raul se encuentra en el camarín de la bella reina Juana, á la que cuenta cómo su marido se ha quedado en Roma perdidamente enamorado de una doncella romana, y cómo esta muestra de ingratitud é infidelidad ha sido causa de que él se enamorara á su vez locamente de la Reina. Indignada la dama le echa de su presencia, lo cual no desconcierta al audaz prócer, quien acude á la astucia para ganar la apuesta. Sirvióle para el caso una doncella de la Reina, muchacha autojuziza, amiga de traerse bien y andar galana, la cual, por treinta marcos de oro, queda en revelar á Raul la señal que le importaba conocer y en darle el joyel que la augusta señora guardaba cuidadosamente como recuerdo de su marido. Englantina, que así se llamaba la doncella, le da un narcótico á su ama, y cuando la ve dormida, *coram populo* le quita la reliquia y descubre la señal.

En la córte del emperador Lotario presenta Raul al rey Oton el joyel, y le dice al oído qué ha descubierto en la noble dama. Furioso el monarca, vuela á España para castigar á su esposa. Sábelo ésta por diligente mensajero; desesperase, y en medio de su dolor invoca á la Santísima Virgen, que se le aparece vestida y tocada, segun hemos dicho, como una gran señora de la córte del Emperador, y aconseja á la atribulada princesa que se refugie en la córte de su tío el rey Alfonso de Granada—que no era moro á la sazón por gracia de la historia que se usaba en los *milagros* y en los *misterios*—y que se vaya allí disfrazada de hombre. Y héte ahí que se descorre la cortina del tercer departamento y que aparece la córte de Granada, hermanas gemelas, por la apariencia, de las otras dos córtes.

—Señor, dice la Princesa, convertida en gentil paje, al rey Alfonso; me llamo Dionisio; cabalga bien; sé manejar lanza y escudo y conducirme valientemente en los combates. Soy además buen copero, y os serviré á la mesa con amor y diligencia, si me admitis en vuestra casa.

—Bien venido sea el paje Dionisio, á quien admito gustoso en mi Real palacio.

Mientras esto pasa, y mientras Oton, llegado á España, chilla y se mesa las barbas porque no encuentra á la bella reina Juana, se arma tremenda marimorena entre el emperador

Lotario y el rey de Granada. Dionisio, el gentil escudero y paje le pide al Rey su venia para ir al encuentro del Emperador y ver si logra poner paz entre los dos soberanos, lo cual concedido, parte inmediatamente con dos caballeros que le sirven de escolta. De nuevo, en un santiamen, se halla la Princesa en la córte del emperador Lotario, espectáculo que promueve murmullo de aprobacion en todo el auditorio, porque el monarca sale rodeado de media docena de personajes con variadas vestimentas, que figuran ser los altos dignatarios y barones de la córte imperial.

—Señor Emperador, dice la disfrazada Reina, que el Dios de cielo y tierra conceda dichas sin cuento y larga vida á vos y á los barones aquí presentes, con excepcion de uno solo, el conde Raul, á quien en presencia de esta noble asamblea acuso de traidor, porque con impostura y sin fundamento se ha jactado de haber obtenido los favores de una hermana mia; mentira infame, que ha trastornado el juicio de vuestro sobrino el rey Oton de España, que á mí me tiene acuciado, y por lo cual quiero batirme con el traidor y vencerle en campo cerrado. Señor Emperador, hacedme justicia.

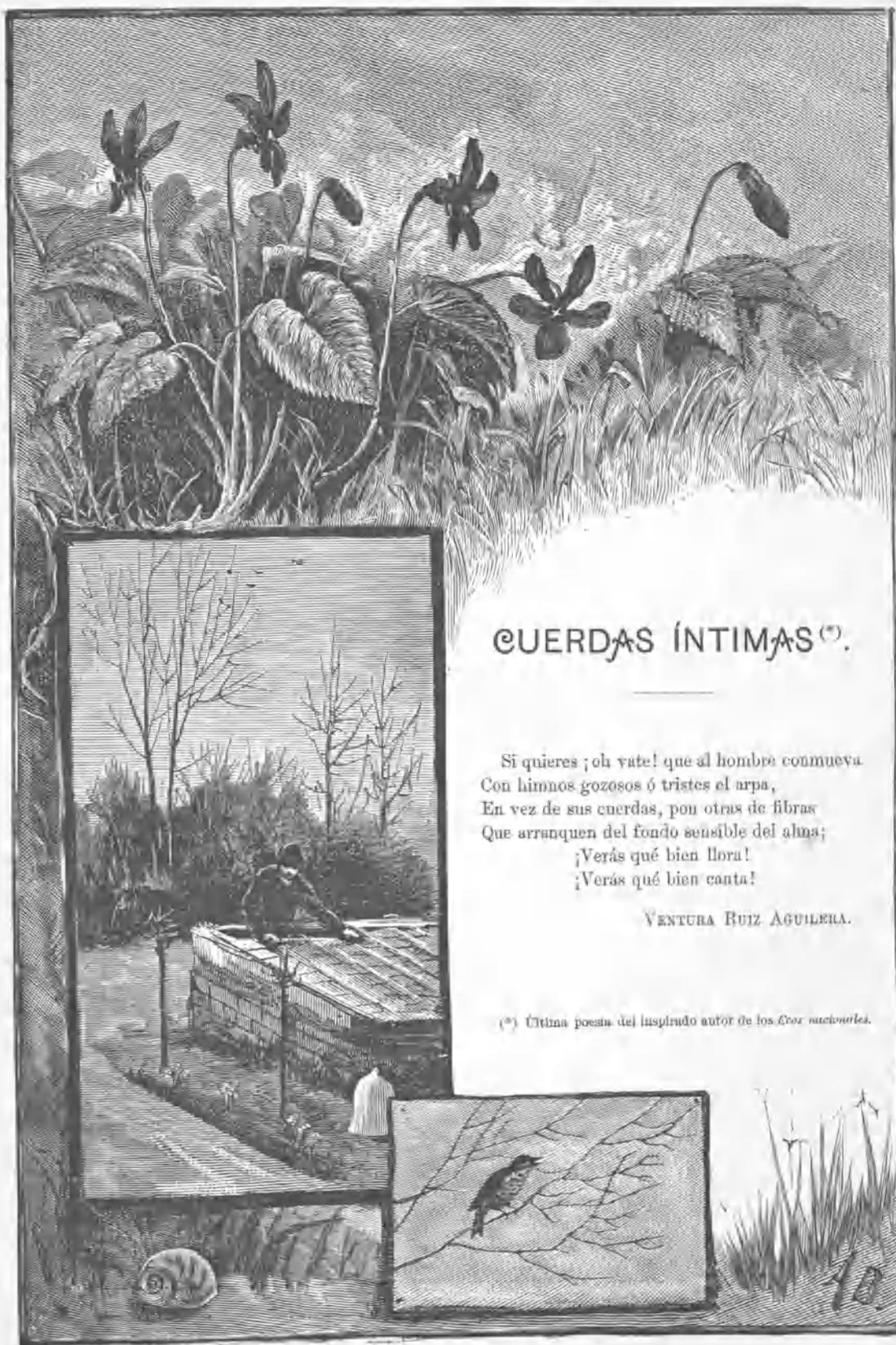
Con gritos de entusiasmo es acogido este discurso por los espectadores, cuya admiracion se aviva más todavía al ver aparecer en el tablado á un caballero, cubierta la cabeza con almofar y mallada toda la vestidura, el cual reclama el derecho de entrar el primero en la liza contra Raul, declarando al Emperador que es su sobrino Oton de España. Dicho y hecho; ármense los combatientes, y á los dos ó tres golpes de mandoble dados por Oton, el conde Raul se viene al suelo, en medio de los estrepitosos aplausos del auditorio, ganoso de encontrarse en las tablas para darle su merecido al vil calumniador de tan hermosa y honesta princesa.

—Ladron de honras, confiesa que mentiste, prorrumpe Oton con enojo.

Y Raul, con voz sumisa, refiere delante de todos los circunstancias el suceso de la doncella Englantina y de los treinta marcos de oro, por cuyo camino adquirió la joya y conoció la señal secreta de la Reina. El paje Dionisio recaba entónces del Emperador que haga las paces con el Rey de Granada; y quitándose la visera del casco, que hasta entónces habia llevado caída, dáse á conocer á su esposo, que la abraza tiernamente, perdonándole ella su falta de confianza y las penas que le habia causado, y prorumpiendo todos en loores á la Santísima Virgen, por cuya celestial intervencion la bella Princesa habia restaurado su fama, recobrado á su marido y puesto fin al *Famoso Milagro del rey Oton de España*.

F. MIQUEL Y BADIA.

(De un libro en proyecto.)



CUERDAS ÍNTIMAS^(*).

Si quieres ; oh vate! que al hombre conmueva
 Con himnos gozosos ó tristes el arpa,
 En vez de sus cuerdas, pon otras de fibras
 Que arranquen del fondo sensible del alma;
 ¡Verás qué bien llora!
 ¡Verás qué bien canta!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

(*) Última poema del inspirado autor de los *Cantos nacionales*.

EL STABAT MATER DE ROSSINI.

Revisión *Correo*, periódico literario y mercantil, uno de los pocos que veían la luz en esta villa y corte por los años de 1833, en un artículo que publicó el Miércoles Santo, dedicado á encomiar al entonces Comisario general de Cruzada D. Manuel Fernandez Varela, gran protector de las letras y las artes, y cuyo admirable retrato, debido al pincel del famoso Lopez, han podido ver mis lectores en la Academia de San Fernando, despues de recordar que, debido á la munificencia de aquél, iba á contemplar el público madrileño en la Semana Santa varios monumentos nuevos en sus iglesias, añadía: «La piedad y el amor á las artes del expresado excelentísimo señor nos presenta en este año un nuevo testimonio del deseo que le anima de dar á todos los objetos del culto todo el ornato posible de que son dignos, y á la devoción de los fieles el más dulce aliciente, con el poderoso impulso de la música.... Una feliz casualidad contribuyó á tan laudable fin, y nos complacemos en estamparla, por cuanto puede servir en algún día á la historia de la Música y de sus profesores y aficionados. Durante la permanencia del célebre maestro Rossini en esta corte, significó á S. E. cuán grato le sería poderle dedicar alguna peculiar composición en su obsequio; y S. E., complacido con tan espontánea oferta, le indicó que al complemento de la gloria del Príncipe de la música en el presente siglo sólo faltaba emplear alguna de sus admirables composiciones en homenaje de la Divinidad. — Bastó esta insinuación para que el artista sólo exigiese que se le señalara asunto, y S. E. le propuso el *Stabat*. Esta es la breve historia de una obra aún no oída, y que, según el juicio de los inteligentes que han asistido á sus ensayos, es uno de los esfuerzos del genio armónico y de una imaginación creadora.... Añádase que estos cultos á la soledad de María son devoción peculiar de la Iglesia de España; que al *Stabat* precederá la oración análoga pronunciada por el M. R. P. Fr. Miguel Huerta, predicador de S. M., y que el monumento estará cubierto con un gran lienzo que representa el Calvario, y la Virgen al pié de la llamada Cruz, dando principio tan piadosa función á las seis y media de la tarde; circunstancias todas que, sin duda, producirán el efecto que S. E. se propone al costear tan piadoso ejercicio.»

Inútil es añadir, por sabido, que esta solemnidad musical se celebró el Viénes Santo, cinco de Abril del año ya citado, en la iglesia de PP. Agustinos de San Felipe el Real, cuyo hermoso claustro, bella obra, como la califica el por tantos títulos respetable Sr. Mesonero Romanos en su *Antiguo Madrid*, de Francisco de Mora, bajo la traza de Andres de Nintos, vieron con dolor desaparecer los apasiona-

dos de nuestras glorias artísticas, cuyas famosos *grados* tanta materia dieron á nuestros autores dramáticos y novelistas de los siglos xvii y xviii, y cuyas *covachuelas*, en fin, aún recordamos los que *de los años la corriente* va arguyendo con tenacidad implacable la cabellera.

Testigos presenciales cuentan que, ántes de empezar la música en la función dicha, el tumulto que habia en el templo era imposible de describir; la iglesia habia sido tomada por asalto; los gritos, los desmayos se sucedían, y la confusión, dicho se está, no cesaba, siendo inútiles cuantos esfuerzos hacía el padre predicador para dominar con su voz estentórea aquel verdadero *mare magnum*, que convertía en oratoria, en medio de tanta gente, en verdadero sermón en desierto. Las curiosísimas *Memorias de un Setentan*, del señor Mesonero Romanos, nada dicen, sin embargo, de esto; los periódicos de entonces guardaron profundo silencio, y hasta hubo alguno, como la *Revista Española*, que llegó á decir que «la función contribuyó á la solemnidad del día que con tanto recogimiento y devoción han celebrado y celebrarán siempre todos los pueblos católicos»; y el *Diario de Avisos*, de 1.^{as} siguientes días, al que acudí para deducir por los efectos las causas, sólo anunció, en la sección de «pérdidas», que «el Viénes Santo por la noche se habia extraviado en la capilla de San Felipe el Real un baston de caña de Indias con puño de oro, y se suplicaba al que lo hubiera encontrado tuviese la bondad de entregarlo al Padre sacristan mayor de dicha iglesia, quien daría más señas y el hallazgo»; — extravió que, como mis lectores ven, no da gran luz, que digamos, para confirmar lo que, como he dicho, me han referido testigos presenciales y hasta pacientes de lo que contado queda.

La señal dada por el respetable maestro Carnicer para comenzar el *Stabat* pudo más en el auditorio que toda la elocuencia del reverendo P. Huerta, y al tumulto sucedióse un prolongado silencio, que sólo fué interrumpido en más de una vez por los aplausos con que, sin tener en cuenta la santidad del lugar, fué acogida la obra del inmortal cisne de Pésaro. El éxito que obtuvo, ocioso es decirlo, si bien no estará de más añadir que, aunque en gran manera fué debida al indisputable mérito de algunos de los trozos de que la obra constaba, no escasa parte tuvo en ella también el nombre de Rossini, y pocas veces pudo decirse con más razón, según más adelante se verá, que el pabellon cubrió la mercadería.

En cuanto al juicio que mereció á la prensa española, puede suponerse, y nada nuevo aprenderían mis lectores con saberlo; pero como dato para la Historia, no estará de más citar los siguientes párrafos de la *Revista Española* del 9 de Abril, que á la letra dice así: «El célebre compositor confiesa en la carta original que acompaña á su composición

que no es éste el género de música á que está acostumbrado, y que, por lo mismo, ha exigido de su parte un cuidado particular. Añade que, como sus deseos se limitan á dar gusto á los oyentes, ha remitido también instrucciones para el profesor que debiera presidir la ejecución de sus conciertos filarmónicos, á fin de producir buen efecto.—A la verdad, el maestro Rossini ha conseguido cuanto deseaba ó pudiese desear para el triunfo de su *Stabat*, puesto bajo la dirección del maestro Carnicer, cuyo mérito científico es ya tan conocido en Europa, y era de esperar que el objeto que tenía en vista no podía quedar frustrado.» Y más adelante añadía: «En cuanto á la ejecución, no podemos menos de decir que fué perfectamente desempeñada, y que las ochenta personas de que se componía la orquesta, entre profesores y vocalistas, todos contribuyeron de un modo muy eficaz al triunfo del autor, al lucimiento de los directores, y al aplauso y agradable sorpresa del público inteligente.»

El *Stabat*, á pesar de esto, tardó largo tiempo en repasar el Pirineo y ser conocido del mundo músico, y lo que es más, el manuscrito original, que, á no dudar, guardaría Varela con el mismo exquisito cuidado que la pluma con que se escribió, y que, al decir de las *Memorias de un Senton*, conservaba encerrada en un precioso estuche, corrió grave riesgo de sufrir la suerte de tantos y tantos otros interesantes documentos como la incuria y un indisculpable abandono han destruido en nuestros días. Aquel ostentoso y espléndido Comisario de Cruzada, aquel Mecenas, á quien sus favorecidos llamaban el *Magnífico*, murió, al decir de su médico de cabecera, de cuyos labios lo tengo oído repetidas veces, en completo abandono de amigos y servidores, justificando una vez más la razón que tenía Quevedo al decir: «Trabajosa es la muerte, pero doctan»; y cuando, pocos días después, volvió aquél á la morada del ya difunto Varela, tropezó en uno de sus desiertos salones con un montón de papeles, cuyo destino, á juzgar por el hacinamiento y confusión en que estaban, no era empresa difícil adivinar. Llamó su atención un rollo grande que allí se veía, y piedad de la curiosidad, se puso á examinarle; era ni más ni ménos que la partición original del *Stabat*, que, desde luego se apresuró á entregar á los que aún guardaban la casa, librando de este modo tan estimable reliquia de un fin próximo y desastroso.—Tal hallazgo, que, como me lo contaron te lo cuento, lector pío, dió más tarde ocasión á curiosas historias y revelaciones, que capítulo aparte merecen, y de que te enterarás, caso de que no tuvieses noticia de ellas, si tienes la paciencia de leer estos desaliñados apuntes hasta el fin.

Ocho años después de lo que ya referido, ó sea en 1841, anunció en París el editor de música Aulagnier la publicación del *Stabat*, del cual se decía propietario, mediante dos mil francos que había satisfecho, según documento que más tarde exhibió, á F. Oller Chatard, quien en dicho papel declaraba haber comprado, á su vez, á los testamentarios del comisario Varela, por escritura otorgada el 1.º de Diciembre de 1837, la partición original, «encargada por aquél y pagada por él mismo á Rossini.»

El inspirado maestro, que no pecaba ciertamente de desinteresado, y que á más veía descubrirse la mala partida que, hasta cierto punto, había hecho á los españoles, alho-

rotóse con la noticia, y trató de oponerse á toda costa á los propósitos de Aulagnier, que si por un lado creía perjudiciales á sus intereses, por otro consideraba no habían de hacer gran provecho á su reputación, dada la ligereza con que parece estaba instrumentada la obra, y más que todo, la colaboración que en ella había de manos ajenas, debido sea al deseo de verse libre del continuo asedio en que el banquero Aguado le tenía para que la concluyera, tal vez á que la indolencia y el *dolce far niente* en que ya vivía pudieran más en él que los compromisos contraídos, ó si hubiera de darse fe al mismo interesado y á su biógrafo Alexis Azevedo, á una ligera pero molesta enfermedad que le acometió y obligó á *fortiori* á dar punto á sus tareas y rogar á Tadolini, maestro de canto del teatro Italiano, escribiese lo que aún faltaba, que no era poco á la verdad. Para ello dirigió varias cartas tanto á Aulagnier como al editor Troupenas, en las que paladinamente confesó que en el manuscrito enviado á España no era oro todo lo que relucía, lo cual, á ser justos, ya había declarado, en cierto modo, á un maestro español, tan modesto como sabio, y cuyo nombre no me es lícito revelar, con quien tenía gran amistad, y á quien poco después del estreno en San Felipe el Real pedía su opinión sobre la obra y preguntaba acerca del efecto que había causado en la coronada Villa.

Hé aquí las más interesantes de las epístolas dichas, dadas á luz por los hermanos Scudier en un curioso libro que hace años escribieron sobre Rossini, y cuyos datos, como suministrados por testigos mayores de toda excepción, he de seguir con preferencia á los de otros biógrafos del gran maestro en la relación presente:

«Mi querido Troupenas; He recibido vuestra carta de 16 del corriente, y voy en seguida á ocuparme de marcar en el Metrónomo los tiempos de mi *Stabat*. En la última carta que he recibido de Aulagnier, éste, fortalecido con la copia que posee, me amenaza con un pleito, pretendiendo que el regalo que recibí del Reverendo de España constituyó para éste un contrato de venta. Esto me divierte en gran manera. Asimismo me amenaza con hacer ejecutar el susodicho *Stabat* en un concierto monstruo. Si tal cosa estuviere para realizarse, entiéndase que por esta carta os doy poderes amplios á fin de que los tribunales y la policía impidan ejecutar una obra en la cual *no hay más que seis números de mi composición*. Por este mismo correo os envío tres trozos que he puesto en partitura, y sólo me resta enviaros el coro final, que recibiréis en la próxima semana. Cuidad de no encarecer mucho en los periódicos el mérito de mi *Stabat*, porque es preciso evitar que se rían de vos y de mí. Adjuntas dos cartas de Aulagnier, para que conozcáis sus intenciones, en la inteligencia de que esto sea para vos solamente. Por último, no estará de más que os advierta que he contestado á aquél diciéndole que jamás firmé contrato alguno de venta con el Reverendo Varela, á quien no hice más que dedicar el *Stabat*, y que además la mayor parte de las piezas de que consta *no son composiciones mías*, así como estoy decidido á perseguir hasta la muerte, sea en Francia, sea en el extranjero, á todo editor que intontara estafarme.—*Joaquín Rossini*.—Bolonia, 24 de Setiembre de 1841.»

Esta carta venía acompañada de un acta de cesión de la propiedad de la obra de que se trata en favor del dicho

Troupenas, mediante el precio de seis mil francos, pagaderos el 15 de Febrero siguiente.

Al propio tiempo Rossini escribía á Aulaguier lo siguiente: «A mi vuelta del campo he encontrado vuestra carta, que me esperaba hacia cuatro dias, lo cual explica el retraso en contestarla. Me decís que os han vendido la propiedad de lo que yo me limité solamente á dedicar al reverendo Padre Varela, reservándome publicarlo cuando lo creyese conveniente. Sin entrar á discutir esta especie de estafa que se pretende hacerme, debo declararos que si el dicho *Stabat* se publicase, ya fuera en Francia, ya en el extranjero, sin autorizacion mia, estoy firmemente decidido á perseguir hasta la muerte á los editores que tal hiciesen. Ademas, debo añadirlos que en la copia que al reverendo Padre envié sólo hay seis números de mi composicion, por haber tenido que encargar á un amigo que concluyera la obra, que yo no pude terminar á causa de una grave indisposicion que por entónces sufrí. Os creo buen músico; y si examináis la partitura, bien fácilmente podréis reconocer la diferencia de estilo que hay entre unos trozos y otros. Poco tiempo despues, y repuesto de mi dolencia, acabé la obra, y en mi poder están los autógrafos de las nuevas piezas musicales. Siento mucho no poder permitirlos la publicacion de mi *Stabat Mater*, y deseo una ocasion favorable en que poder probaros la distinguida consideracion con que soy vuestro afectisimo.—*Joaquin Rossini*.—Bolonía, 28 de Setiembre de 1841.»

El pleito iniciado, y que terminó más tarde declarando los tribunales á Troupenas único y legítimo propietario de la partitura, armó el ruido que es consiguiente, y la aparicion de una obra de Rossini, despues de un silencio que tanto deploraban sus admiradores, puso, al decir de Adolfo Adam, en sus interesantes *Memorias*, en comunicacion al mundo musical. Poco tiempo despues se hizo en casa de Zimmerman una primera lectura de ella, á la que asistió un reducido número de admiradores de aquel á quien la envidia mal comprimida de Berton hacia llamar *Il signore Vaccarini*, y al cabo de algunos dias se reunieron en los salones de Herz, invitados por el ya citado Troupenas, los artistas y literatos más distinguidos que á la sazón habia en Paris, para oír los principales trozos del *Stabat*.

Refiere Adam, que asistió á tan memorable sesion, que el piano fué tocado por Labarre; el cuarteto de cuerda y los coros estuvieron dirigidos, respectivamente, por Girard y Panzeron, y los solistas, primeros intérpretes de la hasta entónces única obra religiosa de Rossini, eran la Viardot-García y la Labarre, Alexis Dupont y Geraldí. «Raras veces, dice aquél, podrá verse una simpatía tan igual y un cambio tan recíproco de sentimientos, de emociones y de aplausos. Los hombres estaban en un salon, las mujeres en otro, obteniéndose así la seguridad de que no habria lugar á distracciones de una parte ni de otra, y que toda la atencion se fijaría sobre el objeto que allí les habia reunido; cosa bien rara en los conciertos, adonde frecuentemente se va atraidos, tanto por el deseo de admirar bellos rostros ó lucir nuevos trajes, como por los encantos de la música.»

Los hermanos Scudier, testigos también de aquella solemnidad, y fanatizados (son sus palabras) con las sentidas melodías allí escuchadas, consignieron de Troupenas que les cediera, por ocho mil francos, el derecho de hacer oír la obra

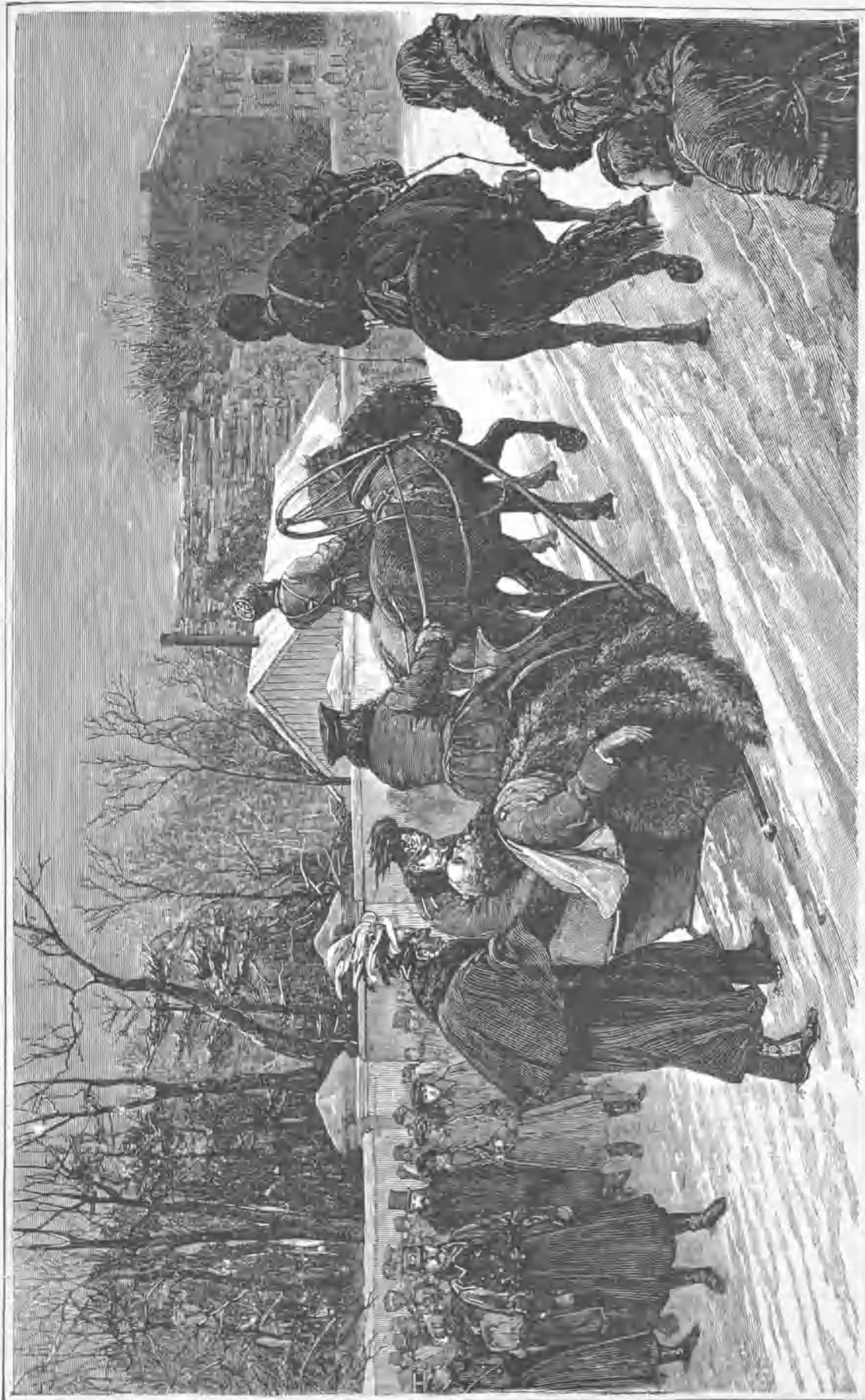
durante tres meses á los parisienses, emprendiendo acto continuo los trabajos necesarios para ello. En la relacion que hacen, cuentan que, ante todo, quisieron asegurarse la cooperacion de las celebridades musicales que entónces habia, y que en los primeros pasos que al efecto dieron la suerte no les fué propicia. Tanto Julius Grissi, como el inolvidable tenor Mario, no comprendiendo la importancia del *Stabat*, acogieron con glacial indiferencia las proposiciones hechas por aquéllos, siendo necesario que Tamburini, entusiasmado con la lectura de la partitura, venciera la resistencia que aquéllos presentaban, y les decidiera á ser, en union suya, los principales intérpretes de ella. Por fin se reunieron para estudiarla, sin que ni esta vez ni las siguientes se permitiera entrar en los ensayos á alma nacida que no tuviera parte activa en la obra, y el efecto que causó á todos fué inmenso. «Despues de la introduccion, los artistas, estupefactos, no sabian cómo expresar su asombro á medida que avanzaban en la lectura. Los intérpretes del *Stabat* estaban cada vez más dominados por la emocion. El cuarteto á voces solas, el aria de tenor, el *Inflamatus* y el *Pro peccatis* pusieron el colmo al entusiasmo. Al fin los aplausos resonaron de todas partes, y del seno de la orquesta y de las masas vocales salió un grito unánime de admiracion.»

Este mismo efecto causó al público cuando la oyó por vez primera, el 5 de Enero de 1842, en la Sala Ventadour, sin que por largo tiempo despues se amenguara el entusiasmo que produjo. Á él no fué indiferente Rossini, como pudiera creerse, dádole su carácter, y en prueba de ello escribió á los Scudier una sentida carta, mostrándoles su agradecimiento por cuanto habian hecho; epistola que, en gracia de la brevedad, y para dar por terminado el ya largo capítulo de citas textuales, suprimo trasladar al papel.

Desde entónces el *Stabat* ha recorrido el mundo con universal aplauso. De él se ha llegado á decir que si algun futuro papa Marcelo quisiera renovar su persecucion contra la música de los templos, debería hacérsele oír la obra dicha, en la seguridad de que hallaría la misma gracia en el Jefe de la Iglesia que tuvieron las suavísimas armonías de Palestrina: otros, como el severo Ortiague, á pesar de su estrecha amistad con el cisne de Pésaro, no han vacilado en afirmar que, bajo el aspecto de la verdad, de la expresion y de la sinceridad de la inspiracion, la obra de Pergolesi, á pesar de lo desigual de su estilo y de la monotonía que en ella reina, es superior con mucho á la de aquél; y la verdad es que al lado de páginas admirables de profundo sabor religioso hay otras que, si por el lado de su belleza intrínseca no tienen reproche, el tinte dramático, y más aún profano de sus canturías, no las hace muy adecuadas para la tierra y sentida alegría que están llamadas á interpretar, y que, en su conjunto, en la obra de que se trata no hay la admirable unidad y uníon cristiana que en la *Misa solemne*, último acento de la lira del autor del *Guillermo Tell*.

Hecha esta salvedad, es innegable que con ambas obras dió Rossini una prueba más de la universalidad de su genio, así como que tuvo sobrada razon al decir en el lecho de muerte al abate Gallet: *De mi se ha dicho que era impío: él que ha escrito el Stabat y la Misa es imposible que dejara de tener fe.*

J. M. ESPERANZA Y SOLA.



SAN PETERSBURGO — ASESINATO DE S. M. J. ALEJANDRO II: CONDUCCION DEL CEAR MORIBUNDO AL PALACIO DE INVIERNO, EN EL TRASEO DEL CORONEL IVORJITSKY.
(13 de Marzo de 1881.)

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

LO QUE TAPABA UN MANTO.

... ¡qué de hazañas
Ha hecho mi ojo tapado!
¡En un cenital embosado
Un escuadrón de pestañas!

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA,
El Marido hace mujer, torn. II.

RECOGIMIENTO riguroso por todo extremo y estrecha religion imponian las costumbres de aquella época á la mujer, esclavizándola á las puntillosas leyes del honor, tan quebradizo entónces, que la mínima sospecha daba con él al traste en mil pedazos hecho. A bien que la quiebra de ser hallado de rebozo un galán, por padre ó hermano, en coloquio con su dama, podia soldarse con el matrimonio, bálsamo de Fierabrás para tales heridas de la honra.

Mil veces se habia comparado ésta á un limpidísimo espejo de Venecia, ó á bien acicalado acero, á quienes el aliento más tenue empaña, y con ser tan delicado, y tan fácil su menoscabo, habia que empeñar no ménos que la vida en restaurarle á su pristina tersura.

Y aquel preciado tesoro y delicada esencia se confiaba á tan débil guarda y á tan frágil vaso como es la mujer. Así no era de extrañar que en la ocasion ménos pensada el guarda se durmiese ó el vaso se quebrase, perdiéndose en un momento lo que tantos afanes habia costado celar.

Por eso fué opinion de alguno de buen consejo que

« Es de vicio la mujer,
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quitarse,
Porque todo podría ser » (1).

opinion que algun otro, no considerándola admisible sin enmienda, modificó diciendo:

« El que pencha á la mujer,
Indicio de necio da:
A la que es su mujer ya,
Mas no á la que lo ha ser » (2).

Pero viendo ella que tenía tan agudados sus gustos, y que aun así y todo se los daban por alquitara, estando siempre: ¡«Guarda el padre! ¡guarda el hermano!» y á cada triqui-traque sustos y zozobras, y siempre en un tris, inventó, como aguda que es, y más aguijoneada por la necesidad, una ingeniosa traza que fuese paliativo de sus dolores y aligeron de sus pesadumbres.

Y el manto fué hecho.

Cuándo lo fué, averíguelo Vargas, que, á fe, á fe, habia de costarle algun trabajo.

(1) Versos que intercala Cervantes en la novela *El Curioso impertinente*, como pertenecientes á una comedia.

(2) ALARCON, *El Remediante á sí mismo*, act. II, esc. V.

Yo, por mi parte, renuncio á meterme en tales honduras, y me basta saber que en los tiempos que trato contaba ya su uso muy larga fecha.

Pero ello fuese su abolengo más antiguo que el de bidalgo montañés, tengo por cierto que nunca descolló tanto su poderío como en aquella época, verdadero siglo de oro de tal invencion.

Salvo-conducto de todo atrevimiento y tapadera de cualquier antojo, para la mujer era añagaza del otro sexo, pretexto para desbalijar incautos, dar gato por liebre á los antojadizos, y duelos y aún quebrantos á los maridos de mujeres caprichosas; arma, en fin, que, por ella manejada, tenía tanto de cortés como de buida; pues si su color la hacía espada negra, el ojo taimado, que detras de él dardeaba malignos rayos, le daba punta más aguda que una daga milanesa, y por ello dijo el poeta:

« ¿No es espada negra un manto
Que se remata en medio ojo? » (3).

Si las leyes del recato ponian tantos obstáculos á que una mujer, doncella sobre todo, se presentase en parajes públicos, el manto facilitaba los medios de traspasar ley tan severa, y, con él por fiador, podia la mujer salvar la valla del hogar doméstico, dando rienda suelta á su curiosidad y travesura en calles, paseos y fiestas, convirtiéndose, cuando en demonio de tentacion, cuando en vigia y celador de los mismos que la celaban, y así le dijo Quevedo:

« Tapada de medio ojo,
Puedes ir y vengarte de tu enojo » (4).

El manto era devoto cuando la llevaban á misas, sermones y novenas: intrigante cuando, provocativo, se deslizaba en las correrías del Prado, Leganitos y calle Mayor; taimado en la cazuela de los corrales, siendo señuelo de los incantos que se aficionaban de apariencias; desenvuelto y touaion en el rio, con los pródigos que ofrecían confituras y cenas; orgulloso y entonado en el coche, presumiendo de calidad; complaciente y servicial tercero, cuando no tenía puntas y ribetes de algo más, en los galanteos de callejuelas y encrucijadas; su jurisdiccion, en una palabra, no tenía límites, ni contra ella valian exenciones ni fueros.

Era iman atractivo de los hombres, cuya curiosidad excitaba, empeñándoles en mil aventuras, no más por conocer á una dama,

« A quién el manto sólo deja fuera
Tu ojo, que le sirve de lumbrera » (5).

(3) TURCO DE MOLINA, *La Villana de Yallcas*, act. II, esc. I. Llamábase espada negra á la que, teniendo embotados los filos y punta, servia para aprender esgrima.

(4) QUEVEDO, soneto que principia: « Dice el embajador que le prestará » etcétera.

(5) CALDERON, *El Aureliano fingido*, torn. II, esc. IX.

con cuyo único dato forjaba el perseguidor en su imaginación una dama de taracea, cuyas mejillas, frente, manos, labios y demas zarandajas, que los enamorados describen tan largamente, estaban fabricados en la roperia de los soles y en la platería de los cultos, como expresó Quevedo.

El manto se hacía de telas diversas, según la gala y donaire de la mujer que había de usarlo, y también según su calidad y estado.

En viéndole de tela grosera, y sobre todo sin *puntas* ú otra guarnición equivalente, podía apostarse doble contra sencillo que la tal era una reverenda *viuda*, eso aún cuando no se le pareciesen las tocas (1); y si de anascote, una *dueña*.

Los de *burato*, ya más finos, pero espesos lo bastante para emboscarse tras ellos una mujer y no ser conocida, tenían á su cuenta largo capítulo de culpas y trampantojos de rebozo, pudiendo más de uno de ellos decir:

« Por mí, topando un celoso
Su mujer en otro barrio,
Quiso acompañarla en casa
Del propio que iba buscando » (2).

No ménos embebecadores, por lo que trasponían y embancaban, eran los de *lana y seda*, cuya taimada abertura vendía por frente de alabastro lo que sólo era cascarrón jalbegado de soliman, mientras que

« A otras más negras que entuerto
Embebecaba de blanco,
Siendo, cuando descubiertas,
Requesones fonda en grajo » (3).

Pero no siempre se proponían las damas no ser vistas, ni todas eran de tan recitada condición que huyesen de ser conocidas de los hombres, sino que muchas veces dejaban entrever aquello mismo que aparentaban ocultar, complaciéndose en que su garbo y donosura pudiesen fácilmente ser examinados por los curiosos.

Entonces nacieron los mantos de *humo*, de *gloria* y del *soplillo*, cuyos nombres, por sí solos, dicen qué cosa fuesen.

Haciase el manto de humo de sutiles gasas, de modo que, envuelta en él la dama, parecía, en efecto, que se la veía á través de un humo ténue, y mentirosamente cubierta con él, quedaban á la vista cuantos atractivos se proponía enseñar, con hipócrita enclumamiento.

Porque los escotes ó *decollados* de los vestidos femeniles alcanzaban entónces, bien á diferencia de medio siglo atrás, grande jurisdicción y desgarró, y un escritor llamó *ropa hecha de líneas casi invisibles* el jubón que usaban (4), añadiendo que *no les faltaba para andar desnudas, de medio cuerpo arriba, sino quitarse aquella pequeña parte de vestido que les tapa el estómago*.

No se mordía la lengua el que esto dijo, y ponía, como se ve, las cosas en su punto, aunque bien merecían su pa-

(1) Dice Francisco Santos en el *Día y noche de Madrid*, hablando de la fregona que se sube á mayores con galas regaladas: « A pocos lanceos pide manto; en viéndose señora del, pide *puntas*, que sin ellas dice que es viuda y no entiendo serlo. » (Diccionario III.) Es de notar que en este tiempo casi siempre que se nombra á las viudas se las califica de *reverendas*, ó *cuñadas* no, á sus locas.

(2) QUEVEDO, en el romance titulado: *Unos que hacen los mantos de sus culpas en la premedita de no baparse las mujeres*.

(3) El mismo romance.

(4) ZABALETA, *El Día de fiesta por la mañana*, capítulo titulado *La Dama*.

lina los tales mantos de humo, porque, transparentes y todo, no eran ménos alevosos que los otros, y por eso no faltó quien hizo decir á uno de ellos que era, por lo del *humo*, infierno, que encubría llamas y diablos, y además

Fullerito de facciones,
Que las retiro y las saco,
Y maestro como unos oros
A la que es como años bastos (5).

No era el llamado *manto de gloria*, á pesar de lo que el nombre encarecía, menor causa de perdición que el otro, pues su transparencia no le impedía ser

Vidriera de tascos (6);

pues como al fin y al cabo tapaba, puesto que taimadamente también tenía su poco ó mucho de encubridor, y más de una vez

Adargó cara frisona,
Con una nariz de ganchos,
Que á todos los doce tribus
Los dejó romos y brazos (7).

Así que de *gloria* podía sólo con razón llamarlos la moza bellaca y embestidora, que topaba con algún mancebito moscatel, que, desangrándose de bolsa, empleaba sus escudos en comprarle manto, y por eso hubo alguno que dijo:

¿Quién hace manto de gloria?
Quien los tiene y no los compra (8).

En cambio, el que, práctico en sortear aquellos bajíos buscones, ántes daba en las mujeres que á las mujeres, y era como reloj de sombra, que muestra y no da; ése podía decir que hacía los mantos de humo, por lo de

¿Quién hace de humo los mantos?
Quien los promete sin dallos (9).

He dicho que en esta misma categoría estaban los mantos del *soplillo*, y con nombrarlos basta para probarlo. Era gala muy codiciada de las bien prendidas y de las que se subían á mayores (10).

Llevaban fama los llamados del *soplillo sevillano* (11), que solían ser propios de mujeres de brío y garbo, y por ello debió decir Quevedo (12):

(5) QUEVEDO, en el romance citado.

(6) Romance dicho.

(7) Romance dicho.

(8) BUENAVIESTE, entremés de *El Licenciado y el Bachiller*.

(9) El mismo entremés.

(10) El PADRE TOMÁS RAMÓN, en su *Premedita de reformation*, dice á este propósito: « Que hasta la más humilde labradora y sirviente viste ya el manto de seda. »

QUEVEDO, en su *Jacón* que principia: « Embarazada me tienen », pinta al ruñán Moxagon, que, celebrando la superioridad que su dalia lleva á todas las demas, dice:

Y si alguna te compite, Entre burca y entre dona, Quier escríma la chinola, Quier navegue la osroza,	La reto de dueña á dueña, Y en vestidos de tramoya, Bútelos, barba de ballena, Manto de humo y de gloria.
---	--

(11) De los mantos del *soplillo sevillano* hace mérito Cervantes en su entremés *El Fiesco fugido*, donde dice Cristina á Brígida: « Acomoda tu brío y tu limpieza y tu manto del *soplillo sevillano*, y tus nuevos chapines, en todo caso con virillas de plata. »

(12) En el romance ántes citado.

El ornate son tales ofensas
Y los delitos que traigo,
Dijo un manto de Sevilla
Cecosa y arbolado.

Ya he referido que las *puntas* eran su adorno particular, y darle sin ellas era dar manto á medias, entonces, que era regalo de todo amorio de trastrigo y tercería de solapa, y algún pagote infeliz tenía más que de Flándes viniesen las *puntas* que la herejía de Lutero (1).

Pero la ley, que velaba contra las embestidas de las saltadoras del gusto, y que vió el perjuicio que á los pobres galanes traían aquellos arambeles, introducidos sin duda por los flamencos para chupar el dinero á los españoles, ya que ellos les sacasen la sangre con las puntas de sus picas, *puntas por puntas*, prohibió las de los mantos (2) de las damas, así como ántes había mandado que sólo llevasen un ribete de seda en los suyos de paño, las mujeres de los *mestrales de manos*, como eran sastres, zapateros, herreros, pellejeros, especieros y otros que la ley determinaba (3).

Así pudieron sin mengua templar, ya que no impedir, la fuerza de las embestidas, y á ménos dar, comprábanlos si quiera sin aquel adherente (4).

Pero las mujeres dijeron: «castigame mi madre y yo trómpojelas», pues si les quitaron las puntas, no les faltó ingenio para buscar á los mantos otra guarnición, y ésta

(1) Terceras y buscomas procuraban luego sacar manto de los incautos. En *La Dorotea*, de Lope, dice la taimada Gerarda al indiano don Bela, que propone vaya á sacar de la tienda ciertas galas:

GERARDA. ¡Qué estado eres! Por no me dar algo quieres que lo saque Dorotea.
DON BELA. ¿Qué has menester?
GERARDA. Tu manto, etc.

(Act. III, esc. III.)

En los *Discursos de la vida de rebeldes y maridos*, dice: «Fuera desto aquí dos pares de medias, con ligas correspondientes y puntas grandes... asimismo para Brianda manto, etc.

En la comedia de Calderón *El Escudido y la Inpuda*, la doncella Beatriz recibe un regalo del novio de su señora, consistente en vestido y manto, los que le entregó el lacayo Castaño diciéndole:

CASTAÑO. Tanto cuanto me enterneces.
Este es, Belisa, el vestido
Hecho y derecho, y aqueste
El manto.

BEATRIZ. Y éste un abrazo.

(Jorn. II, esc. X.)

(2) En una carta de 16 de Noviembre de 1622, cuyo traslado se halla en la Bib. Nac. (MS.-X-157), se dice entre otras cosas: «Se quitan guarniciones de oro y plata y telas de plata y oro en cualesquiera género de vestidos, capas de seda, sedas sobre sedas, y exceso de guarniciones, *puntas de manto*, etc.

(3) Esta prohibición, con otras de varios monarcas desde Carlos V, se halla resumida en *la Ley I. DE XII, lib. vi* de la Recopilación publicada por Felipe II y referida y adicionada por Felipe IV, impresa en 1640.

(4) En la comedia *Acabar y mudarle á un tiempo*, de ambos Figueroa, se lee este diálogo entre los graciosos:

MOSCÓN. ¡Juesita!
INES. ¿Qué hay, Moscón?
MOSCÓN. Mira que te traigo el manto.
INES. ¿De puntas?
MOSCÓN. No hay para tanto.
En yrematica lo enseñó.
INES. ¿Es un tejido?
MOSCÓN. Es una pefa.
INES. ¿De sí via?
MOSCÓN. No le alborote,
Que es un manto de anaseote,
Porque tú has de dar en dueña.

(Cien. II.)

fué la red, no estrecha por cierto, con que los rodearon, entretejiéndola con abalorio para hacerla más vistosa, y eso que las guarniciones de abalorio, con otras muchas, fueron tambien proscritas por el legislador, de toda clase de ropas (5).

Motejando esta industria de las mujeres para inventar galas en sustitucion de las que quitaban, decía un poeta, á quien preocuparon mucho (6), describiendo el traje de una dama, en boca de un criado:

SANTILIANA. El manto, aunque despuntado,
Con palmo y medio de red:
Qué, ¿pensaba vuesaerced
Que las puntas que han quitado
Les hacen falta? ¡Bonitas
Son! Si en carnes andavieran,
De la misma carne hicieran
Guarnición las mujercitas.

Otro poeta, maleante tambien, y que gustaba de poner en la picota del teatro las costumbres censurables, motejó el afán que cierta clase de mujeres tuvo por adquirir esta gala, especialmente en la corte, siendo buen cebo para galanes que andaban á caza de tales aves. Decía, pues, Benavente, que es á quien me refiero (7):

LICENCIADO. Hay en la corte falta de mujeres.
QUITERIA. Y ¿en qué lo echa de ver, feo con gracia?
LICENCIADO. En que se dan por red: diganlo tantos
Como las han comprado para manto.

Muy bien halladas debían vivir las mujeres con aquella prenda, que les proporcionaba salvoconducto en una sociedad tan suspicaz, en que cualquiera sospecha que infundirán en mengua del decoro de padres, hermanos ó esposos, no podía disiparse sino lavándola con sangre: donde cual-

(5) A pesar de que la citada ley prohibía usar *guarnición alguna de abalorio*, debieron hacer las mujeres oídos de mercader y usar aquel adorno en las redes, y prueba de ello son los siguientes versos del entremés *Los Parcecos de Benavente*, en el que dice una de las cómicas, señalando á las mujeres de la casaca:

PETRONILA. ¿Ven una gorda
Con un manto de red con abalorio,
Que parece abadesa en leontorio,
Afirmada á un pilar, y que una vieja,
Como gato de carne, tira della?
¿Halla visto vustedes? Pues no es ella, etc.

(6) TIBISO DE MOLINA, *Por el diano y el turno*, act. III, esc. III.

(7) En el citado entremés de *Los Parcecos*. Para entender bien el juego del vocablo, de que maliciosamente hace uso Benavente, diciendo que *las mujeres se dan por red*, hay que tener presente que en aquel tiempo, no estando bien reglamentada la policía de los abastos, escaseaba á las veces el pan para el consumo público, y se daba, ó mejor dicho vendía, en ciertos puntos, á través de una red, siendo uno de los tales sitios la parte alta de la calle de la Montera, cerca de San Luis, de donde le vino el nombre que aún conserva de *Red de San Luis*. Aún con esta precaucion había prisas y empujones para tomar el pan, porque había falta de él, como de mujeres, según Lope, quien comparó, en su entremés de *La Muestra de los carros del Corpus* la prisa que por ver aquella fiesta había, con la de vender pan, diciendo:

No hay pan dado por red con tanta prisa, etc.

Queredo tambien aludido á esta manera de vender el pan y la prisa de su despacho, cuando encareciendo con hipérbolas la que el pueblo tenía por ver á Felipe IV en una fiesta de toros y cañas, dijo:

Había al Rey tanta prisa
De desos delinquentes,
Que se ahogaban por tomarle,
Aunque le dieran por redes, etc.

quier ligereza era agravio que con la vida debía vengarse, y no sólo en la contingencia de hacerse público, sino que aquellas honras intachables profesaban el principio de que *á secreto agravio, secreta venganza*, pero venganza siempre; así que en todo caso que adolecía la propia estimación, cada cual era *médico de su honra*.

El manto, escondiendo á las mujeres, evitó muchas catástrofes, pues su travesura no se reprimió, aún teniendo de continuo sobre sus cabezas, como otras tantas espadas de Damócles, las de todos sus deudos.

Bien lo pintaron esto las comedias y cuánto valía á las mujeres *el socorro de los mantos*, como lo demostró un poeta (1), pues copiando lo que en el mundo pasaba, hacían que á las veces sorprendiesen en el hurto de los amoríos á aquellas derretidas damas, sus padres y hermanos (2), y entonces era fuerza que hubiese galan escondido ó mujer tapada (3).

Era el manto lugar de asilo, adonde se acogía todo chisme de la villa y toda insolencia del vulgo. Si había un ministro á quien acusar; un juez á quien reprender; un poderoso que zaherir; una dama á cuyas taimerías quitar la máscara; un secreto que hacer rodar por el arroyo; una mentira que sembrar ó una calunnia que esparcir, no era preciso averiguar de donde todo aquello había de proceder; pronto se hallaba á la mano una mujer tapada, cuyo manto *había sido de lenguas y no de soplillo* (4), debajo del que se metía el que lo había de propalar.

Notables debieron ser los atrevimientos de todo género á que prestaba amparo el manto, y graves los escándalos que con aquella salvaguardia se cometían, cuando el rey, que más de una vez, como se ha visto, hubo de tomar cartas en asuntos de este género, publicó la pragmática de 3 de Enero de 1611, por la que, entre varias otras cosas, se mandaba que las mujeres descubriesen el rostro por las calles.

Con júbilo acogieron los hombres esta pragmática del *destapo*, y no sucedió lo mismo ni á las mujeres ni al diablo; porque con quitar el *medio ojo*, como se llamaba al modo que las enmantadas tenían de taparse, perdió el tentador del género humano una de sus mejores añagazas contra los hijos de Adán, y vieron las mujeres que con el *atollite caras* ya no cabían los trampantojos de viejas, feas y

taimadas, pues á la voz de la trompeta del pregonero, como si sonase la del ángel en el valle de Josafat,

Desenvuélense las viejas
Y desentúdense lo rancio,
Las narices con juanetas,
Las barbillas con zancajos,
La frente planta de pé,
Lo carroño cosificado,
Las bocas de oreja á oreja,
Y vueltos chirlos los labios » (5).

Las niñas de lo caro, aquellas que estaban concebidas en original pedir, sufrieron grave pérdida con tener que poner sus caras al descubierto, porque tras de aquellas emboscadas no había petición que sin miedo no embocasen, las más de las veces con buena suerte por cierto, pues

« ¿Cuál es aquel caballero
De tan encantada bolsa,
Que un *hopato*, desde un coche,
No le sonsaque la mosca?
¿Cuál anima no rechina
Si un *ajo negro* la caca?
Y, para una mano blanca,
¿Quién tiene la plata bouda? » (6).

Y no sólo en coche, sino á pié quieto sonsacaban al albillo,

« Llevando armas en los ojos
Y máscaras en los mantos. »

Pues en devaneos amorosos, ¿qué no hacía una mujer al amparo de tan discreto fiador? Dama había que al descubierto no se hubiera atrevido á mirar un hombre cara á cara, por miedo de ser notada de desenvuelta, que se arrojaba á empresas verdaderamente temerarias, *hojaldrada* en la media seda,

« Misterios, al fin, de un manto,
Que no son vistos y ven » (7).

Así también los hombres cautos mirábanle con recelo, como á tercero y amañador de tantas intrigas, como á pala y amparador de tanta arpa, y tragantona de tanta vieja Matusalen; por eso dijo un festivo poeta de entonces:

« Ménois engaños encubre,
A lo que yo me presumo,
Vomitando el btra humo,
Que un *manto de humo* cubre:
¿Qué de Meñús encubre!
¿Qué de Circes! ¿qué de engaños,
Quitando engas y años,
Cual pudiera el río santo!
Mueho puede un manto,
Pues encubre tanto » (8).

No obstante, el atisbador ducho, el práctico en navegar las sirtes más concurridas por aquellas sirenas, no se deja-

(1) DON FRANCISCO DE LEIVA, en la comedia que escribió con tal título.

(2) De sí mismo lo dijo CALDERON en *La Desticha de la voz*, con estos versos:

ISABEL. ¡Ay desdichada de mí!
DOÑA LEONOR. Pues ¿qué hay, Isabel?
DON JUAN. ¿Qué es eso?
ISABEL. Que debe de ser comedia,
Sin duda, ésta de don Pedro
Calderón, que hermano ó padre
Siempre vienen á mal tiempo,
Y ahora vienen los dos juntos.

(Jorn. II, esc. XVI.)

(3) De este modo de sostener las peripecias dramáticas, merced al manto, hizo frecuente uso Calderón, y él mismo quiso adelantarse á sus censores, diciendo en una ocasión tal, en *No hay barbas con el amor*:

DON ALONSO. ¿Es comedia de don Pedro
Calderón, donde ha de haber
Por fuerza, amante escondido
O rebosada mujer?

(Jorn. II, esc. XIII.)

(4) Dícelo así QUEVEDO en *El Entremetido, la Duena y el Soplón*.

(5) El romance mencionado de Quevedo *Confesión que hacen los mantos*. Á la pragmática del *destapo* aludió también en la estrofa de un letrilla, que dice:

« Prendiéndole si le tapas;
Pues Dios buen rostro te da,
No te tapes, porque habrá
Al primer fujon zurrapas.
¿Por qué tu cara solapas
Y la luz del sol te ofende?
Que el que esconde lo que vende
No creará su caudal,
Y no lo digo por mal. »

(6) QUEVEDO, *los* 1611 en la comedia *Amor y celos hacen diestros*, de Tirso.

(7) TIRSO DE MOLINA, *En Madrid y en una casa*.

(8) TIRLLO DE FIGUEROA, letrilla.



EL GENERAL D. MANUEL GONZALEZ,
Presidente de la República de los EE.-UU. de Méjico.

ba engañar tan pronto ni fácilmente, por más que cualquiera de ellas

« Cuando mira tapada
Prende los hombres;
Si echa mano á los ojos,
¡ Dios los perdona! » (1).

Sabíalas distinguir á tiro de ballesta, y diría ce por be, si era una buscona, una dueña ó una fregona de las que trocaban la mantellina blanca por el manto; pero habia tambien incautos albillos, que no encontraban diferencia entre una águila y un ánsar, y éstos, no pocas veces, eran victimas de su impericia y de aquellos mantos corsarios, tripulados por niñas de la uña, piratas más temibles en Madrid que el Uchali en las costas berberiscas, ó el Draque en las playas de Cádiz.

De estos mozos no cursados en la corte era uno sevillano, mancebito de veinticinco años, que por primera vez dejaba las orillas del Guadalquivir por las del Manzanares, á causa de un pleito que en la corte seguía.

Aunque Sevilla fuese, en opinion de algunos, *octava maravilla* (2), sobre todo por su famoso Arenal (3), celebrada Alameda, insigne Torre del Oro, renombrada puente de Triana, y más que nada por su Lonja, concurrida de mercaderes de todo el orbe, y las ricas flotas que en ella desaguaban los veneros del cerro del Potosí, y tuviese todos estos y otros motivos para envanecerse, como una de las más prósperas ciudades de Europa, todavía D. Tello de Arguijo, que así el mancebo se llamaba, halló mucho que admirar en la antigua Mántua.

Y con ser las mujeres sevillanas hermosas sobre todo encarecimiento, y dejar pasmado á cualquiera oyendo lo donairoso de su receo y viendo el brio de su desgarró, el mozo llegó á la corte deseoso de admirar sus damas, pues imaginaba que superiores á todo lo visto habia de hallarlas

« En Madrid, que es el centro y es la esfera
De toda la lindura,
El asco, la gala y compostura » (4).

Llegó, por tanto, con el propósito de correr aventuras; y para hallarse más á sus anchas y que nadie le fuese á la

(1) QURVEDO, romance *A Flórida*.

(2) Sevilla fué entonces muy celebrada como una de las primeras y más grandes ciudades de los vastos dominios españoles. Festivamente decía Benavente en el entremés de *Los Ladrones*:

CHICHARRON. Ropa-Santa, ya estamos en Sevilla.
ROPA-SANTA. Chicharron, ésta es nueva maravilla.
Moro-Huaco. ¡ que gran ciudad es ésta!
Moro-Huaco. Mayor que Castillejo de la Cuesta.

El autor de *Estebanillo González* escribía, hablando de Sevilla: « Salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y arado de un nuevo mundo. » (Cap. V.)

Corvantez, que en ella habitó algun tiempo, conociéndola tan perfectamente, la elogia en estos términos, por boca del perro Berganza: « Yo vine á Sevilla, como dije, que es un puebleto de pobres y refugio de desechados; que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. »

(3) El hermoso paseo llamado *El Arenal de Sevilla* prestó á Lope de Vega argumento y título para una de sus comedias, en la que dice:

« Y de su hermoso Arenal
Sólo se precia Sevilla
Que es octava maravilla
Y una plaza universal »

(4) CALDERON, *No siempre lo peor es cierto*. (Jorn. II, esc. v.)

mano, renunció á hospedarse en casa de un caballero de la corte, hermano de su madre, á pesar de que tenía el tal otro hijo mozo y bizarro, llamado D. Luis de Lara, y buscó una posada en Barrio-Nuevo, frecuentando lo ménos que podia la amistad de aquellas personas para quienes habia traído cartas de su padre.

Dióse en cambio á cursar los mentideros, las casas de conversacion, los corrales de comedias, el Prado y calle Mayor, y como era rico y esparcido, y no escaseaba, por tanto, el dinero, á los pocos dias contaba numerosos amigos; que pronto los halla quien con tan buen pié entra en la arena de la corte.

No habia, sin embargo, topado con una aventura amorosa que satisfecho le dejara, hasta que le aconteció un viernes de Cuaresma concurrir á los famosos *misereres* de los Capuchinos de la Paciencia, cuyo convento, recién fundado por entonces, estaba en la calle de las Infantas.

Concurría todo Madrid á tan piadosa funcion, y la puerta del templo se cuajaba de coches (5) y de lindos, y á éstos, como suponerse puede, no tanto la devocion como ménos laudables sentimientos encaminaban á los Capuchinos.

A su puerta se hallaba D. Tello, cuando por ella vió salir das mujeres tapadas, y una de ellas, á pesar del rebozo, demostraba tal bizarría, donaire y compostura, que el mozo quedó prendado, por lo que veía, de lo mucho que creyó adivinar.

Siguió á las damas, acercóse á ellas, atrevióse á hablarles; pero sólo consiguió que apretasen el paso, mas no que le escuchasen una sola de las discretas y cultas frases que, por el estilo de los galanes de la época, fué diciendo para encarecer su amor.

En la red de San Luis estrellóse éste, pues allí, sin más hablar, entraron las tapadas en una casa de buena apariencia, y el mancebo quedó con tanta boca abierta, sin haber oído de las de aquellas mujeres una sola frase de esperanza.

Avivóse más el interes su sequedad, y decidióse á rondar aquella noche delante de los balcones de la desconocida, para que aquel servicio que voluntariamente se imponía, le sirviese de mérito, si acaso por algun resquicio de la celosia le atisbaban.

Largas horas tenia ya pasadas, serenándose como alcarraza, sin que percibiese en la casa ni piante ni mamante, cuando vió un embozado que, á buen paso, se dirigía hácia la puerta.

Alborotóse el espíritu de D. Tello con una llamarada de celos, que de improviso despidió su corazon, y ya requería el puño de la espada, viéndole parado en donde él no quería que estuviere, y ya iba á reconocerle, cuando la puerta se abrió de improviso, el encubierto desapareció por ella cual si se le hubiese tragado, y el mozo quedó como quien ve visiones.

Para todo habia, si el embozado era un amante; pero ¿y si era padre, hermano ó esposa?

(5) MORETO, en *El Caballero*, escribió esta pasaje:

MANZANO. Oyes, ¿ qué en los Capuchinos
De tanto coche se quiere?
DON FÉLIX. Que es viernes y hay miserere.
MANZANO. Suena en acentos divinos.

(Jorn. I, esc. I.)

Don Tello resolvió aplazar el desenredo de su enmarañada madeja para el siguiente día, y se fué hácia su posada, descañando el momento de aclarar sus dudas.

Volvió como se había propuesto, vió que permanecía la casa cerrada, y resolvió espiar la salida de algun criado, á quien confiaba rendir, poniendo así la primera trinchera del asedio.

Tardósele el deseo, pero dos horas pasadas, vió, en efecto, abrirse la puerta y salir por ella una sola tapada, en la que reconoció á la acompañante de la que le había de tal modo cautivado.

No me detengo en describir los medios que D. Tello usó para entablar parlamento; baste decir fueron tan persuasivos, que á los pocos minutos sabía de la dama, punto por punto, vida y milagros.

Y digo milagros, porque si todavía no los había hecho, había de hacerlos en adelante, al decir de su criada, que no era otra la tapada, segun el recato, honestidad y virtudes de doña Clara de Rivera, como dijo llamarse su señora.

El encubierto de la noche anterior era su hermano, suspicaz y receloso como pocos, bajo cuya guarda vivian doña Clara y una tia de ambos, toda entregada á sus devociones y penitencias.

De perlas pareció á D. Tello el relato; pero cuando propuso á la criada que le sirviese de medianera, faltóle poco para que le arañase, tal enojo tomó; pero á la postre calmóse con unos escudos, y vino en procurar el logro de los deseos del mozo, quedando en avisarle de lo que alcanzase.

Al día siguiente volvió á salir la emisaria, quien encareció lo mucho que le había costado reducir á doña Clara á escucharle, y dióle por remate la buena nueva de que á la noche saldría á verle por la reja, bien entendido que había de empeñar su palabra de caballero de que á las once se retiraría, para evitar que su hermano lo trasluciese, pues temia en tal caso ser víctima de la cólera de aquél y no estaría libre de su daga. Tan celoso era de la limpieza de su honor, que por custodiarle no había querido partir á Indias con un tío suyo, que desempeñaba allí un gobierno, y que se empeñó en llevarle consigo con cierto honroso empleo (1).

Juró y perjuró D. Tello que así lo haría, y cumpliólo en efecto, pues llegada la noche, y despues de pasarse en requiebros y ternezas con la dama desde las diez, á la primera campanada de las once ella cerró su reja y él fuese, en fe del juramento prestado.

No fué, sin embargo, tan presto que ella no le ofreciese dejarse acompañar del galán á la tarde siguiente, en que, enubozada con el manto y acompañada de Jacinta, que así se llamaba la criada, saldría á cumplir un encargo de su señora tia.

(1) Tanto como al padre y al marido, y acaso más, tocaba al hermano la grave pensión de velar por el honor de las mujeres; por eso dice uno de ellos, en *El Escudado y la familia de Calderon* :

DOX FÉLIX.
En Madrid me ha tendido
Hermano, con cuidado de marido,
¡Mal haya parentesco tan turbado,
Que es tan tonto al pensar, tan nada al gusto!
Que otros celosos tienen ocasiones
De engañar con halagos sus pasiones;
Mas no mi hermano, que entre sus devociones
Halago no halla en que engañar sus celos.

(Jorn. II, esc. XXIV.)

Más puntual que el reloj estuvo el mozo, pues se anticipó cerca de una hora á la señalada, logrando por fin ver á doña Clara, que salió como tenía prometido.

Pronto supo D. Tello que su dama se dirigia á las Platerías, con objeto de comprar una sortija, y tembláronle las carnes; porque, á fuer de enamorado, pensó que el pago debería correr de su cuenta, y recordaba que su bolsa no estaba á la sazón todo lo llena que él desearia (2).

Por fortuna, la dama escogió una por la que sólo quiso el mercader quince escudos, que pudo él aprontar, no sin que con disimulo tuviese que dejar en manos de aquél, y como en prenda, un cabestrillo de oro que traía.

No paró en eso, sino que, como la criada Jacinta tenia que ser recompensada por sus servicios, D. Tello hubo de comprarle puntas para un manto, que, por estar casi olvidada entónces su prohibición, le había prometido el día de su primer concierto.

Con aquellas sangrías de bolsa volvió D. Tello, amén de unos dulces que, para mayor agasajo, quiso comprar en la tienda del Portugues (3).

(2) Así como hoy no consiente el decoro de las costumbres que una mujer de estimación reciba joyas y vestidos de su galán, entónces era como corriente admitir tales regalos, no ya las damas petardistas, sino las que se preciaban de su clase. En *Los bizarríos de Belisa*, ésta recibe una joya de don Juan, por medio del lacayo Tello; y si bien usenpudicia, no es por regalo, sino porque juzga ser demasiado gasto para el galán. Dice así :

BELISA. ¡ Joyas á mí !
TELLO. ¿ Por qué no,
Si eres la reina de Troya ?
BELISA. Cuando está pobre don Juan
¡ Finezas tan amorosas !
¡ A mí fénix de diamantes !
TELLO. Con el verso y con la prosa,
Que le enviaste, está loco.
BELISA. Pena me ha dado esta joya,
¡ Que se empuñó !

(Act. II, esc. IX.)

En *Las Flores de Don Juan*, tambien de Lope, es más de notar aún, porque allí es una condesa, si bien con cierto designio, la que pide un vestido al galán, en la tienda misma. Lo pinta así el poeta :

DON JUAN. Estas damas me han mandado, (Al Mercader.)
Puesto que su engaño ha sido,
Que les dé unos pasamanos
Y unos cörtes de Milan.
.....
MERCADER. ¿ Qué ha de ser esto ? (A ella.)
CONDESA. Oiga, rey.
Esos cörtes de Milan,
Que el señor don Juan añadió
(Que á esto me persigade
Verle tan cortés galán)
Y de pasamanos rizos,
Carenta varas, etc.

(Act. III, esc. III.)

(3) Eran por entónces muy estimados en Madrid los dulces de Portugal y gozaban tambien de renombre los de Valencia y Génova, siendo, á lo que parece, muy conocida en tiempo de Calderon la confiteria de cierto portugues, como se desprende de un pasaje de la comedia *Mananas de Abril y Mayo*, en que el criado Arceo dice, aludiendo á los dulces comprados :

..... ¡ vivo diez !
Que que queda saignada toda
La tienda del portugues.

(Jorn. II, esc. XII.)

En la escena XV vuelve á mencionar los dulces de Portugal. En *El Escudado y la tapada*, del mismo, al lacayo Castañó entrega á Beatrix unos azules

Generoso, y enamorado sobre todo, no reparó el caballero en que su dama ibase haciendo tomajona á las primeras de cambio; ántes lo consideró merced; pero aconteció que de allí á pocas noches, y durante el galanteo de la reja, notó D. Tello que su dama se hallaba triste; y como él tratase de inquirir el motivo, supo, despues de mucho rogar, que este era el haber perdido doña Clara una cadena de filigrana del Perú, de su señora tía, que ésta estimaba en mucho por haberla traído de allí su hermano, padre de doña Clara, que habiendo desempeñado una vara en Lima, murió estando consultado para una plaza de oidor en la Audiencia Real de Méjico.

Consoló D. Tello la afición de la dama y ofrecióle que él haría de modo que no se echase de ménos, pues tenía otra semejanza á la que le pintó la dama y solían venir de Indias, quedando aquella consolada y consintiendo en tomarla no más que por ahorrar de pesadumbres á doña Claudia, que así se nombraba la tía de doña Clara.

Como todas las noches, fué el caballero á las once para evitarle el temor de que la sorprendiese su celoso hermano.

Pero sucedió que á la siguiente, cuando iba D. Tello pertrechado de su famosa cadena, que le habia costado una nueva embestida al mercader que en Madrid le suministraba dinero por orden de su padre, quien tambien tenía algo de aquel oficio, como buen sevillano (1), el jóven, gozoso

con el presente de la cadena, que él juzgaba lo fuese de la voluntad de su dama, se adelantó más de una hora á la de la cita.

Contemplaba la reja, ansiando que volase el tiempo para que aquel venturoso momento llegára, cuando, con sorpresa suya, vió que la puerta se abría, saliendo un hombre, que con el embozó cuidadosamente se recataba.

Pronto conoció que no era el hermano, á quien hubiese distinguido entre ciento, y, celoso con la novedad, enderezó hácia él, resuelto á reconocerle á viva fuerza, si preciso fuese.

No necesitaba de su impertinencia el otro para no dar su brazo á torcer, y deteniéndose cuando notó la intencion de D. Tello, le aguardó frente á frente.

Pronto se trabaron de palabras, y ántes de muchas ya los aceros habian salido á relucir, cuando á los primeros tajos y reveses, cayó el embozo del desconocido.

No le fué largo tiempo para D. Tello, que dejando caer tambien el suyo, exclamó con sorpresa:

— ¡Don Luis!

— ¡Don Tello! dijo su contrario de igual manera.

Y en efecto, habia motivo de admiracion, pues era éste D. Luis de Lara de quien al principio le dicho que era primo de D. Tello.

Entónces éste supo que su primo recibía no tantas, sino mayores distinciones de doña Clara, la que le habia referido su historia de muy diverso modo que á él, hallando tambien arbitrio para sacarle dineros, joyas y galas.

Lo que de todas ignoraba D. Luis era que doña Clara tuviese un hermano, pues jamas se lo habia nombrado, ni servidole de estorbo para entrar en la casa.

Sospecharon entónces que fuese nueva treta, y D. Tello, que se sentía más de la burla, como que era el ménos favorecido, resolvió averiguarlo esperando el momento en que el tal hermano volvía.

Convino en ello D. Luis, deseoso tambien de ponerse en lo cierto, cuando al cabo de dos horas le vió llegar D. Tello.

Cercano estaba el otro de la puerta, y entónces, corriendo hácia él, trató de atajarle el paso, y cuando pensó que le resistiría, vió, no sin sorpresa, que hurtando el cuerpo, dió á huir, procurando escapársele por piés.

que con varias golosinas y dices envía D. Juan á su prometida Lisarda, y dice aquél:

CASTAÑO. Estos son de Portugal
Dulces.
DKATRIZ. Di dulces dos veces,
Pues dos veces lo serán
Por dulces y portugueses.

(Jorn. II, esc. X.)

Los portugueses eran tenidos por muy alibarados.

En *El Anillo de Penisa* escribió tambien Lope este diálogo:

DIXARDA. ¿Quieres descansar y quieres,
Por mi vida, colacion?
PENISA. La que tomara de tí,
En la caja de esa boca
La estoy mirando.
DIXARDA. Era poca,
Para servirte de ml.
El azúcar de Canaria
Ni canta labran Valencia
Y Lisboa, etc.

(Act. III, esc. III.)

En la novela *El Distruido*, de Castillo Solórzano, se lee este pasaje: « En esto llegó el que se habia despedido de él, con una bandeja en que traía búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. » Moreto, en *El Caballero*, habla de una confitería que estaba en la calle del Caballero de Gracia.

(1) Los caballeros sevillanos parecen ser que estaban fildados de mercaderes, á cuya ocupacion acaso les convidaba el extraordinario comercio que en su ciudad se hacia, con motivo, sobre todo, de arribar allí los galeones de Indias, cosa que siempre era motivo de gran regocijo. El poeta Alarcón, que, ya por ser moicano, ya por haber residido en Sevilla, debia tener motivo de saberlo, insistió en varias comedias suyas en echar en cara á los caballeros sevillanos aquella nota, poco favorable en su tiempo. En *El Semejante á sí mismo* escribió:

SANCHO. Es segunda marorilla
Un caballero en Sevilla
Sin ramo de mercader.

(Act. I, esc. I.)

En *El Exámen de maridos* dice el mayordomo Beltran, informandó á doña Inés de la calidad de uno de sus pretendientes:

BELTRAN. Es andaluz, y su estado
Es muy rico y sin empeño,
Que trata y convoca.
DOÑA INÉS. Eso,
En un caballero, es falta.

(Act. II, esc. XIV.)

En fin, la preponderancia que en la comarcal Sevilla se daba al dinero sobre la sangre la zahiere con más punzantes epigramas en *La Industria y la suerte*, donde un caballero ya dueño, dice á otro para aleccionarle:

DON BELTRAN. te certifco
Que en la tierra donde estás
Es el linaje del rico
El que á todos deja atrás.
No se opone á la riqueza;
Si es pobre, aquí la nobleza;
Que, si he de decir verdad,
Dineros son calidad
Y la pobreza es vileza.
... ..
En la corte son fautores
Aquellos grandes señores,
Con razon, de la nobleza;
Que, como en ellos empieza,
Defienden sus autoros;
Mas como en este hemisfero
Es el uso más valido
Trabar y buscar dinero,
A todos es profetado
Aquel que lo halla primero.

(Act. I, esc. VII.)

Pero quiso la suerte que huyese hácia donde D. Luis estaba, quien le agarró por el ferreruelo.

Atribulóse el fugitivo, púsose á temblar como un azogado, y viendo á D. Tello con la espada todavía desnuda, echóse á sus piés pidiendo misericordia.

Prometiéronsele si decia verdad, y entónces cantó de plano, confesando ser mayordomo de un grande y amante de la recatada doña Clara de Rivera, que era una mozuela llamada Juana de Búrgos, la que, de concierto con una vieja, émula de Celestina, pescaba incautos, merced á su buen talle y á la modestia y porte principal que, gracias al manto, sabia tomar.

Rióse del chasco D. Luis, y no tanto D. Tello, que, como forastero, sentia más la burla de la sirena cortesana, por haber creído en ella, á pesar de las prevenciones que de Sevilla trajo contra las tretas y embustes de las cotorreras y sus rufos; pero conociendo que peor seria darse por entendido, resolvió hacer la deshecha, soltando al pícaro y prometiéndose mayor cautela en lo sucesivo, sobre todo con las tapadas, viendo en el manto añagaza y lazo perpétuo para los poco advertidos.

Resolvió, por tanto, vivir ojo avizor miéntas parase en la córte, convencido de que con eso

Verá quien la vista afila
En él tan diversas cosas,
Que las fcas son hermosas,
Y la gorda es una anguila.
Aquí tuerce y allí hila
La señora de la obra:
Aquí paga y allí cobra,
Vendiendo tanto por tanto:
Mucho puede un manto,
Pues encubre tanto (1).

Siglos duró el manto, buena prueba de lo mucho que agradó á las mujeres, tan dispuestas á remudar sus trajes y galas, pero al fin sucumbió, si bien despues de refñida contienda.

Mudadas las costumbres con las ideas en los tiempos que siguieron á los que le adoptaron, pudieron las mujeres verle desaparecer sin tanta lástima, bien que, si era acomodada salvaguardia de sus tretas, no ha de faltar en ningun tiempo á su ingenio manera de hacer su gusto del modo que se les antoje.

JULIO MONREAL.

(1) Tello de Figueroa, *loc. cit.* ántes citada.



LOS ESTUDIOS DEL PINTOR RIBERA, EN ROMA.
CUADRO DE BONNAT (FOTOGRAFÍA DE LOS SEÑORES GOUPIL Y COMPAÑIA, DE PARÍS).



EN LOS JARDINES DE LA ISLA.

À SU PROPIETARIO Y MI AMIGO
FLORENCIO VALDÈS.

SONETO.

Asiento de un volcan que todavìa
Conserva sus cenizas apagadas,
Llamó el genio español afortunadas
A las Islas Canarias algun dia.
¿Cómo á este Eden risueño llamarìa,
Entre cuyas frondosas eppanadas,
Hojas, aves y brisas y cascadas
Inundan el espacio de armonìa?
Isla de paz, de amor y de ventura,
Donde gozó mi espíritu embebido
Breves horas de encanto y de dulzura:
¡ Quién en tu soledad tuviera un nido,
Bajo del cual manàra fresca y pura
La suspirada fuente del olvido!

MANUEL DEL PALACIO.

Valle de Somó (Astúrias), 1881.



LA PREDICCION DEL TIEMPO.

I.



El afán de saber ha conducido á la humanidad al grado de perfeccion relativa que en los tiempos presentes gozamos. Satisfechas las necesidades materiales del hombre, allá en la aurora de la vida, su espíritu se eleva en alas de un sentimiento avasallador, sobre los groseros sentidos, groseramente desarrollados; el entendimiento se inicia con el acto rudimentario de la percepcion, y de grado en grado, y de asombro en asombro, las imágenes se fijan, las ideas brotan, la palabra nace de la necesidad de expresar la idea, el juicio se forma, la proposicion le sigue, la contradiccion le sucede, el raciocinio termina la revelacion de las facultades anímicas, y el sér humano, armado con estas invencibles armas, mira frente á frente la creacion, y se prepara á conquistar la verdad, balbuceando un eterno *¿por qué?* que le conduce al conocimiento y al juicio de cuanto ve y cuanto siente y cuanto piensa. De aquí, de este noble afán de conocer la verdad, de este perpétuo aguijon de rasgar el vela del misterio brotan todas las ciencias, y las artes se crean, y la confusion cesa, y la armonía se revela, y al reconocer que *todo está creado con peso, medida y número*, el entendimiento humano, pequeño ante tanta grandeza, busca la causa inicial de las sublimes combinaciones que ha descubierto el Dictador de leyes tan sábias como ha comprobado, el Autor de las armonías que ha sorprendido, el Arquitecto absoluto de los mundos que llenan el espacio, el Artista de los seres que los pueblan, y halla una causa anterior, un algo necesario, con realidad infinita, sin término en el espacio, sin fin en el tiempo, algo inmutable, cuya voluntad enciende esos inmensos globos de fuego que ruedan eternidades en la inmensidad de los espacios, cuya inteligencia escribe en el libro de la creacion sencillas leyes que obedecen los astros y las estrellas de espantosa grandeza, y los órganos invisibles de esos seres cuya abrumadora pequeñez escapa á las artes ópticas del microscopio.

Dios dicta las leyes de la creacion; la materia las obedece, el hombre las descubre, la ciencia las explica.

¡Ah! Pero la inteligencia humana es limitada, y no conoce aún, ni probablemente conocerá nunca, todas las leyes que rigen los movimientos de la Naturaleza. Cada día conoce una más; cada momento descubre otra verdad y enriquece la ciencia con nuevo caudal.... ¡Cuántas y cuán maravillosas verdades ha descubierto!

Y sin embargo, ¡cuántas le falta aún conocer!

Léjos, muy léjos de nuestro modesto planeta, ruedan y se revuelven astros sin cuento.... No importa. Con una constancia y una inteligencia sostenidas y animadas por

los destellos de la Divinidad, el hombre los cuenta, los designa con nombres convencionales, los estudia, los persigue en el silencio de la noche y en la mitad del día, averigua sus movimientos, mide su volúmen, pesa su materia, y no contento aún con esto, analiza su composicion, obliga al éter vibrante á denunciar su naturaleza química, y con un pedazo de cristal, hechizado con la magia de su inteligencia, arranca su costra al astro, á través de los espacios, y deja su huella impresa sobre el cuadro de los espectros químicos, en un gabinete de estudio. Y predice y augura con certeza indudable, y con anticipacion de años, de lustros y de siglos, los movimientos estelares, y pronostica con exactitud maravillosa todos los fenómenos siderales, y con el reducido compas de su saber, encierra las constelaciones y los mundos pobladores de los cielos en unas tablas llenas de números y en unos planos llenos de elipses. ¡Singular conquista y triunfo notable del saber humano! ¡Predecir los sucesos que han de ocurrir á millares de millones de leguas de nosotros, y predecirlos con una exactitud que maravilla, y asombra, y encanta! ¡Pronosticar las marchas y paseos de los astros que ruedan en ese, al parecer, confuso laberinto de arenitas de plata que llamamos firmamento!

Y si predice y pronostica acontecimientos que han de suceder en tan lejano teatro, ¿cómo no acierta y presagia otros para la humanidad más trascendentales, que ocurren dentro de nuestro pequeño planeta?

No pretendemos que averigüe el porvenir individual del hombre. Arte es éste de la adivinacion, desacreditado y en desuso hoy, como incompatible con los progresos de la razon.

Y tuvo, ciertamente, sus épocas de prosperidad y de esplendor, en tiempos en que el panteísmo y la idolatría informaban las teogonias de los pueblos; en tiempos en que los oráculos eran instituciones que disponian de la suerte de las sociedades, y las oleadas humanas que hormiguearon al pié de las pirámides se prosternaban sumisas ante la onnipotente casta sacerdotal; y Grecia la viril acudia atropellada á Dodona y á Delfos para escuchar la voluntad suprema de Júpiter, manifestada por el murmullo de una fuente, por los efluvios de un vapor profético, por el rumor endecioso de la brisa entre las encinas del sagrado bosque; y Atenas la sabia esperaba estremecida en el oasis de Libia el mandato del padre de los dioses, y lo leía en los movimientos de la barca sagrada que llevaban los pontíficos; y Roma la poderosa preguntaba á sus sibilas el pensamiento de sus deidades, y entregaba al martirio de los agoreros aves inocentes, en cuyas entrañas se buscaba el libro de lo porvenir, y se inclinaba ante el fallo de sus arúspices; y el feudalismo y la ignorancia de la Edad Media consultaban los falsos astrólogos, y los mágicos, y encantadores, que á

fuerza de profesar rastreadamente aquellas misteriosas iniciaciones y aquellas ciencias ocultas de los magos de la Persia y de la Media, las bajaron desde las estrellas del cielo hasta los fangos de la tierra, las degeneraron y las prostituyeron convirtiéndolas en la cartomancia y la quiromancia, oficios bajos de la superstición, relega los á la raza de gitanos que cuentan la buena ventura.

No es posible presagiar ni adivinar el destino del hombre, dado que éste, con su responsabilidad, goza del libre albedrío.

Tampoco puede deducirse de la historia el porvenir de los pueblos, en virtud de eso que ha dado en llamarse falsamente *leyes de la historia*. ¡Donosas leyes, sacadas de premisas dudosas, controvertidas ó falsas! Leyes tan rigurosas, que cada cual las deduce á su manera, y cada autor las acomoda á su particular criterio. En buen hora que la crítica racional juzgue de los sucesos pasados, y áun aplique su enseñanza á los presentes, que ésas son las valiosas lecciones de la experiencia; pero pretender que sirvan para adivinar el porvenir de pueblos y de sociedades, es sacar de su quicio y exagerar las útiles reglas de criterio que del estudio del pasado pueda formarse.

Peró si todo cuanto se refiere á la voluntad humana, individual ó colectiva es de suyo variable y tornadizo, y, por lo tanto, imposible de predecir y de profetizar lo que se refiere solamente á la materia inerte, ¿no podrá predecirse?

Aun aquí hay tambien que distinguir.

Cuanto atañe á la constitucion íntima de la materia, á su composición y á sus transformaciones, está lleno de arcanos y de misterios. ¡Cuántas escuelas filosóficas han tratado de explicarlos con hipótesis ingeniosas, raras, extravagantes ó maravillosas! Las transformaciones de Brahma; las metamorfosis de Júpiter; dogma de la transubstanciación; el espíritu universal encarnado en el átomo; la sustancia única y la sustancia múltiple; la doctrina de los elementos; el agua, el aire ó el fuego como principio de todas las cosas; la teoría de los números gobernando el mundo; los sistemas cosmológicos de los espíritus; la division de los cuerpos en simples y compuestos, todo esto y mucho más ha ideado el ingenio humano para explicarse los fenómenos que á su vista ocurren cada momento.

Mas tampoco de esto tratamos. Dejemos tranquila á la materia realizar sus evoluciones íntimas, obedeciendo las leyes desconocidas que presiden sus agrupaciones atómicas y sus combinaciones moleculares; simplifiquemos más la cuestion y limitemos por hoy el campo de nuestras modestas disquisiciones á esa variedad de fenómenos atmosféricos que la costumbre abarca en su conjunto con el nombre de *tiempo*. Fenómenos todos caloríficos, acuosos, luminosos y eléctricos; es decir, *materia en movimiento*, ni más ni menos que si fueran nubes inmensas de astros pequeñísimos girando en el reducido firmamento de la atmósfera terrestre, y áun en sus capas más inferiores.

Y aquí sale al paso la razon natural con su respuesta. Si desde este pequeño planeta podemos predecir los movimientos de astros tan lejanos, ¿no hemos de averiguar las leyes matemáticas que rigen el movimiento de las moléculas de nuestra atmósfera? Que las leyes existen es indudable; que así como unas sencillas ecuaciones encierran el

pasado, el presente y el porvenir del movimiento de los cuerpos, otras ecuaciones pueden encerrar las profecías del tiempo, es indiscutible; luego es posible pronosticar el tiempo, es posible afirmar con exactitud matemática el día, la hora, el minuto, el segundo en que comenzará la lluvia, en que el trueno resonará en los espacios, en que el rayo alumbrará la Tierra, en que el huracan levantará montañas de olas en el seno de los mares.... Todo eso es posible, y todo eso se puede deducir de un sistema de ecuaciones que formulen las leyes atmosféricas con el algoritmo del cálculo, como de un sistema de ecuaciones se deduce el movimiento de los astros y se predice un eclipse, y se deducen los movimientos de las máquinas y se calcula su trabajo, y se deducen los movimientos mecánicos de los cuerpos, y se profetizan y se aseguran, sin error alguno, sus resultados.

¡Ah! se dirá, esto es muy difícil. ¿Quién es capaz de seguir en su loca y caprichosa carrera la ráfaga de viento que gira en remolinos, la nube que se desvanece, la chispa que desgaja el árbol, la ola que se deshace sobre la playa, en blanca espuma?

¡Bah! contestaríamos, no seáis incrédulos. Más difícil es medir la distancia que separa los astros, allá en el seno inacabable de los espacios, sin acercarse á ellos; más difícil es analizar la materia de que se componen, sin traer un pedazo de su corteza á nuestro laboratorio; más difícil es medir la velocidad del rayo luminoso, que parte del sol y hierre la retina; más difícil es medir las vibraciones del aire herido por la cuerda del arpa; más difícil es medir las palpitations del éter agitado por los colores del arco iris; más difícil es convertir la luz en vehículo del sonido; más difícil, en fin, es rodear la Tierra de nervios para hacerle sentir la misma sensacion en el mismo instante, y sin embargo, todo eso se ha medido, y todo eso se ha realizado, y ante pruebas tan majestuosas y tan prácticas del saber del hombre no teneis derecho á dudar. ¡Que la fe ilumine nuestros espíritus; que el aliento de Dios dé calor á nuestras almas!

LA PREDICCIÓN DEL TIEMPO SERÁ UN HECHO.

Si, ¿pero cuándo?

¿Cuándo?

Escuchadme aún. Creo haber *demostrado* la posibilidad racional de que lo sea; me propongo ahora *probar* brevemente que estamos en camino, quizás muy cerca, de conseguirlo.

II.

La *predicción del tiempo* es el anuncio anticipado de los cambios atmosféricos; es el pronóstico, la adivinacion de los fenómenos meteorológicos que han de ocurrir próximamente.

Tiempo no es, en esta acepcion general, la duracion medida; es el conjunto de fenómenos atmosféricos que componen lo que llamamos mal tiempo ó buen tiempo, tiempo de fortuna y nieves, tiempo cerrado y tiempo erudo, tiempo abierto y tiempo sereno, tiempo despejado y tiempo frío, tiempo lluvioso y tiempo húmedo, y tantas otras locuciones

como consagran y definen el significado vulgar del vocablo tiempo.

¿Cuántos y cuáles son esos fenómenos que lo componen? — Dicen los físicos que los hay aéreos, acuosos, luminosos, eléctricos y magnéticos. Esto es clasificarlos por sus efectos, aún más que por sus causas. Bien averiguados éstos, resulta una hermosa unidad en las fuerzas físicas que los producen. Establecido el principio general que convierte en una mecánica molecular la física moderna, desaparecen las antiguas hipótesis de los flúidos, y el rigor matemático, con su lujo de algoritmos, se sustituye á las inciertas vacilaciones de teorías nacidas en el gabinete del sabio, al calor de fenómenos parciales confusamente explicados.

Con gran pena renunciamos por hoy á la explicación de todos esos meteoros; pero con ello ganan los benévolos lectores de este Almanaque, y por otra parte, se limita nuestro propósito aquí á dar idea de la posibilidad de predecir el tiempo, y de los poderosos medios que hoy se emplean para ello.

Demás, pues, por conocidos antiguos y casi amigos, el viento y las trambas, las nubes y la lluvia, la nieve y el granizo, el calor y el frío, el rayo y el trueno, el huracán y la tempestad; dejemos para otra ocasión el entreténido curioso de sus causas, sus leyes y sus efectos, y recordemos tan sólo que la ciencia reduce á números todos esos efectos y todos esos fenómenos. Mide el viento con atmómetros, y fija su dirección, y estampa y fotografía su fuerza y su camino en las curvas referidas á los ejes hora y fuerza; sigue y persigue las nubes, las clasifica, y mide la lluvia con los pluviómetros, y consigna el hecho en las curvas referidas á los ejes hora y cantidad; mide la humedad relativa y absoluta de la atmósfera, con higrómetros ingeniosísimos, cuyas tablas dan la cantidad de vapor relativa para diversas temperaturas, y escribe las variaciones en curvas cuyos ejes son hora y humedad; aquel *vacío* en que los antiguos suponían se revolvía el planeta, vacío al cual *la naturaleza tenía horror*, y que desde los tiempos de Galileo, Torricelli y Pascal se substituyó, en la ciencia, por el peso del aire, es hoy el dato más importante de la predicción. Los resume y casi los sintetiza todos. La presión atmosférica es indicio, no sólo de lo que ocurre en el lugar donde está el barómetro que la mide, sino de lo que pasa lejos de él. Y estas indicaciones se toman continuamente, y convenientemente reducidas se registran en curvas cuyos ejes son la hora y la presión. Y el grado de calor se mide con los termómetros, ajustados á iguales puntos fijos de dilatación, y cuyas variaciones se reducen á curvas cuyos ejes son la hora y el grado. La electricidad de la atmósfera se mide también con los electrómetros, si bien sus indicaciones están hoy más limitadas á los estudios especulativos que á los de aplicación.

Todo fenómeno atmosférico, pues, se mide, y cada día los cuadros de curvas forman la historia gráfica de los sucesos meteorológicos. El término medio de las variaciones diarias sirve para formar las curvas mensuales ó anuales.

Ahora bien; supongamos en toda la tierra, en todos sus paralelos, y uniformemente distribuidos, un gran número de observatorios meteorológicos, con instrumentos iguales, perfectamente comprobados, con instrucciones idénticas para leer y traducir sus indicaciones cada hora ó cada dos, y resultará que ninguna alteración atmosférica se produci-

ría sin que al momento quede registrada en los puntos donde nazca, en los puntos donde se desarrolle y en los puntos donde acabe. Y su intensidad, su dirección, sus efectos, se grabarán instantáneamente sobre el papel. Y si esos innumerables observatorios tuvieran telégrafo á su disposición, y cifras convenidas para los diversos casos, y una gran oficina central donde se recibieran, clasificaran y resumieran esos datos á hora fija del día, sabriase todo lo que sucede en la atmósfera del globo en cada instante del día y en cada momento de la noche; y deduciendo del estudio de millones y millones de casos la ley de generación de la tempestad y de la lluvia, tendríamos la predicción segura, fija, indudable del tiempo, encerrada en una serie de ecuaciones representada por varias curvas, cuya interpretación daría esa X tan vagabunda y tan deseada, que escapa ya difícilmente al estrecho asedio y á la entusiasta persecución que está sufriendo.

Ni este brillantísimo resultado sería nuevo, ni sería más extraordinario que otros que vemos y sentimos acaso sin darnos cuenta de ello. Es el procedimiento racional que ha servido siempre para descubrir las leyes más trascendentales de los movimientos de la Naturaleza, que ni esos descubrimientos pueden ser hijos del veleidoso azar, ni son sus autores aventureros afortunados que han dado con ellos como se da en la transitada calle con la moneda extraviada. No; el descubrimiento de las leyes que han immortalizado los nombres de Newton, de Kepler, de Galileo, de Fermat, de Euler, de Laplace, de D'Alembert, de D'Ampère, de Ohm, de Hughes, de Bell, de otros ciento, no es debido á la ciega casualidad, es hijo del estudio, de la meditación, del genio que abarca, con mirada de águila, los dispersos datos, que juzga con superior juicio los hechos aislados, que reune y junta los fragmentos descubiertos de la verdad, y con un rasgo de inspiración sublime, sintetiza los datos en un resultado; funde los hechos en la causa de donde se derivan; reconstruye la imagen de la verdad augusta con los esparcidos fragmentos que encontró de ella, y *presintiendo* de este modo racional la ley impuesta por el Creador á la materia, formula sus bases, redacta sus capítulos, y suprime para siempre la confusión de los casos particulares, sin lazo y sin conexión, substituyéndola por la sencilla y hermosa armonía de fáciles reglas que gobierna el mundo.

Por desgracia no es fácil realizar el ideal que hemos pintado. Erizar la tierra de observatorios que persigan los movimientos atmosféricos, como la policía bien organizada persigue á los criminales, es un bello ensueño. Porque la tierra, casi no es tierra, es mar. Tierra firme, los territorios elevados sobre las inmensas sabanas de agua y repartidos en todo el globo, apenas suman la tercera parte de la extensión de los mares. Y de estos continentes hay todavía que restar, para nuestro objeto, la gran superficie de países desconocidos, la de países inhabitados, la de países salvajes, la de países escasamente civilizados..... y de segregación en segregación vendrémos á reducirnos á unos pocos rincones, con unos cuantos observatorios. La superficie de nuestro elipsoide terrestre es de 509.950.715 kilómetros cuadrados. Contemos con que de los 9.778.000 kilómetros cuadrados que ocupa Europa podemos llenar con observatorios 5.000.000 de kilómetros cuadrados, y no es poco contar; supongamos que de los 38.000.000 de kilómetros cua-



D. DOMINGO SANTAMARÍA,
actual Presidente de la República de Chile.

drados que mide América, se ponce observatorios en 10 millones de kilómetros cuadrados y no es poco suponer (1); resultará lo siguiente:

Superficie de la tierra.	509,950,715 kil. cuad.
Área cubierta de observatorios.	15,000,000 »
Superficie sin observatorios.	494,950,715 kil. cuad.

¡Qué triste desencanto!

¡Nuestra red de observatorios sólo puede abarcar, por ahora, tres centésimas partes de la superficie terrestre!

Y basta. Se tardará más en descubrir las leyes, se necesitará más observación, mayor constancia, más ingenio; pero al fin se llegará al término de la jornada. La ley del progreso es la ley de la humanidad. «Dadme un diente y os daré el animal», dice la zoología moderna, fiada en los progresos de la fisiología. «Dadme esos tres céntimos de observatorios y os daré las leyes del tiempo», dirá la Meteorología matemática. Méns observaciones y más imperfectas conocía Kepler cuando dió las leyes de la gravitación universal.

Pero, aun encerrada la investigación del problema en estos estrechos límites, ¿hay medios, posibilidades y facilidades de realizarla?

Los hay, están planteados, se ejecutan y se realizan hoy, progresan, están en el período de desarrollo, y camina la predicción del tiempo con tal velocidad, tan de prisa, que ya hay deducidos principios generales probables, á los cuales se ajusta el criterio científico de la actualidad.

Aquel triste desencanto que sufrimos al contemplar imposible nuestro ideal de cubrir la tierra de observatorios, tiene su lenitivo, y lenitivo que casi borra el sentimiento en la realidad de hoy.

¿Cuál es ésta?

La predicción del tiempo inmediato con noventa probabilidades de acierto por cada cien pronósticos.

III.

Los Estados-Unidos son una nación de maravillas materiales. ¡En cuántas cosas avorgerüenzan á la vieja, estirada y orgullosa Europa! Su agricultura es superior á la nuestra, y de sus productos hemos de servirnos. Sin su algodón pararíamos las fábricas, sin su tabaco fumaríamos poco, sin su trigo pasaríamos hambre. Su marina es, en calidad, mejor que la europea, y los adelantos de ésta se deben á aquélla; su maquinaria nos aterra; el crecimiento de sus ciudades, inmensas y populares apenas nacidas, nos asusta; la invasión de sus manufacturas, más esmeradas y más baratas, nos espanta.... ¡hasta nos envía las carnes y los pescados frescos á través del Océano!

Pues esta nación positiva, jóven, viril, poderosa, es la maestra del servicio meteorológico, es la primera que se ha atrevido á predecir racionalmente el tiempo.

Excusado parece añadir que, tratándose de adelanto tan grave y ruidoso, reclama Francia para sí la gloria del pensamiento, desempolvando notas de Lavoisier, de las cuales

nadie habia hecho caso. El malogrado químico, víctima de aquel vértigo revolucionario, que *no necesitaba sabios para vivir*, expuso una opinión que la modestia científica de la Francia pretende explotar en su provecho.

Lo práctico, lo real, lo utilísimo, es lo que hoy existe en los Estados-Unidos.

Dependiente del Ministerio de la Guerra y perfectamente organizada hoy una institución de «Servicio meteorológico», que se bautizó con el nombre de «*The signal office*». Es increíble lo que en pocos años ha adelantado y los resultados que ha obtenido. Consignados están en los curiosísimos é instructivos anuarios que publica la Dirección general del ramo («*Annual Report of the chief signal-officer to the secretary of War*»), y de los cuales vamos á entresacar, muy sumariamente, algunos datos para dar leve idea de la organización del servicio.

Siguiendo la dirección de los cuatro puntos cardinales, como ejes, y con sujeción á un plan preconcebido, se ha creado una densa red de estaciones meteorológicas en todo el territorio de la República. Eran estas estaciones oficiales 55 en 1871; se habían aumentado hasta 97 en 1875; llegaban á 109 en 1877, y hoy pasan de 120. Y es tal la importancia que el práctico pueblo anglo-americano concede á los trabajos de estas estaciones, que hay peticiones presentadas para establecer 240 más; las Sociedades de Agricultura, en número de 131, auxilian con sus observaciones el servicio, y reciben los boletines de la Dirección, como si fueran estaciones; 47 cámaras de comercio comunican directamente con la oficina central; 123 puestos ó centros militares envían también sus observaciones; cientos de buques comunican las registradas en sus travesías, y—éste es el dato más enviliable—403 particulares, cuya afición á la meteorología ha convertido sus casas en estaciones parciales, envían religiosamente el fruto de sus observaciones, con sujeción estricta á las instrucciones de la Dirección general, cuyas órdenes reciben y obedecen. Véase aquí la acción del Estado, no ya auxiliada, sino sobrepajada por la iniciativa particular, palanca y secreto de las grandes obras que en aquella original nación se realizan diariamente. Verdad es que la Administración proporciona instrumentos, compra los que le presentan, regula instrucciones para su uso y facilita medios de observación.

La red de las estaciones oficiales, que del presupuesto general se pagan, tiene veinte centros ó estaciones más importantes, que podríamos llamar regionales, y una central, cabeza del servicio, establecida en Washington (*the chief signal-officer*), reúne todas las observaciones de todo el país.

Cada estación posee su barómetro, termómetro, higrómetro, pluviómetro, atmómetro, y sobre todo, un telégrafo y su clave. Todos los instrumentos están comprobados en la Dirección general, y delicadamente comparados con los patrones ó tipos del Observatorio central. Los relojes señalan el tiempo medio de Washington.

Tres veces al día, á las siete y treinta y cinco minutos de la mañana, á las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde, y á las once y treinta y cinco minutos de la noche, hacen sus observaciones los sargentos encargados de las estaciones, é inmediatamente las telegrafían en cifra á la oficina central. Por un sistema de ingeniosas combinaciones telegráficas, todos, ó algunos de éstos partes se comunican

(1) Los Estados Unidos, con sus territorios agregados, tienen una extensión de 3,000,000 kilómetros cuadrados.

á la vez, á los veinte centros ó estaciones regionales de que hemos hablado. En cada una de éstas se publican boletines diarios con los resúmenes y pronósticos.

Recibidos en la oficina central los partes de toda la nacion, se recopilan, se imprimen y se publican en forma de boletines tres veces al dia. A las nueve de la mañana sale el primer boletin con el resumen del tiempo que hacia á las siete y treinta y cinco minutos en los treinta y siete Estados de la república modelo; á las seis de la tarde infaliblemente, circula ya el segundo boletin que anuncia el estado de la atmosfera á las cuatro y treinta y cinco minutos; y á la una de la madrugada se publica el tercer boletin, con el resumen de las observaciones hechas á las once y treinta y cinco minutos de la noche. ¡Qué rapidez y qué seguridad! Cada uno de los tres boletines diarios, publicados por la oficina central, ó por las estaciones regionales, contiene las siguientes indicaciones: alturas barométricas, ó sea presiones atmosféricas; sus diferencias con las del último boletin; temperatura y sus variaciones en las últimas veinte y cuatro horas; humedad relativa, direccion, velocidad, presion y fuerza de los vientos; reseña de las nubes ó estado del cielo; lluvia caída desde el último boletin, y estado del tiempo.

Todos estos boletines, publicados por las estaciones central ó regionales, se fijan en los parajes públicos, se distribuyen á los establecimientos y sociedades, se envian gratuitamente á todos los periódicos que se publican en las localidades donde hay estaciones, oficial ó particular, y los observadores y jefes de estacion tienen las más severas órdenes para dar á todo el mundo las noticias ó ejemplares de los boletines, y procurar que lleguen rápidamente á su destino los enviados. Servicio público que al público interesa conocer en el acto, al público se entrega con profusion, y no se lo guarda esterilmente, como en otros paises, el elemento oficial.

Lo dicho es ya bastante; lo que sigue es mucho más.

Con las observaciones recibidas en la oficina central, y resumidas en el acto, se forma una síntesis ó *sinopsis* del tiempo que hace en la nacion, y se deducen las *probabilidades* del tiempo en las veinticuatro horas siguientes; es decir, que se predice el tiempo con un dia de anticipacion. Este estudio utilísimo aparece tambien tres veces al dia, una hora más tarde que el boletin, se telegrafía á todas las estaciones, sociedades, puertos, cámaras de comercio, periódicos, etc., y para que estos pronósticos se extiendan y penetren hasta los más escondidos rincones de la República, se conceden autorizaciones para reimprimirlos y circularlos con sujecion al modelo.

Ademas de los tres boletines y los tres *sinopsis* diarios, se publican, por la Oficina central, *mapas del tiempo*, tres veces al dia. Hé aqui cómo se hacen estos importantísimos estados gráficos: Sobre un gran mapa de los Estados-Unidos, que contiene la situacion y nombre de todas las estaciones oficiales, se señalan los fenómenos y se marcan los números que el telégrafo acaba de llevar, y los boletines resumen. Inmediatamente se reúnen y enlazan por curvas los puntos de igual presion barométrica y de igual temperatura, como si se trazaran las curvas de nivel de un plano reuniendo los puntos de igual cota, y se tienen las líneas llamadas *isobarométrica* ó *isobárica*, ó *isotermométrica* ó

isotérmica. Por este hecho quedan determinadas las regiones ó zonas de presion más alta (*High*), y los de presion más baja (*Low*). Para no confundir ambas series de curvas, aunque llevan los números correspondientes á presiones ó temperaturas en cada estacion, son las barométricas de color rojo, y las termométricas de color morado.

La direccion del viento se indica por una flecha, que *vuela con él*; el estado del cielo se marca por medio de unos círculos colocados en el centro de las flechas. El círculo blanco y limpio indica tiempo sereno; el diámetro vertical marcado, es calma; el círculo negro, lluvia; una faja anular, nubes; varias cuerdas verticales, nieves. Si hay tormenta, se señala en el mapa su camino, su eje y su zona de accion. La lluvia se indica rayando la zona donde ha caido con líneas más ó menos espesas, segun la cantidad. Si ocurre alguna perturbacion se marca con signos especiales. Y todo esto se hace con la rapidez del pensamiento, y enseguida, sobre mapas de antemano preparados y perfectamente litografiados, se imprimen todas esas curvas y esos signos; se imprime ademas á un lado el boletin con las indicaciones de cada estacion para que pueda comprobarse, y al otro lado se ponen la *sinopsis* del tiempo y las probabilidades, indicaciones ó pronósticos para las siguientes veinticuatro horas. Estos pronósticos se deducen del estudio detenido de los datos resumidos en el mapa, de la aplicacion de los *principios generales* y *teoremas* que se han llegado á demostrar del conocimiento perfecto de la region en que se opera, y del sentimiento intuitivo que da á los oficiales encargados de este servicio el estudio incesante, detenido, continuo de las perturbaciones atmosféricas de aquel trozo del planeta. Y que se deducen bien, que los principios de que se derivan son ciertos, lo prueba el hecho notable y lisonjero de que por cada cien pronósticos resultan ciertos y confirmados por la experiencia noventa; ¡Qué adelanto tan sorprendente!

Otro mapa *diario* resume y condensa las variaciones atmosféricas de cada veinticuatro horas, y lleva *indicaciones* del tiempo que hará en la semana siguiente. Véase ya el principio de la prediccion racional con una semana de anticipacion. A este mapa acompaña un boletin semanal con un resumen de las *sinopsis* diarias, y la prediccion ó indicaciones futuras.

Mensualmente se publica una *Revista* que contiene un estudio serio de todos los fenómenos ocurridos en el mes; y tres mapas perfectamente grabados lo completan. El número 1 manifiesta el resumen de las alteraciones de presion atmosférica, marca las áreas de presion mínima, sus ejes y su marcha, con indicaciones numéricas de los dias y lecturas del barómetro; el núm. 2 abraza tres resúmenes, á saber: las líneas isobarométricas de color rojo; las isotérmicas de color negro, y los vientos dominantes, todo con sus correspondientes números y estados de observaciones de cada estacion; el núm. 3 se refiere á la lluvia que ha caido en el mes, dividida en zonas y limitada por curvas, segun la cantidad. Hasta dos pulgadas de agua, la zona es blanca; de dos á cuatro pulgadas, se raya horizontalmente con líneas finas; de cuatro á siete pulgadas, lleva cruzado diagonal; de siete á diez pulgadas, horizontal espeso; de más de diez pulgadas, rayado rectangular muy oscuro. Dos estados, uno con las alturas de las aguas en los rios, otro con las

comparaciones de la lluvia con igual mes de años anteriores, completan el mapa.

Un anuario con preciosas indicaciones y datos de gran interés, resúmenes y notas de todo cuanto ha ocurrido en el ramo, es digno fin de estos improbables y admirables trabajos.

Imagine el lector pacientísimo, ya que no tenemos tiempo de explicar, lo que significa esta lluvia perpétua, esta inundación creciente de boletines y de mapas, reproducidos aquéllos en el millón y medio de ejemplares de periódicos que se imprimen cada día, y comprenderá que un pueblo que lee los áridos números apilados en los papelitos y los interpreta; que se familiariza con la vista de los mapas y la lectura de las curvas, y reconstruye en su imaginación las corrientes aéreas y las acuosas, las tormentas y los ciclones, con sólo ver sus signos estampados en un papel; pueblo donde el marino consulta el boletín en el puerto antes de salir; donde el comerciante mira el boletín antes de cerrar un trato; donde el viajero busca el boletín antes de tomar su billete; donde el agricultor pide el boletín antes de arriesgarse al trabajo; donde el boletín meteorológico es necesario para todas las operaciones generales y privadas, es un pueblo que honra al siglo XIX, es un pueblo digno de escribir sus destinos con letras de oro en la historia inmortal de la civilización moderna.

¡Qué Estado y qué pueblo!

IV.

Es preciso terminar este artículo para no castigar más el insistente y, para mí lisonjero, ruego de mi cariñoso amigo D. Abelardo J. de Carlos, cuya actividad tiene mucho de yankee, por lo inteligente. Añadiré aún algunos datos para acentuar el imperfecto boceto que, á vuelo pluma, vamos pintando.

El personal de las estaciones, base de este esmerado servicio, tiene una organización militar. Y eso que es la nación civil por excelencia. Soldados voluntarios, cabos, sargentos y oficiales, componen el personal. Edúcale éste y adquiere práctica é instrucción esmerada y concienzuda en la Escuela de *Fort Whipple*. Se ingresa previo un sencillo exámen. Cabos y sargentos salen perfectamente enseñados y acostumbrados á hacer, ni más ni menos, que lo apuntado en las instrucciones. Las estaciones son objeto predilecto de los cuidados de la Dirección. Cada seis meses son rigurosamente inspeccionadas, por lo menos una vez. ¡Y algunas están situadas en medio del desierto, entre la soledad, el frío y la privación! Pero la Dirección proporciona al sufrido personal carbon y provisiones con verdadera paternal solicitud.

Y con todo este complicado y perenne servicio, el último presupuesto general de los que tengo á la vista, no asigna á la Dirección sino cantidad muy pequeña; que sorprende, atendidos los resultados. He lo aquí:

MATERIAL.

Gastos de reclutamiento y transporte de los soldados voluntarios	1,500 \$
Gastos de la Dirección para equipos, reparaciones, etc.	15,500 »
TOTAL	17,000 duros.

PERSONAL.

1 Coronel	3,500 \$
150 Sargentos	30,000 »
30 Cabos	5,400 »
270 Soldados, ordenanzas, etc.	42,120 »
TOTAL	81,020 duros.

que con los del material suman 98.620 duros. El movimiento de la Oficina central es prodigioso. El número de telegramas y partes recibidos pasa de un millón; el de los expedidos se acerca á 100.000.

Las observaciones marítimas costaneras se organizan separadamente. Todos los semáforos, estaciones de salvamento marítimo (que son muchas y muy buenas), oficinas de puerto, dependencias navales, del Estado y de particulares, ó de sociedades, comunican con la Oficina Central y reciben sus boletines y mapas especiales. En los pronósticos ó predicciones marítimas el acierto es más difícil, porque con sólo las observaciones del perímetro de la costa hay que adivinar lo que ocurrirá en el interior de los mares. Sin embargo, de cada cien predicciones ó indicaciones se aciertan ya de **78 á 80**, y cada día se perfecciona más este pronóstico racional.—¿Quién anuncia á la vieja Europa, con ocho días de anticipación, las tempestades, las tormentas, los ciclones que la han de azotar? La Oficina Central de Washington.—Y ¡cuántos siniestros precave! ¡Cuántos naufragios evita! ¡Cuántas ruinas y cuántas desgracias ahorra al mundo! ¡Bendita sea la ciencia del hombre que en el bien se emplea!

Un boletín diario—¡otro aún!—internacional, sale de la Oficina Central del *Signal Office*. Contiene las observaciones hechas momentos antes en todas las estaciones del mundo que están en relación con el Observatorio de Washington. Envían sus observaciones: Argelia, de 12 estaciones meteorológicas; Austria, de 15; Bélgica, de 3; Inglaterra, de 82; Dinamarca, de 6; Francia, de 34; Alemania, de 23; Italia, de 22; Holanda, de 5; Noruega, de 4; Portugal, de 2; Rusia, de 28; España de 2 (Madrid y San Fernando); Suecia, de 6; Suiza, de 3; Turquía, de 7; Grecia, de 1, y el Canadá, de 16. Estos números demuestran, en cierto modo, la importancia que cada país da á este linaje de observaciones.

Inglaterra estableció en 1869 su *Meteorological Office*. Se divide en tres secciones: *Ocean Meteorology*, departamento el más antiguo, fundado por la Cámara de Comercio en 1854, y que se ocupa especialmente de las revoluciones atmosféricas de los mares; *Telegrafía meteorológica y Meteorología terrestre de las Islas Británicas*. Gasta sobre 14.000 libras esterlinas en este servicio; publica diariamente los boletines y mapas y resúmenes semanales. Los diarios y revistas insertan grabados con un resumen de las observaciones, expresado por medio de curvas, por cierto muy imperfectos y muy confusos. Las sinópsis y probabilidades son de algún interés.

Francia concentra su servicio en el Observatorio Astronómico de París. Esta mezcla la crea pernicioso para el buen servicio. Si éste ha de dar buenos resultados, se necesita no subordinarlo á ningún otro de antiguo abolengo. Publica un boletín de *Meteorología internacional*, pues recibe dos veces al día telegramas con las observaciones de 30

estaciones francesas, 1 de Argelia, 1 de Bélgica, 1 de Suiza, 6 de Inglaterra, 3 de los Países-Bajos, 2 de Dinamarca, 8 de Suecia y Noruega, 8 de Rusia, 8 de Alemania, 12 de España, 5 de Italia, 5 de Austria y 9 de Turquía.

Las estaciones de segundo orden están confiadas á los Directores de las escuelas normales, y el servicio lo hacen voluntarios. Hay además estaciones *pluviométricas*, repartidas en las cuencas de los ríos, para estudiar su hidrología, y estaciones *meteorológico-agrícolas* con un barómetro aneroida y un termómetro, muy elementales pero bastante útiles, que llegan ya al número de 1.500. El observador en ellos es el público; tienen la ventaja de recibir los boletines y anunciarlos. El servicio, en general, atrasado, y sin la gran síntesis de la predicción racional. Las reseñas publicadas por los periódicos son sinópsis diarias internacionales.

Italia aventaja en este servicio á muchas naciones europeas. Confía el servicio meteorológico al Ministerio de Marina; atiende á la vez al servicio *semafórico*, cuyas estaciones son también meteorológicas, y transmiten á los buques los boletines y noticias de la Dirección ó *Ufficio Centrale*, establecido en Florencia. Publica diariamente boletines que comunica á sus 92 estaciones marítimas y terrestres y á los periódicos, y los completa con grandes mapas que resumen las observaciones en las curvas de presiones, temperaturas, ejes de tormentas, etc. Sin llegar á la perfección de los Estados-Unidos, es Italia de los países que más adelantan y mejor realizan en Europa la predicción del tiempo.

Alemania encarga también su servicio meteorológico al Ministerio de Marina. La Dirección radica en el Observatorio Marítimo alemán (*Deutsche Seewarte*) de Hamburgo. 168 estaciones alemanas y 60 extranjeras le comunican una dos veces al día (ocho de la mañana y dos de la tarde) sus observaciones. Todos los días, por la mañana, se publica un boletín con los resultados del día anterior y los presagios del futuro. Sus conclusiones se transmiten á todas las estaciones y puertos, por telégrafo; con los resúmenes de las observaciones diarias se publican dos mapas, uno del Imperio y otro mapa-mundi, con las curvas isobáricas ó isotérmicas, las direcciones y fuerza de los vientos, las indicaciones del estado del cielo, lluvia recogida, tormentas, etc. Mensualmente se hacen excelentes resúmenes, muy curiosos por la novedad de los mapa-mundis. Los fenómenos extraordinarios, probabilidad de tempestades ó mal tiempo, se telegrafían á las estaciones, semáforos y hasta 51 puertos ó pueblos de las costas. Los periódicos publican las sinópsis y probabilidades diarias. Alemania es la nación de Europa más adelantada en este ramo. El acierto de sus predicciones es ya de 77 por 100, y ahora mejorará notablemente la organización del servicio.

Austria también lo ha desarrollado con pasión. Cuenta 289 estaciones, con más 108 de Hungría, y las observaciones se hacen tres veces al día, pero no en todas á la misma hora, y esto produce confusión, porque las observaciones deben ser simultáneas. Boletines, mapas, sinópsis y probabilidades, todo ello se publica diariamente, y el estudio ge-

neral y local se perfecciona, como lo da á entender el coeficiente de acierto.

Rusia tiene 159 estaciones meteorológicas y 260 más pertenecientes á la Sociedad Geográfica. Hace tres observaciones diarias, y publica sinópsis y probabilidades diarias.

En España, el servicio meteorológico corre á cargo del Observatorio Astronómico. Universidades é Institutos le envían sus observaciones, que *anualmente* ven la luz en libros muy interesantes, que algun curioso hojea á falta de mejor ocupacion.

Algunos establecimientos, entusiastas y celosos, publican un boletín *mensual* de sus observaciones, y la *Gaceta de Madrid* inserta invariablemente un cuadro con los telégramas internacionales y patrios recibidos el día anterior. Algo más se podía hacer con esos elementos; pero nuestro atraso en este gravísimo punto no es imputable ni á los sabios Director y astrónomos del Observatorio, reputados con justicia por sus trabajos, ni al ilustrado Observatorio de San Fernando. Ambos institutos tienen otra misión muy elevada y diversa, y apenas si cuentan con elementos y tiempo suficientes para desempeñarla tan celosamente como lo hacen.

Pero España necesita algo más; España, con su accidentada topografía, su línea extensa de costas, su necesitada agricultura, su creciente prosperidad y su posición geográfica, no debe quedar segregada de este concierto de ilustración, no debe regatear el óbolo de su trabajo á la causa común y civilizadora de la predicción del tiempo. Necesitamos boletines diarios, mapas y probabilidades ó pronósticos. ¡Digan los infelices pescadores de los mares del Norte si no bendecirán el telégrama que los salve de la tormenta próxima y oculta! Ya que hemos tardado tanto en tenerlo, es preciso tenerlo pronto.

¿Cómo?

Se necesita un centro facultativo ajeno á los vaivenes de la Administración, que recoja los elementos actuales, cree los que se necesiten, les dé una organización *militar*, concentre en sí la acción y la dirección de todas las estaciones, modele y ajuste el trabajo de éstas á un patron fijo, realice, en una palabra, lo que ha realizado *The Signal Office* en los Estados-Unidos. Y se necesita, además, un hombre de ímpetu, de genio, entusiasta por la ciencia, sacerdote de la religión que profesa, con gran inteligencia, gran constancia, gran energía, organizador y sabio, que realice en España lo que *Alberto J. Myer* ha realizado en la República Norte-Americana.

Y es tal nuestra suerte, que tenemos ese centro y tenemos ese hombre.

El centro se llama *Instituto Geográfico y Estadístico*, y lo conoce Europa por su vasta ciencia especulativa y por lo admirable de sus trabajos geodésicos y topográficos.

El hombre se llama *D. Carlos Ibañez é Ibañez de Ibero*, y lo conoce tanto Europa, que lo ha elevado á la presidencia de sus congresos internacionales de Geodesia.

Con este Instituto y con este Director podrá realizarse en España *la predicción del tiempo*.

J. NAVARRO REVERTER.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, por D. Joaquín Sánchez de Toca. Biblioteca reformada. Dos tomos, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

La Cuestión de Oriente, por don Emilio Castelar. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte), por D. Emilio Castelar. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Guía ilustrada de Madrid, con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Ríos. Un tomo, 8.^o prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educación de la mujer), por D.^a María del Pilar Sinués. (Segunda edición.) Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

La vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Un libro para las madres, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Hija, esposa y madre, por doña María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

La Abuela, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

El Sol de invierno, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

La Senda de la gloria, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Las Esclavas del deber, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.

Cortesanías ilustres, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.

Los Mártires del Amor, por doña María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.

Tres Genios femeninos, por D.^a María del Pilar Sinués. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Luz y sombra, por D.^a María del Pilar Sinués. Dos tomos, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Camponor, Calero, Bustillo, Arnao, Páncio, Brilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larnig, Alarcón, Truaba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.^o mayor.—12 pesetas, injosamente encuadernado.

Varias obras inéditas de Cervantes, edición de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas. (Segunda edición.) Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Cosas del día, continuación de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas. (Tercera edición.) Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Hechos y dichos, por D. José Selgas. Un tomo.—3 pesetas.

Un Retrato de mujer, por don José Selgas.—2,50 pesetas.

El Mundo invisible, continuación de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas. Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.

Un libro para las pollas, por D.^a Francisca Sarasate. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Amores y amores (Historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcón. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Verdades y ficciones, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de don Luis Mariano de Lasra. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

El Comendador Mendoza, por D. Juan Valera. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Las Ilusiones del Doctor Faustino, por D. Juan Valera. Dos tomos en 16.^o—5 pesetas.

Dáfnis y Cloe, ó las Pastorales de Longo, traducción directa del griego, con introducción y notas, por un aprendiz de Helenista. Un tomo en 16.^o—3 pesetas.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Letra menuda, por D. Manuel del Palacio. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Abrama de Walsey, original de Ventura Urdalgo, precedido de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Cuadros viejos, colección de pinceladas, toques y bocetos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por don Julio Monreal. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Una Doceña de cuentos, por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitán Morgan, por D. Enrique R. de Saevedra, Duque de Rivas. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremón. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

El Libro azul, novallas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bastillo. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

Principios generales del arte de la colonización. Obra indispensable en toda biblioteca y útilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por D. Joaquín Maldonado Macanaz. Un tomo en 4.^o—8 pesetas.

Venturas y desventuras, colección de novelas del capitán de navío don Cosme Fernández Duro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Disquisiciones náuticas, por el capitán de navío D. Cosme Fernández Duro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

La mar descrita por los marinos (*Más Disquisiciones*), por el capitán de navío D. Cosme Fernández Duro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—6 pesetas.

Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos, libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitán de navío D. Cosme Fernández Duro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—6 pesetas.

Los Ojos en el cielo, libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*, por el capitán de navío D. Cosme Fernández Duro. Un tomo, 8.^o mayor frances.—6 pesetas.

Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía, consideradas como asunto interior de las legislaciones, y sobre todo en sus relaciones con el derecho internacional, por un primer secretario de legación. Un volumen, 4.^o mayor, bastante abultado.—12 pesetas.

Nuevos poemas y dolores, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo, 8.^o mayor.—4 pesetas.

Dolores y cantares, por D. Ramon de Campoamor; única edición completa, con el retrato y autógrafo del autor. Un tomo en 16.^o frances.—7 pesetas.

Malas costumbres. Avantes de mi tiempo, seguidas de algunos bocetos biográficos y poesías, por D. Eusebio Blasco. Un tomo, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

Panorama Matritense (Primera serie de las Escenas), 1.^o 32 á 1835, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Escenas Matritenses (Segunda serie), 1836 á 1842, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

Tipos y Caracteres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862, por El Curioso Parlante. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

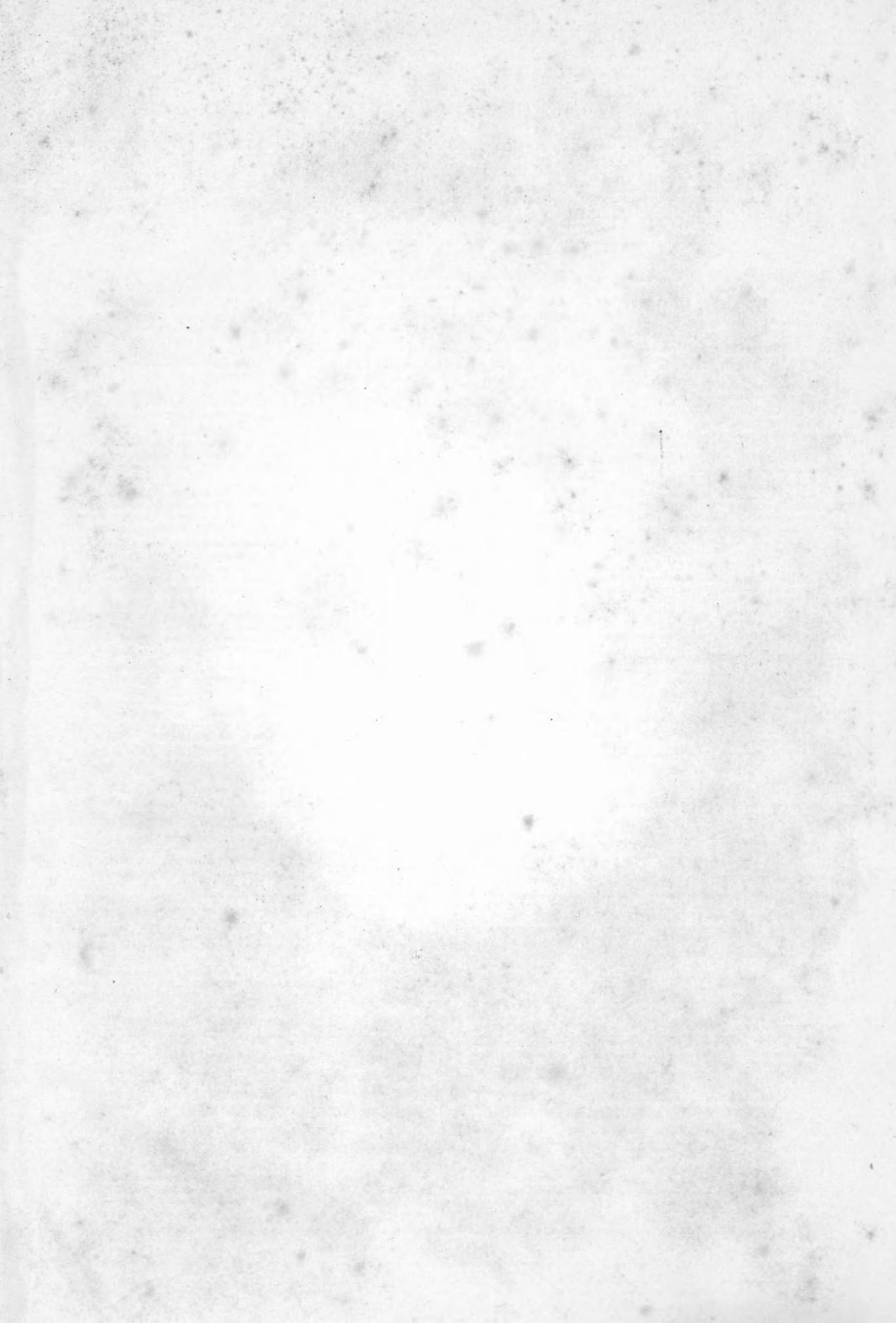
Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841, en autor El Curioso Parlante. Un tomo, 8.^o mayor frances.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, puestas históricocronológicas por las calles y casas de esta villa, por D. Ramon de Mesonero Romanos. Dos tomos, 8.^o mayor frances.—8 pesetas.

Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos. (Segunda edición.) Dos tomos, 8.^o mayor frances.—6 pesetas.

La Rusia contemporánea, bocetos históricos, por Emilio Castelar. Un tomo, 8.^o mayor frances.—3 pesetas.

NOTA.—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 4, 6 ó 8 reales según los volúmenes.
OTRA.—Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse adquiriéndolos á nuestra Administración.



1882

AÑO XLI.



LA MODA ELEGANTE
PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS

Indispensable en toda casa de familia.

La empresa remite prospectos y números de
muestra gratis á las Señoras que deseen
conocer la publicacion.



